

ANGEL RUIZ AYUCAR

# LA SIERRA EN LLAMAS



FUERZA NUEVA EDITORIAL

LA SIERRA EN LLAMAS

ANGEL RUIZ AYUCAR

# LA SIERRA EN LLAMAS



FUERZA NUEVA EDITORIAL  
NUÑEZ DE BALBOA, 31  
MADRID - I

ÁNGEL RUIZ AYÚCAR

# LA SIERRA EN LLAMAS

A MI ESPOSA

ADVERTENCIA A LA SEGUNDA EDICIÓN .....	4
CAPÍTULO I.....	5
CAPÍTULO II.....	9
CAPÍTULO III.....	15
CAPÍTULO IV .....	21
CAPÍTULO V .....	25
CAPÍTULO VI .....	30
CAPÍTULO VII .....	35
CAPÍTULO VIII .....	40
CAPÍTULO IX .....	46
CAPÍTULO X .....	50
CAPÍTULO XI .....	54
CAPÍTULO XII .....	60
CAPÍTULO XIII .....	65
CAPÍTULO XIV .....	69
CAPÍTULO XV .....	74
CAPÍTULO XVI.....	79
CAPÍTULO XVII.....	84
CAPÍTULO XVIII.....	90
CAPÍTULO XIX .....	96
EPÍLOGO.....	102

## ADVERTENCIA A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de esta novela, escrita a raíz de los acontecimientos que la sirven de base y publicada poco después, necesitó llevar una advertencia en la que se decía que tanto los hechos como los personajes que se describen en ella eran imaginarios y que cualquier parecido sería pura coincidencia.

A pesar de ello, se habían recogido con tal fidelidad hechos reales, que hubo persona, bien conocedora de las vicisitudes de la lucha en la sierra, que pudo poner al margen de las páginas el nombre real de un gran número de sus personajes. Hoy, transcurridos cerca de treinta años de los sucesos que se novelan, no parece necesario mantener la advertencia primitiva. Resulta más conveniente para la valoración de su significado histórico señalar que si nombres, circunstancias de detalle y una buena parte de la anécdota argumental son ficción novelística, los hechos, los hombres y el clima social de la época están reflejados con la mayor exactitud de que el autor ha sido capaz.

El autor ha introducido algunas correcciones de estilo. Para que, veinte años después, la novela quedara a su gusto, hubiera necesitado escribirla de nuevo. Pero en la operación se hubiera perdido la sencillez original; en ocasiones ingenua, que cree merecía la pena ser conservada, pues es reflejo de la época en que la acción se desarrolla.

## CAPÍTULO I

Nicolás estaba de pie a la puerta de la casa. Miraba hacia las encinas que crecían en semicírculo a unos metros del edificio e iban a perderse, cada vez más espesas, en las lomas que cerraban el horizonte. Era un atardecer tibio de primavera. Pablo, su chico menor, trajinaba canturreando en el patio. El mayor había salido con el hacha a hacer un poco de leña. La muchacha estaba desde la mañana en el pueblo, adonde había ido a hacerse la permanente. Se acercaba la fiesta de la Patrona y todas las chicas se preparaban para ese día.

Pero Nicolás no pensaba en estas cosas. Sus ojos miraban las siluetas oscuras de dos hombres que se aproximaban a la casa, fuera de camino, ocultándose con las encinas. De pronto, vio a otro. Venía algo detrás y cruzó el camino a todo correr, hacia la derecha del edificio. Nicolás sintió que se le encogía el corazón. Nunca había visto a los de la sierra, pero no había duda de que esta vez le tocaba a él. Y el hijo mayor estaba fuera de casa, no sabía dónde, y la chica tendría que llegar en seguida, antes de que cerrara la noche.

El no sabía cómo eran aquellos hombres, pero se hablaba mucho de ellos en toda la comarca desde hacía unos meses. Aparecieron de repente, cuando la vida era más tranquila, y con ellos llegó la inquietud y el terror a los campos. Lo que robaban era lo de menos.

Lo peor era que habían asesinado a dos guardas y, según decían, abusaban de las mujeres.

-¡Pablo! -gritó al muchacho-. ¡Mira a esos hombres!

Pablo soltó un cubo que tenía en las manos, y por encima de la tapia, que apenas medía un metro, miró al encinar.

-Parecen los de la sierra, padre; vamos a atrancar la puerta.

-¡No! No hagas nada. Tus hermanos están fuera y se vengarían en ellos si nos resistimos.

-Y si no lo hacemos nos matarán a todos -contestó Pablo con gesto decidido-. Vamos dentro, usted coge la carabina, yo la escopeta y ya verá usted cómo no pasa ni uno.

Nicolás estaba pálido. Sabía que el chico tenía razón, pero le faltaba valor. Se agarraba como un desesperado a la idea de que los otros hijos estaban fuera de casa. Era mejor no resistir. Después de todo, él era un pobre y nadie le quería mal. Los dos guardas asesinados eran otra cosa. Uno se había resistido, y el otro estaba fichado, porque sirvió de guía a los guardias civiles en una batida.

Dos de los desconocidos avanzaban decididamente hacia la casa sin tratar de ocultarse. El otro había desaparecido. La casa debía de estar rodeada. Su decisión se hizo irrevocable.

-Anda a la cocina, Pablo, a avisar a tu madre. Ya verás cómo no pasa nada.

Pablo entró en la casa de mala gana. Nicolás seguía en la puerta, inmóvil, las manos en los bolsillos del pantalón, la mirada fija en los dos hombres que se acercaban. Sintió que las piernas empezaban a temblarle y la boca se le quedaba seca.

Los desconocidos salieron del encinar. Uno de ellos se echó el fusil a la cara y gritó:

-¡Arriba las manos!

Nicolás las levantó sin rechistar, muy altas, hasta casi hacerse daño en los hombros.

Otro hombre, que él no había visto, saltó la tapia por uno de los costados y entró en el patio. Tenía una cabeza excesivamente pequeña con la cara renegrada y mal afeitada. Parecía muy joven. Con las dos manos empuñaba un fusil.

-¿Hay aquí guardias civiles? -preguntó.

-No, señor. No hay nadie más que nosotros. Puede usted entrar y verlo.

Los otros dos hombres entraron en el patio, las armas preparadas. Uno era tuerto, muy alto y fuerte. Su cara curtida era casi negra y su único ojo, muy abierto, miraba con dureza.

A Nicolás le aterrorizó aquel hombre.

-Ya sabemos que estáis solos -dijo el tuerto-. Llevamos varias horas vigilando la casa. Te hemos podido matar varias veces, si hubiéramos querido. ¿Llevas armas?

-No, señor. Sólo una navajilla.

-Registradle -interrumpió el tuerto-, y tú -dijo a otro- ponte a vigilar en esa esquina.

El bandido que registró a Nicolás, lo hizo formulariamente. Era alto y seco, con cara arrugada y mal color. Debía de padecer alguna enfermedad dolorosa. Al terminar, le dio un empujón al guarda y le dijo:

-Entra delante, y a ver dónde tienes las armas.

Nicolás los condujo a su dormitorio. De la pared, junto a la bandolera de guarda jurado, pendía la carabina. En un rincón estaba apoyada una escopeta del 12.

El bandido alto cogió las armas y obligó a Nicolás a darle las municiones. Se le oyó hablar en la cocina con la mujer. Esta le contestaba en un tono chillón y lloroso.

Salieron al portal. El tuerto tenía cara de mal humor.

-¿Dónde está tu hija? -preguntó con violencia a Nicolás.

-Está en el pueblo; ha ido de compras.

El guarda mintió, sin saber bien por qué. Le dio miedo decir que había ido a hacerse la permanente. Al mirar al único ojo del bandido tembló pensando en su hija. ¡Pobrecilla! Quisiera Dios que no viniese.

-¿Va a tardar en venir?

Nicolás contestó con aparente serenidad:

-Sí, señor. Por la hora que es, seguramente se quedará a dormir en el pueblo. No me gusta que ande sola de noche.

El tuerto sonrió de mala gana. Se veía que estaba furioso.

-Para que no se la coman los lobos, ¿eh? Pues ha tenido mala suerte, porque hoy iba a conocer lo que era un hombre de verdad, en vez de esos peleles con los que andará por el pueblo. Hombres que dan el pecho por la libertad -añadió, dándose golpes en el suyo-. Pero tú eres un cochino fascista.

-Yo no soy más que un pobre hombre -contestó con tono humilde Nicolás-. Trabajamos todo el día para mal comer. Fuera de eso no entendemos de otra cosa.

-Te conozco muy bien. Sirves a unos marqueses y eres un espía de los guardias civiles.

El tuerto estaba cada vez más excitado. Agarró al guarda por las solapas, le golpeó contra la pared y le gritó:

-Anda, di cuánto cobras por vender a los patriotas.

-¡Eso no es verdad! ¡Yo no vendo a nadie! -gritó Nicolás descompuesto.

El tuerto le derribó al suelo de un puñetazo, y dijo con rabia:

-Te voy a colgar de una encina.

Nicolás, desde el suelo, levantó la cabeza lastimosamente. Tenía los labios manchados de sangre.

-No haga usted eso -suplicó-. Yo no soy más que un pobre como ustedes.

Su mujer entró corriendo. Debía de haber oído las voces y venía asustada.

-¡Canallas!, ¡canallas! Pegar a un buen hombre. No tienen ustedes corazón.

Un bofetón del tuerto la hizo callar. El golpe la dejó desconcertada, no esperaba una cosa así. Los ojos se le quedaron secos, se sentó en una butaca de mimbre y empezó a sollozar. Pablo, con los ojos llenos de lágrimas, estaba inmóvil a la puerta de la cocina. Si hubiera tenido una escopeta no hubiera dudado en disparar contra aquellos criminales.

-No peguen ustedes a mis padres, que son viejos -les dijo-. Mátenme a mí si quieren.

El bandido alto parecía molesto con la escena. La había contemplado sin intervenir. Colgadas del hombro tenía las armas del guarda, y la mano derecha se apoyaba en un rifle. Miró por la puerta al cielo, y dijo al tuerto:

-Oye, si la chica no va a venir, lo mejor es que cojamos lo que haya y nos larguemos cuanto antes.

-Está bien -dijo el tuerto de mala gana-. Vamos a ver qué hay.- Se dirigió al ama de casa y le dijo:

-¡Hala!, deje de llorar, que no es para tanto. Descuelgue esos dos jamones que hay en la cocina y tráigalos.

La mujer gimoteó más fuerte:

-¿Los dos jamones? ¡Dios mío! ¡Por su madre se lo pido!. Porque usted tendrá una madre muy buena. Mire que somos muy pobres y no tenemos otra cosa.

-Basta de lloros. Los jamones he dicho. Y además cuatro o cinco panes.

Nicolás sintió que el pecho se le llenaba de esperanza. ¡Se iban! Y la chica aún no llegaba. Metió prisa a su mujer.

-Anda, dales lo que piden. Más falta les hará a ellos que a nosotros.

Pablo miró a su padre con desprecio.

-¡Los dos jamones! -gemía la mujer camino de la cocina.

-Haz lo que se te manda -aconsejó Nicolás en tono conciliador.

Sus miradas se dirigieron a la puerta. Por ella veía un trozo del encinar. La silueta de un centinela pasaba por delante de vez en cuando. Seguramente su hija ya no venía. Y el chico, si no era tonto, se habría escondido en cualquier parte. A lo mejor salía al camino a detener a su hermana.

Unos martillazos le sacaron de sus pensamientos. El tuerto había entrado en el dormitorio. Intentaba abrir por la fuerza el cajón de la cómoda. Nicolás le dijo desde la puerta:

-No haga usted eso, hombre. Tome las llaves si quiere.

El tuerto se volvió malhumorado.

-Vengan, pero de prisa.

Le entregó Pablo las llaves. El tuerto abrió el cajón y lo revolvió con mano experta. Estaba lleno de cartas viejas, facturas, fotografías, cajas de medicinas. En una cartera había unos billetes de cien pesetas. Los sacó y se los metió en el bolsillo. Nicolás no hizo ninguna oposición. La cara le ardía y se le habían hinchado los labios. La chica, de venir, tenía que estar al llegar. ¡Dios mío, si se fueran pronto! Se alegró de que su mujer no hubiese visto el robo del dinero; eso evitaría nuevas escenas.

Ella estaba en el portal dando los jamones al otro bandido. Su pecho voluminoso se agitaba con violencia. Con intervalos casi uniformes dejaba escapar suspiros ruidosos que parecían gemidos.

Volvieron a reunirse todos en el portal. El tuerto les dirigió una arenga.

-Esto que nos llevamos es vuestra contribución para ayudar al Ejército de la República. Todo el que no esté con nosotros es un enemigo del pueblo que no merece compasión. Hay que ayudar a los guerrilleros y a las Juntas de Unión Nacional. Como deis cuenta a los guardias os podéis ir despidiendo de la vida. Ahora nos quedaremos vigilando desde las encinas, y como

salga alguno de la casa antes de amanecer os quemaremos vivos a todos.

Sacó de un bolsillo un rollo de papeles blancos, escritos a máquina por una cara, y alargó unos cuantos a Nicolás.

-Quedas encargado de repartir esto entre los patriotas. Y otra vez que volvamos procura que esté aquí tu hijo. Eso te ahorrará disgustos.

Al salir los bandoleros, el tuerto cerró el puño y dijo:

-¡Salud!

Una vez fuera, dio un silbido. Otros hombres se reunieron con ellos. Iban todos vestidos con trajes de pana. Nicolás observó que tres de ellos llevaban fusiles; el más alto un rifle y el otro una escopeta. A todos les pendían pistolas del cinto. Se repartieron las armas y los víveres robados sin apenas hablar. Luego emprendieron la marcha en columna de a uno. El tuerto iba el primero.

Nicolás se quedó en la puerta, sin perderlos de vista, hasta que los vio desaparecer. La visibilidad era ya escasa. Instintivamente echó un vistazo a los papeles que le habían dado. Sólo leyó el encabezamiento y unos renglones escritos con mayúsculas al final de la página. Empezaban:

«SEXTA AGRUPACIÓN GUERRILLERA.»

Y acababan:

«¡VIVA EL EJERCITO REPUBLICANO!»

«¡VIVA LA ALIANZA NACIONAL DE FUERZAS DEMOCRÁTICAS!»

«¡VIVA ESPAÑA LIBRE E INDEPENDIENTE!»

«¡MUERAN LOS TRAIADORES y CAPITULADORES!»

Pensó que había de dar cuenta a la Guardia Civil. Cuanto antes, mejor. La amenaza de los bandoleros de que se quedarían vigilando no era más que una estratagema para acobardarle y ganar tiempo. De todas formas había que exponer algo. Él era guarda jurado, y si le habían dado una carabina era para utilizarla. Si ahora no daba cuenta ponía en peligro su empleo, que después de todo era bastante bueno. En cambio, con un poco de suerte, a lo mejor los guardias todavía podían actuar. Y él habría cumplido con su deber.

-¡Pablo! ¡Pablo! -gritó sin moverse de la puerta.

-¿Qué quiere usted? -le contestó el chico desde la cocina, donde la madre se lamentaba entre lágrimas.

-En el prado del pozo está la yegua. Corre allí, escondido por detrás de la casa, la coges, y vas al pueblo a dar cuenta en el cuartel. Si encuentras por el camino a tu hermana, te la llevas.

De pronto se acordó del hijo mayor, que aún no había aparecido. Pensó que los bandidos le habían matado. Sin poderlo evitar empezó a gemir:

-¿Y Nico? ¿Cómo no vuelve Nico? ¡Lo han matado! ¡Me lo han matado!

La mujer le oyó desde la cocina y unió sus lamentos a los de su marido.

Pablo fue el único que conservó la serenidad. Habló con violencia a sus padres.

-Cállense ustedes. Habrá visto lo que pasaba y estará escondido o se habrá ido al pueblo. Estéanse tranquilos, que yo voy a avisar.

Saltó al campo por una ventana trasera. Observó los alrededores y no vio a nadie. De la casa le llegaban los lloros de sus padres. El muchacho sintió ganas de llorar también.

Casi era de noche. Corrió agachado hasta llegar al prado. La yegua levantó la cabeza al verle, y le miró, mientras seguía mascando hierba. Pablo le ató un ronzal, montó de un salto, y salió al galope en dirección al pueblo.

## CAPÍTULO II

Manolo Carmena era el teniente de la Guardia Civil. Se encontraba en el Casino. Había merendado en la fonda, y luego, aburrido, se dio una vuelta por allí. Apenas había nadie. En una mesa, situada en un rincón, cuatro labradores jugaban al mus. A cualquier hora que fuera al Casino se los encontraba allí; sin embargo, hacían el menor gasto posible. Al entrar Carmena le ofrecieron, con excesiva amabilidad, un puesto en el juego. El teniente no aceptó. Le gustaba el juego, pero en su destino había renunciado a él. Podía dar lugar a confianzas y compromisos que coartaran su libertad de acción. Era muy joven y se había hecho el propósito de que se le tomara en serio. Hasta el momento lo había conseguido. La mayor parte del tiempo la pasaba recorriendo su demarcación a caballo o en moto; especialmente desde que una partida de bandoleros, capitaneada por el «Tuerto», había empezado a hacer incursiones por ella. Las restantes horas del día las alternaba entre la oficina y la habitación de la fonda. La lectura remediaba el aburrimiento.

Al Casino iba de vez en cuando, para conservar el contacto con la población civil y estar al corriente de problemas y opiniones. También porque a veces le era necesario charlar con alguien de cosas que no fueran del servicio. Seleccionaba con cuidado sus amistades. Alguna tarde de domingo llegaba a jugarse el café al domino. Notaba con satisfacción que la gente le tenía afecto.

Después de rehusar el puesto que le habían ofrecido en la mesa del mus, se sentó junto al juez de Instrucción, que leía, solo en una mesa, el periódico. Los unía gran amistad. Eran de las pocas personas que en el pueblo no limitaban su preocupación a ganados o cosechas. Con el juez, y con muy pocos más, se podían comentar las noticias de la prensa, charlar de la última película o censurar el estraperlo voraz de algunos agricultores.

Con unos vermutos y un plato de almendras delante, empezaron a hablar de las verbenas madrileñas, que estaban en plena temporada. Carmena se encontraba a sus anchas. El vermut le daba ganas de charlar, y era dulce la nostalgia de Madrid. Se olvidaba de que estaba lejos.

Al poco rato se le acercó un camarero. Se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Señor teniente, le llaman a usted por teléfono,

Carmena no pudo evitar un movimiento de disgusto. Estaba seguro de lo que iba a ser. Se levantó y se dirigió a una habitación interior, donde estaba colocado el aparato.

—Diga.

—¿Es el teniente?

—Sí, García, ¿qué pasa?

—A sus ordenes. El «Tuerto» ha dado un atraco en «Los Riscos». Ha venido el hijo del guarda a decirlo,

—¿Han hecho algo grave?

—No. Dice que no. Se han llevado armas, dinero y unos jamones. Poca cosa. Falta el hijo mayor, pero creen que está escondido.

—¿Hace mucho que ha sido?

—Dice el muchacho que hace cosa de una hora. Lo que ha tardado en llegar con la yegua.

—Bueno. Voy para allá. El motorista que saque la moto. Que se prepare toda la fuerza disponible. El de puertas que vaya pidiendo conferencias con los puestos limítrofes, con el capitán y todos los demás.

Colgó el auricular y volvió a entrar en el café sin apresurarse. El juez le preguntó con interés:

—¿Pasa algo, Carmena?

Todos le miraban. La mesa de mus había suspendido el juego, y los jugadores, con las cartas en la mano, tenían fija la atención en él. A Carmena no le gustaba hablar de los servicios hasta que estaban realizados. Además los atracos eran desagradables. Se producían con frecuencia y hasta la fecha no había conseguido éxito alguno.

—Nada de particular —contestó—. Tengo que ir al cuartel. Más tarde le veré. Hasta otro rato, señores.

Se dirigió derecho a la fonda. Con toda rapidez se puso el traje de servicio, se calzó unas botas anchas y feas, pero fáciles de poner y quitar, se colgó en bandolera la pistola grande, se puso el gorro y echó una mirada circular a la habitación para ver si se olvidaba algo. Abrió el armario, sacó dos paquetes de tabaco y

una caja de cerillas, los metió en el bolsillo de la sahariana, cogió la linterna y salió. A la criada le advirtió que quizá llegara tarde, y le dejaron la cena en la habitación.

No había tardado cinco minutos en prepararse. Recordó que en la Academia de Infantería había llegado a cambiarse de ropa en menos tiempo. Cuando llegó al cuartel, la moto estaba a la puerta. El conductor, en cuclillas, enredaba en el motor. El sargento salió a recibirle con el mosquetón en la mano y el correa puesto.

—Sin novedad, mi teniente.

—Hola, García; muchas gracias. ¿Dónde está el muchacho?

—Aquí, en la sala de armas.

Entraron en ella. Estaban allí casi todos los guardias, listos para salir. A los otros se los oía pedir en el patio algo a sus mujeres, que los atendían rápidas y silenciosas, sin hacer preguntas. Los chiquillos se habían callado.

Carmena interrogó a Pablo con rapidez, Número de bandoleros, señas del jefe de la partida, armamento, hora de huida, dirección. Para lo demás ya habría tiempo. Se volvió al sargento y le dio órdenes concretas:

—Hace poco más de una hora que han huido. No han podido andar más de ocho o nueve kilómetros, por mucho que corran. Seguramente se dirigen al río para cruzarlo esta noche y mudar de provincia. Voy a intentar cortarles el paso por aquel lado, movilizandome toda la fuerza que encuentre. Será casi imposible en una noche tan oscura, pero algo que hay hacer. Me llevo dos guardias en la moto. Usted pídale al alcalde un coche, un camión, lo que sea, y vaya con el resto de la fuerza a «Los Riscos». Entérese de si hay noticias del hijo que falta. Si no adquiere informes que aconsejen variar el plan, continúe hasta el puente. Monte emboscada allí y en los vados. Elija los sitios que mejor le parezcan. Si no ocurre esta noche nada, mañana bate usted el monte en dirección contraria hasta llegar a «Los Riscos». Allí nos encontraremos. ¿Alguna dificultad?

—Ninguna, mi teniente.

—Mucho cuidado en evitar confusiones. Donde van ustedes no hay otras fuerzas nuestras, así que colocándose en sitios fijos pueden disparar sin miedo contra cualquier grupo que se acerque; Olmedo y Villa que vengan conmigo. Salió del cuartel y se sentó en el sidecar. El conductor puso la moto en marcha. Olmedo se sentó en el asiento posterior. Villa, un muchacho joven, con cara de niño travieso, llena de pecas, se sentó encima del sidecar, los pies apoyados en el soporte de unión y las manos agarradas donde podían.

Carmena se metió las armas de todos entre las piernas para facilitarles la colocación: el subfusil de Villa, su pistola ametralladora, montada en el culatín, y el mosquetón de Olmedo. El motorista no llevaba más que la pistola reglamentaria. Habían cogido, además, unas granadas de mano.

Cuando todo estuvo listo, el teniente gritó a los guardias que habían salido a la puerta a despedirle:

—¡Que tengáis suerte, muchachos! A ver quién me trae al «Tuerto» cogido de una oreja.

¡Suerte! ¡Cuánta hacía falta! Una vez tras otra salía en persecución de las partidas de bandoleros tan pronto tenía conocimiento de que habían aparecido. Ponía todo su entusiasmo e inteligencia en ello y nunca obtenía resultado. Recordaba su primer servicio de sierra. Recibió la noticia de la presencia de los bandoleros con alegría. Había llegado la ocasión de lucirse. No se explicaba cómo quienes los tenían en su demarcación no acababan con ellos. Se fue a la sierra con la misma ilusión con que otras veces había ido a los encierros de toros. El riesgo era el principal aliciente. Sobre el croquis de la demarcación, que él conocía de memoria, hizo un cerco del lugar de la aparición. Toda la noche tuvo emboscadas en puntos estratégicos. No ocurrió nada. Al amanecer comenzaron a reconocer el monte en direcciones contrarias. El anillo se cerraba sobre un punto elegido de antemano. A medida que avanzaba el reconocimiento, Carmena fue perdiendo la esperanza. Al recorrer a pie el terreno que por la noche había intentado cercar, al perder de vista entre los jarales a los hombres que avanzaban distanciados unos pasos de él, al tener que bordear manchas de monte, imposibles de cruzar sin abrirse paso con un hacha, se dio cuenta de lo absurdo del sistema. Aplicó la vieja fórmula de geometría y vio que un cerco a diez kilómetros del objetivo alcanzaba una longitud de sesenta y dos kilómetros. Había podido reunir veinticinco hombres de los Puestos colindantes, lo que era un éxito. Los dividió en diez grupos de dos y tres hombres para hacer las emboscadas. Entre una y otra había habido ¡seis kilómetros de intervalo! Mucho en el papel, pero mucho más en el terreno, donde la maleza, los barrancos y las lomas hacen que en algunos sitios a cincuenta metros no pueda verse nadie. El reconocimiento de día se volvía laborioso, cansado, interminable, inútil. Lo peor era la duda. Mejor dicho, la seguridad de que perseguía a un enemigo que hacía tiempo había desaparecido de allí. Las noticias de su presencia solían tardar varias horas en llegar. En ese tiempo, gente hecha a la sierra, ¿cuántos kilómetros pueden recorrer? Se podía cercar más lejos. ¡Bah! Era absurdo sólo pensarlo. Cualquiera calcula los cientos de hombres que serían necesarios para que el cerco fuera eficaz. Sin embargo, algo había que hacer. Dar golpes y golpes hasta conseguir atinar una vez en el clavo. La solución del problema estaba sólo en una buena información.

Pero, mientras se conseguía, había que insistir, insistir e insistir, hasta ver si alguna vez se compadecía la suerte.

Y Carmena aún no la había tenido. Ni una sola vez había conseguido el encuentro con los bandoleros. Era su ilusión. Tenía fe ciega en que cuando los encontrara no se le escaparían. Conocía a sus guardias a fondo, y sabía que deseaban tanto como él enfrentarse con los forajidos.

Miró a Villa y a Olmedo. Los dos iban pensativos, la mirada fija en la carretera. Seguramente pensaban en lo mismo que él. Carmena estaba seguro de que Olmedo, con cerca de cuarenta años, padre de dos chicos, tirador selecto, y Villa, soltero y despreocupado, renunciarían con gusto a la paga de un mes con tal de volver al cuartel llevando al «Tuerto» con las esposas puestas. Pero no pasaría nada. Nunca pasaba nada.

La moto devoraba kilómetros por una carretera en regular estado. Bordeaba el bosque donde había ocurrido el atraco. Villa saltaba, en los baches, en su improvisado asiento.

—¿Vas bien, Villa? —le preguntaba el teniente..

—Sí, señor. Como en un «haiga».

Y la cara pecosa del guardia se llenaba con una sonrisa divertida.

Carmena conocía la carretera con todo detalle; sabía dónde estaba situado cada puente, en qué momento se encontraba una curva. Con el cuerpo un poco inclinado hacia afuera, para conseguir que Villa no le tapara la vista, miraba hacia delante mientras su imaginación daba vueltas a los mismos problemas.

El foco de la moto iluminó de repente a un hombre que, montado en una caballería, venía en dirección contraria. El jinete se echó con rapidez al suelo, y se puso en medio de la carretera, haciendo señas de parar con los brazos extendidos.

—¡Para! ¡Para! —gritó el teniente.

A la acción del conductor chillaron los frenos de la moto. Apenas se detuvo, saltaron a tierra el teniente y los guardias, las armas en la mano.

—¿Qué ocurre?

El desconocido contestó, sin soltar a la caballería que parecía asustada:

—¿Son ustedes? ¡Gracias a Dios! Usted es el teniente, ¿verdad? Pues iba a avisarle que los de la sierra están en el «Paredón».

—¿En el «Paredón»? ¿Cuándo se ha enterado?

—Ahora mismo. No hará ni media hora. Los he visto yo en persona. Había salido de la casa al pajar cuando los vi venir. Como en la oscuridad no se veía bien pensé al principio que serían los guardias, pero por si acaso me quedé observando. En seguida vi que no eran ustedes. Me quedé sin saber qué hacer; entonces oí a la Felisa, la mujer del amo, que empezaba a gritar, y me decidí a salir en busca de socorro. Me aparté de allí sin meter ruido y cuando estuve algo lejos salí corriendo. Al pasar por el prado de don Mauro encontré esta mula y la cogí para ir más de prisa, por si no encontraba algún coche en la carretera.

Había hablado de una forma rápida y precipitada. El teniente se volvió a los guardias y preguntó:

—¿Conocéis alguno a ése?

—Sí, señor —contestó Villa—, es el criado del «Paredón». Lo he visto allí muchas veces.

Carmena volvió a encararse con el criado.

—¿Hasta dónde puede llegar la moto por la carretera sin que la vean desde la casa?

—Lo que queda más cerca de la casa es la curva del cerro.

—¿Qué distancia habrá?

—Yo creo que unos tres kilómetros.

—¿Oirán el motor de la máquina?

—Otras veces sí que se oye.

Carmena no perdió más tiempo. Ordenó:

—De prisa; todos a la moto. Usted venga también con nosotros. Nos servirá de guía.

—¿Qué le parece a usted que haga con la mula?

—Suéltela. Ya aparecerá mañana.

Se acomodaron en la moto como pudieron; la máquina reanudó la marcha, sin que al parecer notara el aumento de peso. Carmena continuó el interrogatorio del criado. Concretaba datos, y para entenderse se veía obligado a hablar a voces. La casa no tenía más que una puerta; en una noche oscura, como aquella, se podía llegar sin que nadie los viera. En la casa no estaban más que el colono, su mujer y su hijo, de dos años.

El interrogatorio se llevaba de una forma rápida y concisa. El criado contestaba con exactitud, sin divagar.

—¿Hay perros en la casa?

—No, señor. El que había lo mató un camión hace unos días.

—¿Cuántos bandoleros eran?

—A mí me han parecido cuatro. Pero no estoy seguro, porque no se veía bien.

—¿Qué armas llevaban?

—No sé. No me he fijado.

—¿Estás seguro de que no serán guardias?

—Como de que es de noche, mi teniente. Los conozco muy bien a los del destacamento y ni de día ni de noche se me despantan.

Carmena tomó sobre la marcha su decisión. Gritó al motorista:

—Al llegar a la curva del cerro frena, pero no pares el motor. Nosotros nos bajamos y tú sigue adelante. Así los bandoleros si oyen el ruido se creerán que pasas de largo. Vas al destacamento y dices al cabo que salga con toda la fuerza que tenga. Que venga en dirección al «Paredón», por si escaparan hacia allí. Si no los encuentra que siga hasta la casa. Cuando quiera llegar ya habrá ocurrido lo que sea. Que tenga mucho cuidado, no nos vaya a fusilar a nosotros. ¿Te has enterado bien?

—Sí, mi teniente.

Poco después se detenía la moto en el sitio indicado. Tan pronto descendieron sus ocupantes reanudó la marcha.

Carmena dio breves instrucciones a los guardias. Montaron las armas, salieron de la carretera, y comenzaron a caminar silenciosos entre las encinas. El criado iba delante; marchaba con paso seguro y rápido; a pesar de ir fuera de camino y de que la oscuridad era total, no daba un tropezón ni dudaba un momento. No había salido la luna, y algunos nubarrones ocultaban la poca claridad que pudieran dar las estrellas.

El teniente iba al lado del criado; le podía tocar con la mano. Un poco más atrás, separados, iban los dos guardias. Avanzaron sin parar hasta que, repentinamente, surgió una luz a su frente. El guía se detuvo y agarró al teniente del brazo.

—Esa es la casa —le musitó al oído.

Empezaron de nuevo a andar, esta vez más despacio. Posaban los pies en el suelo con cuidado y evitaban el menor ruido. Cuando una pisada partía una ramita seca, a Carmena le sonaba como un cañonazo. La luz parecía lejana, y, sin embargo, se presentía que estaba encima. Una sombra, apenas perceptible, cruzó por delante de la luz. Debía de ser un centinela.

Carmena sintió que le embargaba una intensa emoción. ¡Estaban allí! Esta vez sí que era verdad. Notó con desagrado un movimiento nervioso en las piernas. Ya, en la guerra, le había pasado otras veces. Sin embargo, su espíritu estaba completamente tranquilo. Por fin se había presentado la ocasión que esperaba. Tenía confianza en sí mismo. Sólo hacía falta un poco de suerte.

El centinela tosió. Se le oyó perfectamente. De dentro de la casa, por la puerta abierta, llegaba un ligero, murmullo. Carmena detuvo al criado y le empujó por un hombro hasta hacerle arrodillarse. Le dejó allí y reanudó el avance. Ahora lo hacía con una lentitud extraordinaria. Se apoyaba sobre una pierna, levantaba la otra, la avanzaba con calma, posaba el pie en el suelo, y poco a poco recargaba sobre él el peso del cuerpo; entonces, con iguales precauciones, daba otro paso. A su derecha estaba Villa y a la izquierda Olmedo. Apenas los veía. Los dos avanzaban silenciosos, sin perder su altura. La noche era tranquila. No se oía más que el murmullo de dentro de la casa, y, a lo lejos, el confuso ruido nocturno de los campos, cortado a veces por furiosos y lejanos ladridos de perros.

Carmena se detuvo y apoyó una rodilla en tierra. No se atrevía a avanzar más. No había pensado asaltar la casa. Al menor ruido se desbandaría la partida en todas direcciones; escaparían por las ventanas o por donde fuera. Si se hacían fuertes dentro, peligraba la vida de tres seres inocentes. Tampoco intentó rodear la

casa con dos hombres. Además de que el número era insuficiente, sería forzoso causar ruido. La menor alarma estropearía el servicio. Decidió esperar allí enfrente a que salieran los bandidos. No podían tardar. El rectángulo de la puerta quedaba iluminado por una luz pálida. Seguramente algún candil de aceite encendido en el interior. Poca luz, pero suficiente para recortar la silueta de los que salieran. Al centinela se le veía de vez en cuando, aunque no tan bien como hubiera querido.

Los dos guardias estaban de rodillas, confundidas sus siluetas con los troncos de sendas encinas. Carmena apenas los percibía. La tensión de nervios se le hacía insoportable. La pierna izquierda, sobre la que se apoyaba, le temblaba levemente. Tenía la pistola ametralladora cogida con las dos manos, pronta para entrar en fuego. Le entró miedo de que en el momento preciso fallara. No había motivo para ello, la probaba con frecuencia y funcionaba a la perfección. Sin embargo, podía fallar. Y con ello peligraba el éxito. El centinela seguía paseando y tosía quedo de vez en cuando. Le dieron ganas de disparar sobre él; era un hombre seguro; a lo mejor por querer coger a todos se quedaba sin ninguno. Se contuvo. Dentro se oía el mismo murmullo, parecían risas. ¿Qué iría a pasar? Carmena intentaba parar la imaginación; quería barrer todos los pensamientos de su cerebro, tenerlo alerta para cualquier eventualidad. Sus ojos se mantenían clavados en el reflejo indeciso y engañoso de la puerta, procurando ver algo.

De repente el centinela cesó en su paseo. Carmena lo presintió más que lo vio. Estaba seguro de que el otro escuchaba. ¿Había oído algo? Carmena lanzó una rápida mirada a sus hombres; seguían inmóviles. Imposible hacerles la menor seña. No la verían. Había que confiar en su propia iniciativa. Seguro que ellos tampoco perdían detalle de lo que ocurría. Se apoyó la culata en el hombro, dirigió el arma hacia la claridad de la puerta, sin ver el punto de mira, y esperó. Pasaron unos segundos interminables. El centinela se movió un poco, con precaución. Se acercaba a la puerta; se dibujó su silueta en ella, y se le oyó chistar, con apresuramiento:

—¡Chis! ¡Chis! ¡Chis!

Unas sombras acudieron por dentro a la llamada, se juntaron a él y se le entendió decir en voz baja:

—Parece que se siente ruido por la parte del río. Vamos.

Los de dentro no dudaron. Desaparecieron, sin duda, a recoger sus cosas, y en seguida salieron por la puerta, en pelotón. Ninguno hablaba.

—¡Alto a la Guardia Civil!

Contestó un disparo. Entonces Carmena apretó el gatillo de la pistola. Al oír los disparos, rápidos y secos, se llenó de una emoción gozosa. Simultáneamente sonó el subfusil de Villa. Disparaba ráfagas cortas muy rápidas, con igual técnica que en los ejercicios de tiro. ¡Qué buen muchacho era Villa! El alegre castañeteo del arma aumentó la confianza de Carmena. También oía el fusil de Olmedo; sus explosiones eran las más ruidosas y se sucedían con un ritmo sorprendente. La tensión del teniente había desaparecido. Su pierna derecha no temblaba ya. Se sentía alegre y tranquilo. Disparaba sin cesar, a baja altura, en dirección a la casa. El que no hubiera escapado a los primeros disparos allí tenía que estar. No les contestaba ningún tiro ni se veía otra cosa que el resplandor fugaz de las detonaciones. Cuando acabó el segundo cargador Carmena gritó:

—¡Alto el fuego! ¡No disparéis!

El fuego cesó. La luz de la casa había desaparecido. No se veía nada. Escucharon un momento. Delante de la puerta se oía un ronquido apagado.

Los tres hombres avanzaron a gatas; con frecuencia se detenían para vigilar. No se oía más que el ronquido persistente de antes. Llegaron junto a la casa. Habían abierto fuego mucho más cerca de lo que Carmena pensaba, escasamente a treinta pasos. En el suelo había varios bultos; sólo uno el que roncaba, daba señales de vida. Carmena sacó la linterna, la separó del cuerpo hacia arriba y la encendió. Esperó un rato. No ocurrió nada. Entonces se puso de pie y dirigió el foco sobre los bultos. Eran cuatro hombres, casi amontonados. Los miró uno por uno. Tres estaban muertos. El cuarto aún vivía. Tenía las ropas llenas de sangre; encima de la ceja izquierda se le veía un balazo. De su boca salía un estertor continuo. Aquel hombre no tenía remedio. Vio con disgusto que entre los cadáveres no estaba el «Tuerto». Sin duda se había escapado. Se acercó a la casa: habían cerrado la puerta. Inmediatamente gritó a los guardias:

—¡Rodead la casa, no vaya a haber alguno dentro!

Los dos hombres desaparecieron, cada uno por un lado. El teniente se pegó de un salto a la pared de la casa y gritó de nuevo:

—¡Abrid a la Guardia Civil! Soy el teniente.

No contestó nadie. ¿Sería posible que hubiera algún bandolero dentro? Volvió a gritar:

—¡La casa está rodeada! Si no abris es que están los bandoleros dentro y la prenderemos fuego.

El criado, que se había aproximado, gritó también:

—¡Abra usted, Juan! ¡Es el teniente!

Una voz contestó dentro, lastimera:

—No dispare usted, señor teniente. Ya voy a abrir.

—¿Hay alguien con vosotros?

—No, señor. Nosotros solos. Se lo juro.

—Abre y ten una luz en la mano.

La puerta se abrió. En ella apareció el colono iluminándose con un candil. Su cara estaba desencajada. El teniente entró en la casa, la pistola preparada. Oyó llorar en la cocina. Entró en ella y vio a la mujer del colono, sentada en una silla baja, con un niño apretado contra el pecho, en el que ocultaba su cabeza despeinada. Su llanto era angustioso, desesperado.

Los bandidos la habían violado.

## CAPÍTULO III

Roldán era una de las personas en cuya compañía se encontraba más a gusto Manolo Carmena. Los dos procedían de provincias castellanas limítrofes, habían vivido en ambiente parecido y se estrecharon por primera vez la mano en una trinchera. Luego, al llegar la paz, se encontraron en el mismo Regimiento, donde pasaron codo con codo lo bueno y lo malo. Se los veía siempre juntos, igual en el barullo de una juerga, que en el desgano pasear por las calles aburridas de la pequeña capital provinciana, en las tardes interminables de los fines de mes.

Al llegar Carmena a Madrid durante los días de permiso que le concedieron por el servicio del «Paredón» buscó a su antiguo camarada. No habían vuelto a verse desde que dejaron el Regimiento, ni casi a escribirse; pero en cuanto cruzaron el primer abrazo reanudaron el trato con la misma naturalidad que si no se hubieran separado nunca. Carmena cogía a Madrid con ganas después de su vida monástica en el pueblo. Se consideraba con todos los derechos a correr una de las casi olvidadas juergas de la posguerra.

A Roldán le pareció de perlas. Era un terreno en el que siempre habían estado de acuerdo. Como era buen conocedor de la ciudad, se encargó de buscar dos chicas para ir a la verbena por la noche.

Por la tarde salieron solos. Primero recorrieron unos cuantos bares donde buscaban en la tapa una excusa para vaciar un chato de vino dorado. Después Roldán condujo a Carmena a una tasca, su último descubrimiento, donde se comía con una abundancia asombrosa por un precio increíblemente bajo. Tenían el espíritu alegre, y, sentados frente a frente, comieron y charlaron sin dejar de reír. Las viejas historias fueron el tema principal de la conversación. Se encontraban a gusto y prolongaron la cena tomando café y coñac.

Contra lo que esperaban, no habían bebido demasiado. No se lo decían, pero ambos se encontraban cambiados. Unos años les habían hecho más serios. O, quizá, más positivos.

Roldán era buen amigo y suponía que a Carmena le gustaría hablar de su espectacular éxito contra los bandoleros. Volvió a sacar el tema.

—Bueno, chico; ahora tendrás un cartel bárbaro en tu Comandancia. Se habrán convencido todos de que eres un tío fenómeno.

Carmena se echó hacia atrás y sonrió alegre. Luego contestó:

—Sí, he tenido suerte.

—Venga, venga. No te pongas ahora modesto. Has estado estupendo y tú lo sabes de sobra.

—No. No te creas que es falsa modestia. Te hablo como lo siento. El servicio ha salido bien porque Dios ha querido; con las mismas circunstancias podía haber sido un fracaso.

—No digas tonterías. Lo realizaste de la forma más lógica. Y echándole valor al asunto. El éxito ha sido la consecuencia natural.

—Igual podía haber fracasado —insistió Carmena. Hablaba con la seguridad de la persona que ha meditado mucho sobre un asunto—. Ahora que todo está resuelto, la forma en que ha ocurrido parece la más lógica, pero si los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra manera, cualquier cosa que hubiera ocurrido parecería también la más natural. En caso de haber fracasado, tú mismo hubieras pensado, aunque no me lo dijeras, que había sido una burrada irse de frente a la casa, que lo más lógico hubiera sido entrar por detrás, o de costado, o como te pareciera. Y si lo hubiera hecho de este otro modo, y hubiera también fallado, siempre se encontraría otra solución que parecería mejor por el mero hecho de no haber sido probada. Mira, con los mismos factores que han entrado en este caso, y poniendo el mismo valor y entusiasmo que haya podido poner, soy capaz de darte en un momento otra media docena de soluciones lógicas, que varían desde la captura de la banda, con el «Tuerto» incluido, hasta la huida de todos en la oscuridad de la noche, dejando patas arriba a alguno de mis guardias.

Carmena se sonrió levemente y añadió:

—Figúrate con qué cara se hubiera presentado este «tío fenómeno» a dar la novedad a sus jefes. Vete entonces con cuentos de que pensaste o creíste tal cosa. Hechos cantan, y allí estaría un guardia muerto y los bandoleros huidos. Aún se podía considerar otro caso, que el muerto fuera yo, pero ese no lo cuento porque entonces nadie me pediría explicaciones.

Roldán no sabía qué decir. Comprendía que Manolo había estudiado el tema a fondo y se limitó a escuchar. Su amigo continuó:

—Esta lucha es de lo más ingrata que puedas figurarte. En la guerra nos señalaban un objetivo y nuestra única obligación era ocuparlo. Si el enemigo huía como conejos delante de la punta de tus bayonetas, mejor que mejor. Aquí, en cambio, el terreno no importa. Sólo interesan los hombres, y los hombres están siempre dispuestos a huir con el mayor número de probabilidades a su favor. El viejo adagio de «a enemigo que huye, puente de plata», tenemos nosotros que cambiarle por el de «a enemigo que se queda, puerta de oro». Pero no te preocupes. Nunca se queda ninguno si no es porque lo has parado a tiros.

—Veo que te has hecho fatalista.

—No lo creas. Yo no me encojo de hombros ante los acontecimientos, sino que hago lo posible por dominarlos. Lo que no impide que reconozca la importancia decisiva del factor suerte. Hay hombres con mala suerte y hombres con buena suerte, como hay tontos o como hay tartamudos, sin que ni unos ni otros tengan la culpa. Mira —añadió al ver que Roldan iba a interrumpirle—, hace tiempo leí no sé dónde unas declaraciones del almirante Doenitz que se me quedaron grabadas; decía que elegía para el mando de los submarinos encargados de misiones peligrosas a marinos inteligentes y audaces de probada buena suerte. Ya ves que Doenitz no era un soñador, sino un técnico y un soldado. Pero dado que hay hombres de reconocida buena suerte, ¿no es lógico aprovecharlos?

—Sí; en parte tienes razón. Todos conocemos a gente que no les sale bien nada, igual que se trate de negocios, que de mujeres, que del juego. Otros, en cambio, siempre encuentran el santo de cara. Pero, en general, yo no le doy tanta importancia. Y dime, ya que veo que has pensado mucho en estas cosas, ¿en qué grupo te incluyes tú?

—En el de en medio —contestó Carmena sin dudar—. Soy el hombre al que nunca le sucede nada extraordinario. Bueno —añadió sonriendo—, esto ha sido una excepción. Pero, mira, yo en la guerra nunca pensé que me mataran. No es que lo creyera imposible, pero estaba seguro de que a mí no me tocaba. Y así fue. Los muertos, los mutilados, son para mí los de la mala suerte. Y los laureados vivos, los de la buena. No porque escatime sus méritos, sino porque considero una suerte el simple hecho de tener ocasión de ganarse la Laureada. Igual que sabía que no me iban a matar, sabía también que no tendría una ocasión destacada de lucirme.

—Pues si se te presenta alguna vez no hay quien te quite la Laureada —rió Roldán—. Con esa seguridad en tu inmunidad personal harías maravillas.

—¡Cualquiera sabe! A lo mejor al presentarse la buena suerte viene acompañada de la mala, y me deja condecorado y con los pies tiesos. En mí deben de estar las dos tendencias equilibradas. El día que una venza a la otra, cualquiera sabe lo que puede ocurrir.

Roldán miró el reloj y dio un salto en el asiento.

—¡Si son cerca de las doce, chico! Vamos a darnos prisa, si no las muchachas se nos van a largar. ¡Camarero!

Les trajeron la cuenta. Con el vino, el café y los tantos por ciento subía bastante más de lo que esperaban. Lo de costumbre.

Cogieron el Metro hasta la estación del Norte. Desde allí caminaron a buen paso, en dirección de la Florida. Eran ya las doce y a las chicas las habían citado a las once y media, junto al balancín. La noche estaba templada. Por la calzada bajaban los coches con igual abundancia que en el centro de la ciudad. Dejaban a sus ocupantes y se aparcaban junto a las aceras, en interminables filas. Estas eran una riada de gentes de todas clases; familias enteras con niños de la mano; grupos alegres de muchachas, algunas con traje de manolas; mendigos que interrumpían la circulación pidiendo una limosna a cambio del espectáculo de unos muñones desnudos; vendedores de globos, de pitos, de botijos, de cosas inverosímiles. Filas de criadas cogidas del brazo saltaban al compás de canciones tabernarias. Muchas se tocaban con gorros de papel de colores chillones, adornados con las estrellas de capitán o teniente. La visera inclinada sobre un ojo les daba aspecto de golfas. Pero los que llevaban más abundancia y variedad de gorros eran las pandillas de chicos jóvenes. Adelantaron a dos matrimonios de edad, que bajaban emparejados. Las mujeres eran bastante gordas y llevaban con toda seriedad gorras de colores en la cabeza. Uno de los maridos, delgado y canoso, llevaba puesta una inmensa nariz de cartón, sujeta con una goma. El otro tenía cara de aburrimiento.

Entre la muchedumbre ruidosa marchaban, lentas, algunas parejas de novios, estrechamente enlazados, ajenos a la multitud que los rodeaba, como flotando en ella. Carmena, al verlos, sentía una fugitiva tristeza: la impresión de que su vida era absurda, equivocada, siempre en busca de una aventura como la de aquella noche, que al día siguiente le dejaba la boca amarga, el estómago sucio y el corazón desilusionado. Desechó el incómodo pensamiento, como antes, cuando vivía perdido en el anonimato de las guarniciones, descentrado aún por la guerra reciente. Y buscó el remedio en hundirse más en la causa. Se agarró al brazo de su amigo y le dijo:

—Nos hemos quedado fríos, Roldan. Vamos a tomar unos copazos.

Lo dijo sin excesiva ilusión. No confiaba demasiado en el resultado.

Dentro del recinto de la verbena el gentío era inmenso, circulaba, apretado como en el Metro, por las calles que formaban barracas y aparatos, resplandecientes de luz e insoportables de ruido, en el que se mezclaba la música estridente de los altavoces con el sonido de campanas y las explosiones de los artefactos donde los hombres probaban su fuerza. La multitud caminaba en dos ríos paralelos de direcciones opuestas. Intentar adelantar o marchar contra corriente era imposible. Sólo lo conseguían algunas pandillas de gamberros imberbes, que formaban el tren cogidos por las caderas, y atravesaban a la carrera la hostil riada humana, entre protestas, empujones y miradas asesinas. Pero nadie llegaba a las manos.

Cada vez que se paraban las barcas o los coches eléctricos, la multitud que los rodeaba se lanzaba gozosa a la caza de un puesto difícil de conseguir. La abundancia de público hacía que la duración del entretenimiento fuera cada vez menor, con lo que se beneficiaba la paciencia de los que esperaban y el bolsillo de los empresarios.

Cuando los dos amigos consiguieron llegar al balancín, ya había transcurrido bastante tiempo desde la hora en que habían citado a las muchachas. Sin embargo, las encontraron allí, no excesivamente enfadadas.

—¡Qué poca vergüenza tenéis! ¿Esta es la puntualidad militar?

—Perdonad, chicas. Se nos hizo tarde y luego el Metro se puso mal —excusó Roldán.

—Menudos frescos estáis hechos.

—Bueno, no os pongáis así, que vais a asustar a Carmena.

Hizo las presentaciones. A las chicas se las habían distribuido de antemano y cada uno se puso junto a la suya. Estaban los cuatro decididos a divertirse. La amiga de Roldán era alta y bien formada, pero a Carmena no le gustaba; le parecía tonta. La que le correspondió a él era bajita y regordeta, con la cara sonriente y los ojos brillantes de picardía. Se llamaba Emi. Carmena se encontró en la vieja situación, ya casi olvidada, de tener que esforzarse en mostrarse ingenioso, alegre y divertido para conquistar a una chica que seguramente venía a ser conquistada.

El trabajo resultó fácil. Emi era animada, con la cabeza loca y Carmena le había gustado. Le reía todo lo que decía y se apoyaba provocativa en su brazo, sin venir a cuento.

En un bar tomaron unos chatos de vino dulce sorprendentemente baratos. A continuación participaron en uno de los asaltos a la «selva». Carmena y Emi consiguieron sentarse en un sofá de dos plazas. Roldán y Paquita se quedaron en tierra. El aparato se puso en marcha, cada vez a mayor velocidad. El sofá se balanceaba con violencia. Carmena pasó un brazo sobre los hombros de Emi y la apretó contra sí. Cada vez que pasaban delante de la otra pareja, gritaban y saludaban con los brazos.

De allí fueron en busca de los coches eléctricos. Para ello se vieron forzados a cruzar la multitud. Carmena puso a Emi delante de él, y la empujaba con las dos manos por encima de las caderas. Notó que tenía «michelines». Al tocar aquella espalda llena sintió calor en la boca. Aprovechó la dificultad del paso entre la gente y se apretó contra la muchacha, lo suficiente para que ella se diera cuenta. Emi no dijo nada; se limitó a seguir abriéndose paso con gesto alegre.

Al otro lado se cogieron del brazo por parejas y buscaron los autos. Era lo más divertido de la verbena pero salía muy caro. Después de varios viajes llenos de golpes, bajaron, y como al lado había un bar, bebieron unas copas de anís. Había que mantener la alegría.

Continuaron el recorrido sin llevar un orden determinado. Iban adonde los llevaba el capricho del momento, igual a ver unos monstruos ridículos, que a montar en las barcas, que a dar martillazos en un clavo hasta lograr que se encendiera una bombilla. Los chicos se preocupaban de que no se dejara de beber, pero, buenos conocedores, no forzaban la marcha de los acontecimientos; se bajaron el nudo de la corbata y se desabrocharon el botón del cuello de la camisa. Ellas se habían colocado unos minúsculos gorros de payaso. Paquita soplabla con fuerza en una larga flauta que sonaba como un maullido. A Carmena le parecía cada vez más tonta.

Poco después, las dos parejas se perdieron deliberadamente. Carmena y Emi siguieron viéndolo todo, subiendo en todo y bebiendo de todo. Para sostenerse mejor, de vez en cuando comían churros. Emi hacía gala de un apetito admirable.

Pero la verbena había pasado a la categoría de paisaje; la verdadera atracción de la noche estaba en ellos mismos. Carmena aumentaba sus avances de palabra y obra. Emi le rechazaba, pero perdía terreno siempre. Cada vez estaba más excitada. Al salir de la barraca de los espejos, donde se habían reído hasta llorar con la vista de sus cuerpos deformados, Emi apretó contra su pecho el brazo de Manolo, le miró con ojos, húmedos y le dijo cariñosa, provocativa:

—No sé qué tenéis los militares que me volvéis loca.

—¿Los militares sólo?

—No salgo con nadie más. Pertenezco al Ejército.

Y al decirlo se separó de él, se le cuadró delante, llevó la mano a la frente y dijo:

—¡A sus órdenes, mí teniente!

Luego, entre carcajadas, se lanzó a él y le abrazó por la cintura.

Carmena se encontró dominado por sentimientos contrarios. Emi había perdido interés; la encontraba demasiado fácil y se daba cuenta de que él era un capítulo más de su larga serie de aventuras castrenses. Curiosa especialización. Por otra parte, una aventura rápida era lo que él buscaba. No tenía por qué quejarse. Sin embargo, la noche había perdido su principal encanto: la ilusión de lo desconocido.

Roldán ya le había prevenido que Emi era una chica valiente, pero él no esperaba tanto. Trabajaba en una oficina, vivía sola en una pensión, ganaba bastante y las diversiones se las solían pagar los amigos. Era prácticamente independiente. Aparentaba veintidós años, pero debía de tener más. Carmena pensó que así se las ponían a Fernando VII.

Dejaron de montar en aparatos. Carmena temía marearse. Habían bebido bastante y tenía antigua experiencia de que si un poco de alcohol anima una noche, una borrachera la estropea. A pesar de ello no disminuía su entusiasmo. Su propia excitación los mantenía. El fácil éxito había dado aplomo a Carmena y se mostraba ocurrente y atrevido. Según Emi, estaba magnífico. Le reía con una risa que abultaba sus pómulos regordetes y achicaba sus ojos, brillantes como los de un chico travieso. Ahora era ella la que se colgaba de su brazo y apretaba la cabeza contra su hombro.

Se acercaron a un bar brillantemente iluminado. Descorcharon una botella de sidra, y al chocar las copas, llenas de burbujas, se sonrieron satisfechos. Se veían como los protagonistas de una película americana.

Los interrumpió un hombre que cayó de un salto sobre Carmena. Le abrazó con tanta efusión que le derramó parte de la copa.

—¡Manolo! Manolillo!, ¿pero qué haces aquí?

—¡Caramba! Si es Perico. Me habías asustado. Estoy con unos días de permiso. ¿Y tú? ¿Qué es de tu vida? Pero, toma algo. ¡Camarero! Otra copa. ¿Con quién estás?

—Venía con una pandilla, pero están hechos unos aburridos, y además sobramos chicos, así que me quedo un rato con vosotros, en lo que los pierdo de vista. Bueno —añadió mirando con una sonrisa a Emi—, si no estorbo.

—Nada, hombre, tú no estorbas nunca. Os voy a presentar. Emi... y Perico, uno de mis mejores amigos.

Perico era mayor que Manolo. Pasaba de los treinta años. Era alto, de buena presencia, con ojos inteligentes y expresión enérgica. Se habían conocido dos años antes en un veraneo en la sierra. Extraños los dos en un pueblo pequeño, simpatizaron en cuanto se encontraron, solos y aburridos, frente al mostrador de un bar. Se presentaron por sí mismos, sellaron con unas copas la nueva amistad, y aquel verano fueron inseparables. Acompañaron a las mismas pandas de chicas, asistieron a las mismas excursiones y tuvieron aventuras paralelas. Pronto se dieron cuenta de que procedían de campos políticos opuestos. A Perico le sorprendió el Movimiento en zona roja; pertenecía a la F. U. E. y se incorporó voluntario a las milicias. Inteligente y enérgico, con dotes de mando innatas, se destacó en seguida entre la cuadrilla de ineptos que le rodeaban. Le hicieron oficial y ocupó cargos de responsabilidad. En política intervino poco. Al acabarse la guerra fue internado en un campo de concentración. Personas a las que favoreció en Madrid durante el dominio rojo trabajaron en su favor. Como no era responsable de delitos comunes salió pronto libre.

Esta diferencia de ideas y de actuación no entibió el afecto de los amigos. Al contrario, les gustaba discutir y cambiar opiniones. Pronto comprendieron que en el fondo tenían ideas similares, la misma inquietud por una España mejor para todos. Pero Perico se atrincheraba en el rencor de la derrota, y decía que nunca podría servir a un régimen que le había perseguido. Reconocía sin dificultad los crímenes cometidos en la zona roja, pero los atribuía a la incultura de las masas, no a las ideas. «Las masas incultas —decía con desengaño— son como las aguas de los embalses. Su potencia ciega es una fuente inagotable de energía. Con ella se puede derribar cualquier poder de la tierra. Su ignorancia las hace manejables, son cera virgen en manos de un hombre audaz. Luego, a la hora del triunfo, nos gustaría que esa masa inculta se volviera repentinamente consciente y disciplinada. Hubiera sido ideal poder utilizarla como un grifo, abriendo y cerrando a nuestro gusto. Pero no pudo ser; y por eso perdimos la guerra, en medio de una orgía de desatinos».

A pesar de su nostalgia por la victoria perdida, las realidades presentes hacían surgir en su espíritu la duda. Una prueba de la contradicción interna de sus ideas era que mientras en España deseaba un cambio de

régimen por considerar fascista el que había, en el extranjero se alegraba de los triunfos alemanes, de cuyo ejército era ferviente admirador.

Manolo hacía tiempo que deseaba encontrar a Perico. No sabía sus señas y por eso no le había buscado. Tenía formados unos planes con respecto a él, madurados lentamente en el pueblo, y no desaprovechó la ocasión.

Cogió a Emi del brazo, la apretó contra sí, para que viera que no la olvidaba, y se puso a hablar con Perico. Primero le contó las causas de su permiso. Perico le escuchaba con interés, sin hacer comentarios, mirándole fijamente a los ojos. Emi, que sólo tenía una vaga idea de la muerte de los bandoleros, no ocultaba su admiración, y de vez en cuando exclamaba:

—¡Qué horror! ¡Qué espanto!

Cuando Carmena acabó el relato, Perico le apretó la mano con fuerza.

—Enhorabuena, chico. Tú ya sabes de sobra mi forma de pensar, pero si se trata de unos bandoleros has hecho bien. De todas formas, ten cuidado. Cualquiera día te van a pegar un tiro, y reconoce que no vale la pena.

—No digas eso, Perico. Tú sabes que en mi lugar harías lo mismo.

—¡Bah! En esta vida todo es mentira. Por eso hay que aprovechar lo que se pueda y dejarse de romanticismos —mientras hablaba tenía la mirada perdida, con gesto de desilusión y amargura. Reaccionó en seguida, se volvió al camarero y gritó—: ¡Otra botella! Ahora convido yo.

Mientras bebían siguieron hablando. Emi había quedado un poco al margen y escuchaba en silencio. Carmena se daba cuenta, pero no quería perder aquella ocasión. Volvieron a hablar de bandoleros. Perico escuchaba con visible interés cuanto se refería a este tema. Manolo le dijo:

—Mira, yo voy a estar unos días aquí. Lo que podemos hacer es salir juntos una noche y hablamos hasta que nos cansemos.

—Magnífico. ¿Te parece bien mañana mismo? ¿O tienes otro plan?

—No. Ninguno. Podemos juntarnos en cualquier café. ¿Dónde te parece?

—En cualquiera.

—Elige tú, hombre. Yo aquí soy forastero.

—Entonces en el «Mirador». ¿Sabes dónde está?

—Sí, cerca de Santa Bárbara. Allí iré a las once.

—A las once te espero. Ahora os dejo. Ya os he dado bastante la lata. Voy a ver si encuentro algo por ahí.

—Gente hay mucha —dijo riendo Carmena.

—Pero aprovechable, poca. Hasta mañana. Adiós, Emi, me alegro de haberte conocido.

Cuando Emi y Manolo se quedaron solos se miraron y sonrieron. La interrupción de Perico los había enfriado un poco, y a aquellas horas, cerca de las tres de la mañana, era difícil recuperarlo.

—¿Te has aburrido, pequeña?

—No. Nada. Eran cosas muy interesantes las que contabas. Y tú eres un valiente —añadió llena de orgullo.

—Y tú, la chica más bonita de Madrid.

Al decir esto, Manolo la apretó contra su cuerpo. Insensiblemente se centraba otra vez en el fuego de su atracción recíproca, excitada por la bebida.

Se encaminaron hacia la salida. El público había disminuido algo, pero aún era excesivo. Manolo empezó a contar a Emi chistes verdes. Ella reía a carcajadas. A veces decía que no los entendía. Carmena se los explicaba con toda crudeza, y Emi se separaba escandalizada, para volver muerta de risa. Cuando se reía mucho se doblaba por la cintura hacia adelante, hasta apoyar las manos en las rodillas. Como era gorda, quedaba en una postura poco airosa, pero a Manolo le seguía pareciendo atractiva.

Salieron a la calle y comenzaron a subir con lentitud camino de Madrid. Emi se recostaba mimosa en Manolo. Este empezó a hablar acariciador, con la boca junto a su oído. Ella le escuchaba en silencio. Por la acera subía bastante gente, y algunos todavía bajaban. La circulación de coches era lo que más había disminuido.

Por la primera calle lateral que encontraron metió Manolo a Emi, que le obedeció sin decir nada. Cuando llegaron a un sitio solitario y mal alumbrado, Manolo se detuvo, colocó a Emi delante y la abrazó con fuerza. Luego la besó en la boca.

## CAPÍTULO IV

Carmena estaba alojado en un hotel barato. Los primeros días del permiso los había pasado con sus padres, en un viejo pueblo de Castilla. Allí se aburrió pronto; a los amigos los había desbandado la guerra; las chicas de su época, unas se habían casado y otras iban para solteronas. Para las nuevas generaciones era un extraño, se encontraba descentrado entre ellos. Como tenía dinero ahorrado se fue a gastarlo a Madrid. Los días que pasara en la capital serían un paréntesis en la seriedad forzosa de su vida de teniente de la Guardia Civil. En su destino ni bebía ni alternaba con jóvenes. Se había echado prácticamente diez años encima y llevaba la vida metódica de los señores casados. Su única distracción era el servicio. Como no hay mal que por bien no venga, en compensación vivía más tranquilo con su conciencia, formada en una estricta moral católica.

En el pueblo no tenía nunca el desagradable despertar del día siguiente a la verbena. Había perdido costumbre de beber y la noche le había dejado mal cuerpo. Notaba un dolor persistente en las sienas y en la nuca. Además sentía remordimiento por su conducta. El malestar espiritual se unía al malestar físico. El resultado era sentir asco de sí mismo. Se censuraba ásperamente y hacía firmes propósitos para el futuro. Pero estaba seguro de que en la primera ocasión volvería a hacer lo mismo. Tenía larga experiencia.

Se dio una ducha fría, bebió leche y a mediodía hizo una comida ligera. Por la tarde se metió en un cine. La noche anterior quedó citado con Emi, pero le telefoneó excusándose. Le revolvía pensar en ella, aunque sabía que al día siguiente volvería a desearla. A la hora de cenar se encontraba mucho mejor. Cenó bien, y después del café se atrevió a beber una copa de coñac. Vio con alegría que le caía bien. Se sonrió al pensar que estaba en condiciones de volver a empezar.

Como faltaba tiempo hasta las once, se fue dando un paseo hasta el «Mirador». Cuando llegó ya estaba allí Perico.

El «Mirador» era un café-bar de tipo medio. Una larga sala rectangular con un mostrador a la izquierda en forma de escuadra y una fila de mesas, paralelas al mismo, junto a la pared de enfrente. A aquella hora había poco público. Unos cuantos hombres tomaban café en el mostrador; otro, sentado en una mesa, con una taza vacía delante, resolvía las palabras cruzadas de un periódico de la noche. Junto a la puerta, en una silla, había una mujer vieja que sostenía sobre las rodillas una caja con cigarrillos y artículos de fumador.

Perico había ocupado la mesa del rincón. Estaba sentado, más bien reclinado, en el sofá, y tenía un pie sobre una silla. Delante, en la mesa, un doble de coñac. Se notaba que era cliente habitual.

Manolo se sentó a su lado y pidió lo mismo que su amigo. No había nadie cerca y podían hablar con tranquilidad.

Después de unos cuantos comentarios sin importancia y de contarse lo que había sido de sus vidas desde la última vez que se vieron, entraron en la cuestión que les interesaba.

Manolo, que conocía con detalle el problema del bandolerismo, empezó a exponérselo a su amigo. Al poco rato Perico le interrumpió:

—¡Bandidos, bandidos! Sólo hablas de bandidos. ¿Es que no hay en el monte luchadores desinteresados, románticos de un ideal que se juegan la vida como lo harías tú en su caso?

Carmena le contestó con seguridad:

—Siento desilusionarte, pero no hay nada de eso. Al menos en las zonas en que yo he actuado, y por ellas juzgo a las demás. La cosa es clara. Dejemos por un momento la personalidad de los llamados guerrilleros de la República y vamos a juzgarlos por sus actos. Si luchan contra un régimen al que odian, si no los mueve más que el deseo de destruir a un enemigo político, lo lógico es que atacaran a éste exclusivamente y no a ciudadanos indefensos, y, por decirlo así, neutrales. Si se limitaran a disparar contra nosotros, los guardias civiles, sostén del Estado, o a asaltar los centros de Falange, o a matar gobernadores civiles, la cosa no ofrecería duda; nos gustase o no, se trataría de un movimiento político. Pero, ¿qué es lo que hacen estos heroicos defensores de la libertad? Secuestran a mujeres o niños, algunos de corta edad, y exigen un rescate por ellos. Si no lo reciben, los matan. Asaltan un cortijo y roban lo que encuentran. Algunas veces violan a las mujeres, y otras cuelgan de una encina a un pobre guarda que no ha hecho más que vigilar una finca durante treinta años. Estos actos, en cualquier país civilizado, no reciben otro nombre que el de bandidaje. Pero para que veas que soy comprensivo, yo llego más lejos. Sí las víctimas fueran siempre personas destacadas por su actuación nacionalista, te concedería que las partidas estaban movidas por un sentido político, aunque repulsivo; pero ocurre que esas víctimas son, en su mayoría, personas pacíficas, pertenecientes a la masa neutra, votantes en tiempos de la República de los partidos moderados, y sin más denominador común que el de ser honradas y vivir en sitios aislados.

Perico sonrió con amargura y dijo:

—No es que dude de lo que me dices, pero pienso que forzosamente eres apasionado. Algo más, distinto, tiene que haber. ¿Qué sabes de los hombres?

—Mucho —respondió Carmena; apuró su copa de un trago y siguió hablando, vuelto hacia Perico—. A las partidas que actúan en mi zona las conozco tan bien como si fueran unidades mías. No es descubrirte ningún secreto decir que tenemos un buen servicio de información. Gracias a él recibo la relación de las partidas que me pueden interesar, puestas al día. En ellas viene su composición, organización, nombre de los individuos que la forman, apodo de guerra de cada uno, naturaleza, edad, profesión, etc. Además, el armamento que llevan y cualquier otro dato de interés. Conocemos exactamente la forma de actuar de cada una, sus costumbres y su zona de acción. Al recibir la noticia de un atraco sabemos inmediatamente qué partida lo ha dado. La gente del campo se queda admirada cuando, al interrogarla sobre las señas de los bandoleros, ven la exactitud con que les indicamos detalles del vestido, del armamento o de la cara que ellos pasaban por alto.

Perico escuchaba con interés, sin perder palabra. Preguntó:

-¿Y cómo podéis obtener una información tan concreta?

Carmena dudó un momento. En seguida comprendió que con lo que iba a decir no cometía ninguna indiscreción. Eran cosas públicas.

—Los procedimientos son variados. Primero tienes los informes de las personas que, de grado o de fuerza, han tenido que estar con ellos. Se anotan los datos que dan y luego se van contrastando. Por otra parte, de aquellos bandoleros que son naturales de la región o de los que se conoce su procedencia, los comandantes de Puesto facilitan la ficha completa. Por último, y esto es lo más importante, los enlaces y los bandoleros apresados o presentados voluntariamente dan la información más exacta, con todo detalle. Y con esto llegamos a tu pregunta, a los hombres. Si fueran unos idealistas sabrían morir como tales antes que traicionar a sus compañeros. Sin embargo, a esta gente, después de años en la sierra, si se los consigue apresar, se les propone trabajar a nuestro servicio, y ni uno, fíjate bien, ni uno dice que no. Quizá alguno lo haga con la intención de engañarnos y procurar escaparse, lo que no es cosa fácil; pero la mayoría, con el deseo de hacer méritos que mitiguen su futura condena, se dedican como sabuesos a la caza del antiguo camarada. Puedes suponerte lo eficaz de su labor, sobre todo en los primeros momentos. Conocen la red de enlaces, los puntos de apoyo, las estafetas, la situación posible de las partidas, sus consignas. En aquellos momentos, antes de que se extienda la noticia de su captura, con un poco de suerte se aniquila una partida, y, desde luego, se hunde toda la organización de enlaces y confidentes. Estos hombres, con el tiempo, quedan «quemados», los bandoleros se enteran de que están con nosotros y se ocultan hasta que consiguen levantar un nuevo tinglado, cada vez más difícil. A pesar de ello, y a causa de su experiencia en la vida de la sierra, aquellos que por su actuación o conducta más lo merecen, continúan durante largo tiempo trabajando en las contrapartidas. Como ves la homeopatía aplicada al bandolerismo: «similia similibus curantur». El procedimiento es viejo. Nosotros, encantados con los resultados, pero reconoce que son peor que lobos rabiosos, que hay que tener mala clase para destrozar, sin la menor vacilación, a los compañeros de lucha, de los que se han separado veinticuatro horas antes. Sólo piensan en conseguir un éxito que los reconcilie con sus enemigos, y cuanto más amigos caigan, mejor. Si por haber hecho ya algún servicio de esos que no les permiten volver atrás, y que hace que teman más a sus antiguos compañeros que a los tribunales de justicia, les pones un arma en la mano, los ves, llegada la ocasión, disparar con toda frialdad sobre el amigo con el que han partido el pan durante años enteros, y al que ahora han preparado una emboscada. Estos son los hombres por los que preguntabas, tus románticos de un ideal.

Pidieron otros dobles de coñac. Mientras se los servían en las mismas copas, se mantuvieron en silencio, hundidos cada uno en sus pensamientos. Cuando se apartó el camarero, Manolo reanudó la conversación:

—Ya ves, los enlaces de los bandoleros, hombres cuya responsabilidad es menor, meros auxiliares, se suelen resistir más. Ellos llevan una vida ordinaria, atienden a sus quehaceres, están bien considerados por sus vecinos y se horrorizan ante el espectro de la cárcel. Niegan y niegan, hasta que se convencen de que su actividad clandestina ha sido descubierta sin lugar a dudas. Entonces suelen responder igual que los otros, se ponen con entusiasmo a nuestro servicio en cuanto ven esa puerta abierta. Para animarlos más, se les ofrece un fuerte premio en metálico por cada bandolero del que facilitan la captura. Así, el día que una partida baja a entrevistarse con su hombre de confianza se encuentra saludada por los subfusiles ametralladores de cualquier contrapartida.

—¡Bah! —interrumpió Perico, con un gesto de despecho—. Reconoce, Manolo, que con una policía millonaria no se puede luchar. Y vosotros disponéis de lo principal, que es el dinero. Topáis con miserables, y entre esa gente todo se compra y todo se vende. Pero, ¿a que a ti mismo te dan asco esos traidores, aunque los utilices?

Su mirada demostraba el interés con que esperaba la respuesta.

—Pues, no, Perico. Si se tratara de un grupo de idealistas, como decíamos antes, al que vendiera un traidor, esta delación me parecería repugnante, aunque la aprovechara. Pero no se trata de eso, se trata de bandidos, de asesinos, de criminales vulgares, que no tienen siquiera el instinto salvaje del compañerismo, y que se venden y se matan unos a otros en cuanto ven algo que ganar en ello. Están lejos, no ya del luchador idealista, sino incluso del bandolero de romance del siglo pasado. El de hoy es más bestial. Pues si ellos, los heroicos guerrilleros, son los primeros auxiliares de la Guardia Civil, en cuanto se los coge con las armas en la mano, y entregan sin necesidad alguna, no sólo a sus compañeros, sino también a cuantos enlaces o amigos los han favorecido, ¿por qué ninguno de éstos, con mucha menos culpa, se va a sacrificar por ellos? ¿Te parece justo pedirles que mueran por unos hombres que, después de haberlos lanzado por el camino de la clandestinidad, están dispuestos a entregarlos en la primera ocasión como víctimas propiciatorias? Lo justo es que pague el que tiene la verdadera culpa.

De nuevo quedaron en silencio. Habían llegado al punto crítico, a ese momento que hacía tiempo Carmena deseaba y temía. Pero nunca creyó que fuera tan difícil seguir. Sí al menos encontrarse una fórmula para empezar, una fórmula que no ofendiera ni comprometiese... Tomó la decisión de otras veces en circunstancias parecidas, irse derecho al toro, lanzarse al agua de un salto sin posibilidad de retroceso. Miró a Perico de frente y le soltó:

—Hace tiempo que quería encontrarte para proponerte esto.

—¿Proponerme, qué?

Perico le devolvió la mirada. Tenía las mandíbulas apretadas, y se notaba que aunque quería aparentar naturalidad estaba sobresaltado.

—Escúchame hasta el final, y luego di lo que quieras. Pero escáchame primero. ¿Estás dispuesto?

—Sí, hombre; habla —le animó Perico con una sonrisa.

—Bien. Ya sabes con exactitud lo que son las partidas de bandoleros. También sabes de sobra que en su actuación se enmascaran con un disfraz político, se llaman a sí mismos los guerrilleros de la República, y con ello intentan atraerse la simpatía y el apoyo de los antiguos elementos rojos. Las partidas están agrupadas por zonas, más o menos rudimentariamente, y sostenidas por organizaciones terroristas situadas en las capitales grandes o en el extranjero. Una vez más, como tú mismo has dicho, el hombre inculto, aunque ahora sea un bandido, explotado por los dirigentes. La organización de Madrid no la conozco, ni sé su importancia, ni sus ideas, ni su actuación, ni nada. Ya ves qué sólo hablo de las cosas que conozco a fondo. Pero sé que existe, y me figuro que en su parte directiva ha de ser más marcado el carácter político y más inteligentes los hombres. Siempre pensé que tú, por tu historial, tu espíritu y tu tendencia a la acción, tendrías algún contacto con ellos.

Perico no apartaba la vista de Manolo. Le miraba impassible. Al terminar de hablar éste, apoyó un codo en la mesa, recostó la barbilla en la mano abierta y le dijo sin mucho calor:

—No lo creas. Hace tiempo que estoy desencantado de todo. Ya te he dicho que sólo quiero vivir lo mejor posible. Cada uno que se las arregle como pueda. Además, estoy convencido de que sin una invasión extranjera, aquí dentro no hay quien haga nada. Y esa invasión sólo podría ocurrir el día que las tropas rusas llegasen a los Pirineos.

—Me alegro de que pienses así, Perico. Eso facilita las cosas. Tú sabes que soy incapaz de tenderte un lazo. Ya hemos hablado alguna vez de que si llegara la ocasión lucharíamos en bandos opuestos, como hombres, cara a cara. Pero esto del bandolerismo es cosa distinta. Aquí no tienes derecho a elegir terreno; tienes que estar en el que te corresponde como hombre. Así que olvídate por un momento de que soy guardia civil y no veas en mí más que el amigo que te va a proponer una acción digna de los dos. Se trata de lo siguiente: tienes que buscar el procedimiento de ponerme en contacto con una partida de bandoleros. Los detalles los estudiaremos luego. Yo estoy seguro de que no me traicionarás, igual que tú lo puedes estar de mí. Inconvenientes: tu resistencia a una acción que te pueda parecer una traición a los tuyos. Pero ya has visto que es falso, que no existe tal traición, sino la lucha contra unos criminales, cuyo contacto con ellos deshonra. De la organización de Madrid, donde puede haber buenos amigos tuyos, quizá idealistas como tú, no quiero saber nada; algún día caerán como caen todos, pero no hace falta que sea por tu causa. Y no creo que tengas ningún interés en defender a los chacales de la sierra. ¿Qué te va a ti en esto?, te estarás preguntando. Primero, contribuir a una labor de higiene social, en beneficio de tu pueblo, del de verdad. No te encojas de hombros. Sé que tienes más patriotismo del que te gusta reconocer. Después, derecho a una compensación por el trabajo que hagas, por los riesgos que asumas. Podías irte a América, como tanto deseas...

Los dos amigos quedaron mirándose frente a frente, en silencio. Ambos comprendían la trascendencia que este minuto podía tener en sus vidas. Volvió a ser Carmena el que hablara primero. Se sonrió un poco y dijo:

—A última hora fijate que el que más expone soy yo. Tú cortas la última amarra con unos ideales ya a la deriva. Yo voy a jugarme la vida.

Perico terminó de un trago su copa y la dejó sobre la mesa con un golpe seco. Luego, con la mirada perdida en el vacío, contestó:

—Ojalá tuviera yo un ideal por el que poder sacrificar la mía.

## CAPÍTULO V

El vagón de cola se movía estrepitosamente con la velocidad del convoy. Era un modesto tercera dividido en compartimientos abiertos, que daban al pasillo. El amarillo sucio de las paredes se ennegrecía aún más en la parte del respaldo, donde se recostaban las cabezas. El vagón, cosa rara, no iba muy lleno. En el departamento donde se sentó Carmena viajaban tres mujeres, al parecer amigas. Por el aspecto, y las grandes cestas vacías, supuso que eran estraperlistas de regreso de Madrid. En el asiento de enfrente, junto a la ventanilla, estaba sentado «Julián», secretario general del Movimiento Nacional Guerrillero.

Manolo Carmena sacó la petaca y se la ofreció a «Julián». Este la aceptó con una sonrisa. Carmena lió su cigarrillo, encendió en el mechero que le ofreció su compañero, se recostó en el respaldo y se puso a fumar.

Perico había aceptado su propuesta. Una vez se hubo decidido, se entregó al trabajo con ardor, con prisa de acabar cuanto antes. Sin embargo, no obraba con precipitación. Demostraba a cada paso la inteligencia y audacia de que estaba dotado. De la parte moral del asunto no volvió a hablar. Lo más difícil había sido obtener autorización para llevar a cabo la empresa. En la Guardia Civil estudiaron el asunto con calma y señalaron reparos. El principal era la personalidad del teniente Carmena. Tenía el aspecto, las manos, la forma de hablar, los modales, en fin, el aire completó de un señorito. Nada más lejos del tipo corriente de bandolero. Un guardia originario del campo o que llevara el sello de cien generaciones de obreros sería mucho más adecuado. Y si se le encontrara con cara de presidiario, mejor. Pero Manolo se resistió. Había previsto esta objeción y la llevaba resuelta. Para ello había estudiado con detenimiento el caso de un compañero de colegio, natural de su mismo pueblo, y pensaba utilizar su personalidad. El padre de este muchacho había sido persona acomodada, con un próspero negocio. Según se dijo, pertenecía a la masonería. Avanzada la guerra de liberación se le encontró complicado en una red de espionaje enemigo. Fue juzgado en Consejo de Guerra, condenado a muerte y ejecutado. Su único hijo tenía entonces dieciocho años; los familiares arreglaron como pudieron sus asuntos económicos y le quedó un capital suficiente para vivir. Poco después era llamado su reemplazo al Ejército. Se incorporó a su unidad y sin pena ni gloria acabó la campaña en el campo de los vencedores. Después de la guerra se hizo profesor mercantil, se marchó a Alicante y apenas se había vuelto a saber de él.

Manolo pensó que esta personalidad le venía de maravilla. Conocía con bastante detalle su vida y podía contestar a cualquier pregunta sin necesidad de inventar cada vez una historia. El padre fusilado era una justificación suficiente de su deseo de venganza. Y las probabilidades de encontrar algún conocido en las partidas, prácticamente nulas.

Su entusiasmo y seguridad vencieron todos los obstáculos. Se le autorizó para realizar el servicio. Con Perico se llegó fácilmente a un arreglo. No se le puso más condición que retrasar su salida de España hasta que se supiera que Carmena había ingresado sin novedad en las partidas. Manolo no creyó necesaria esta precaución. Conocía a Perico y sabía que cumpliría lo prometido. Antes de engañarle no hubiera aceptado el trato.

Las directrices que recibió eran flexibles y genéricas. Debería buscar por sus propios medios el enlace con el jefe de la Comandancia donde actuase. Como conocía la zona donde había sido destinado se avisó a los jefes de las provincias afectadas. Nadie más tendría conocimiento de su presencia allí, ni se tomarían precauciones especiales, que podían poner en peligro el mantenimiento del secreto. Mientras encontrara un procedimiento seguro de enlace procuraría dar señales de su presencia. En los atracos se haría ver por las personas atracadas, para que al dar éstas las señas de los bandidos, el jefe de la Comandancia pudiera reconocerle. Cuando encontrara ocasión, en las hojas de propaganda escribiría a mano: «Viva siempre el partido comunista! ¡Viva siempre la República!», o cualquier otro grito que empezara por «Viva siempre...». Como estas hojas se remitirían luego al Servicio de Información, sería posible localizar su situación, conocer en qué partida estaba y saber que vivía.

La presentación a los terroristas de Madrid resultó fácil. Perico tenía contactos con el movimiento clandestino. Aunque no ocupaba ningún cargo de responsabilidad, estaba considerado como uno de los hombres de confianza. La misma habilidad con que una vez tras otra había conseguido quedar al margen de sucesivas redadas de la Policía, había aumentado su prestigio. Últimamente se decidió a hacerse del Partido Comunista, al que nunca perteneció y del que fue enemigo en zona roja. Le llevó a ello el convencimiento de que era el único partido que tomaba en serio la lucha contra el régimen; en los demás reinaba el desconcierto; perdían el tiempo en bizantinismos. Este paso aumentó su aprecio en la organización terrorista que cada vez daba más de lado al Gobierno fantasma de la República, y se orientaba decididamente hacia el bloque soviético.

La oferta de Luciano Urbasa, nueva personalidad de Carmena, se aceptó con entusiasmo. Las cosas de la sierra iban mal. Soplaban vientos de indisciplina en las partidas. Algunas vivían en plena anarquía. Los jefes

políticos se veían y se deseaban para hacerse obedecer de sus hombres y someterlos a las directivas de Madrid. Por ello la Junta Central quería meter gente incondicional del partido, camaradas de lealtad probada, que encarrilasen aquella horda de delincuentes comunes. Pero para la sierra no había apenas voluntarios. Los pocos que se encontraban eran ambiciosos, con vocación de jefes. Que eran precisamente los que no hacían falta. Las partidas veían con disgusto a los mandos impuestos por Madrid, con mucha política en la cabeza, con mucha lengua y con un desconocimiento total de cómo se preparaba un secuestro. Al primer fracaso se revolvían y se negaban a actuar si no los mandaba uno de los suyos. Por eso, un hombre como Luciano, que se ofrecía como simple guerrillero, a pesar de valer más que muchos jefes, era el hombre ideal para tomar contacto por abajo con la sierra.

Perico, con arreglo al plan acordado, mantuvo a Manolo separado de la organización de Madrid. Lo justificó ante sus amigos, diciendo que cuanto menos gente conociera, mejor. Si por casualidad le cogían algún día en la sierra y le hacían cantar, poco podría decir. Las órdenes que hiciera falta darle las recibiría por conducto suyo.

«Julián» tenía concertada una entrevista con «Juanito», jefe de la VI Agrupación Guerrillera. Se acordó que llevara a Urbasa para que «Juanito» le colocara.

Todos los miembros de la organización, igual en la sierra que en la ciudad, adoptaban un nombre de guerra tras el que ocultaban su personalidad. Carmena adoptó el suyo propio: Manolo. Lo hizo con el fin de evitar posibles equivocaciones de Perico durante los días que hubieron de estar juntos. Así, cuando sin querer le llamaba «Manolo», se podía pensar que utilizaba su nombre de guerra.

Antes de salir de Madrid, Manolo escribió a sus padres. Les dijo que le habían encomendado un servicio de inspección que le impediría tener residencia fija una temporada. Que no se preocupasen si tardaban en tener noticias suyas. De todas formas, si alguna vez querían algo urgente, que escribieran al jefe de su Comandancia; éste se encargaría de avisarle. Cuando escribió esta carta, al pensar en los pobres viejos, solos en el pueblo, se emocionó más de lo que esperaba.

El tren se detuvo en una estación. Las mujeres descendieron con gran revuelo de cestas, donde sonaban latas vacías. Los dos compañeros quedaron solos. Pasó el revisor en una segunda vuelta formularia. Manolo le preguntó:

—¿Vamos bien?

—Con cinco minutos —contestó el otro sin pararse.

Su destino era un apeadero en plena sierra, donde debían llegar algo antes de la medianoche. Allí los esperaba un enlace. Si la estación estaba despejada, se situaría en la primera esquina del edificio, según entraba el tren, con un farol encendido en la mano. Como la estación carecía de luz eléctrica, aquello no extrañaría a nadie. Si no se veía el farol, es que había peligro. Entonces deberían continuar el viaje hasta el pueblo siguiente, donde era corriente el descenso de forasteros. Desde allí tendrían que seguir otro itinerario mucho más largo y molesto.

Hasta entonces no había dificultad ninguna. A Carmena le preocupaba lo que ocurriría después, cómo sería recibido por las partidas, cómo encajaría en ellas. Temía sobre todo los primeros días. Bien pensado, todo debía salir bien. No tenía más que compenetrarse con su nueva personalidad. Era un camarada que gozaba de la confianza del partido, y le acompañaba «Julián», que respondería de él. No venía a pedir nada ni a exigir nada, sino a luchar como uno más. Lógicamente todo debían ser facilidades. La única dificultad real estribaba en su aspecto inconfundible de señorito. Pero hasta esto mismo podía resultar una ventaja.

Carmena había entrado en la aventura consciente del peligro que arrostraba. Igual le podían matar los bandoleros que caer acribillado en una emboscada desgraciada de sus propios guardias. Ahora mismo, al descender en el apeadero, podían haber sido vendidos por el enlace y encontrarse con un grupo de fuerza dispuesto a cogerlos vivos o muertos.

Ante el pensamiento de la muerte, Manolo se acordó de la otra vida. Y sintió vergüenza. Igual le pasó muchas veces durante la guerra. Iba a los permisos como un caballo desbocado, desbordada su juventud de dieciocho años. Apuraba con ansia las diversiones que podía proporcionarse en una carrera frenética contra el reloj. Volvía deshecho a la trinchera y al entrar en ella, en cuanto se veía de cara a la muerte, sentía la congoja de la eternidad y rezaba. Pero le daba vergüenza. Le parecía que no era jugar limpio acordarse de Santa Bárbara sólo cuando tronaba.

Se puso a mirar al exterior por los cristales sucios de las ventanillas. La oscuridad le devolvía el reflejo de su misma imagen. Se convenció de que era necesario rezar, reconciliarse con Dios, pedir la tranquilidad de espíritu suficiente para aceptar sin miedo la muerte. Le costaba empezar. ¡Siempre la misma historia! Con Dios en los labios cuando llegaba el peligro, y todos los propósitos olvidados a la primera ocasión. Recordó la frase evangélica de perdonar los pecados setenta veces siete. Mentalmente hizo la multiplicación y vio que la cifra se le quedaba corta. Se sonrió de sí mismo. De nuevo volvió a pensar en la misericordia divina y por fin empezó

una oración. Rezaba con cuidado de no mover los labios. Al principio se fijaba detenidamente en lo que decía, pero después la imaginación se le distrajo y volvió a pensar en sus proyectos, mientras seguía el rezo con un movimiento leve de la lengua.

«Julián» miró la hora en el reloj de pulsera. Carmena le observaba y pensó que debía de haber sido estudiante, quizá tuviera una carrera. No le había preguntado nada. Se respetaban mutuamente la vida privada.

«Julián», después de ver la hora, se echó hacia atrás, se estiró sin disimulos y dijo sonriendo:

—Bueno, amigo, estamos llegando. Vamos a echar un cigarrillo, que a lo mejor puede ser el último.

—De todas formas alguna vez tenía que ser —contestó Carmena con una sonrisa. Se sentía extrañamente tranquilo.

Hicieron los cigarros y se pusieron a fumar, echados hacia adelante, apoyados los codos en los muslos por entre los que dejaban caer la ceniza al suelo. Las cabezas estaban casi juntas y «Julián» aprovechó la ocasión para recordar las instrucciones. Hablaba en voz muy baja, sin perder de vista la entrada del departamento.

—Ya sabes que la llegada al apeadero es lo más peligroso. Un enlace siempre nos puede vender. Sin embargo, es imposible prescindir de ellos. Si vemos el farol, bajamos por el andén y nos salimos derechos al campo. Lleva la pistola lista todo el tiempo. Allí se nos unirá el enlace. Si ves a los guardias, si se nos da el alto, nos disparan o cualquier otra cosa, ábrete paso a tiros y escapa como puedas. No te preocupes de mí. Yo haré lo mismo. Como tú no conoces aquí a nadie, te vuelves a Madrid rápidamente y tomas contacto con la Junta. ¿Qué dinero llevas?

—Unas cuatrocientas pesetas.

—Te sobra para manejarte por tu cuenta. Si llevases mucho podrías despertar sospechas, si por casualidad te cogen. ¿Está todo claro?

—Perfectamente, «Julián».

—Bueno. Como no estoy seguro de a qué lado cae el andén, sal al pasillo y observa por ese lado. Es la próxima estación. Fíjate bien: un hombre con un farol encendido en la primera esquina.

Carmena salió al pasillo con el cigarro en los labios y las manos en los bolsillos del pantalón. Miró por los cristales; no se veía nada. Poco después sintió el ruido del rodamiento de su coche al pasar por las agujas. El tren había disminuido la marcha y estaba a punto de detenerse. La estación debía de estar al otro lado.

Antes de que el tren acabara de detenerse, «Julián» salió del departamento.

—¡Ahí está! Vamos, abajo. Yo iré delante. Prepara la pistola.

Carmena asintió con la cabeza y automáticamente empuñó en el bolsillo el arma. No estaba muy seguro de lo que tendría que hacer con ella. Contra los guardias no iba a disparar, y contra «Julián», tampoco. En realidad estaba indefenso. Sin embargo, le tranquilizaba la caricia de la culata.

Bajaron, y sin detenerse cruzaron el andén y salieron al campo. A unos pasos de la estación había una construcción pequeña, debía de ser algún gallinero o alguna cochinería de los empleados. Se pegaron a ella y esperaron unos momentos, el cuerpo en tensión. No se veía a nadie y el tiempo se hacía eterno.

Después vieron aproximarse una silueta que venía de la estación. Andaba con lentitud. Debía de estarlos buscando. Por fin los vio, se acercó y dijo:

—¿Dónde van ustedes?

—Queremos ir a una finca llamada «Arroyo Dulce», pero no sabemos el camino.

—Vengan conmigo. Yo los guiaré. Soy el «Gorrión».

Los tres hombres echaron a andar en silencio. Al principio siguieron el camino sin disimular su marcha. Cuando el terreno empezó a cubrirse de vegetación el guía se echó fuera y los condujo a campo través. Enfrente, muy cerca, el horizonte estaba cortado por la masa negra y confusa de la sierra. El enlace andaba con la seguridad y rapidez que Manolo había admirado siempre en las gentes del campo.

Notó con alegría que «Julián» era el más débil y se rezagaba. Una cosa era andar por Madrid y otra trepar por la sierra. El enlace volvía con frecuencia la cabeza, y cuando veía que «Julián» se distanciaba, se detenía a esperar que llegase. Antes de reanudar la marcha preguntaba siempre:

—¿Seguimos?

Algunas veces se paraba el «Gorrión» por su cuenta y se quedaba en acecho. Luego continuaba hacia adelante. No seguían ningún camino, a pesar de lo cual el piso era bastante cómodo. Seguramente los llevaba por sendas poco frecuentadas. Aunque no siempre la misma, pues con frecuencia cambiaba de dirección. A veces tenían que cruzar por en medio de la maleza; entonces la marcha se hacía pesada, tropezaban y se arañaban las manos con las ramas.

Al comenzar a trepar francamente sierra arriba el guía aminoró la marcha. Poco después salía la luna y el camino se hizo más fácil.

«Julián» estaba fatigado. Fue necesario descansar un rato. Carmena se dejó caer en el suelo y recibió con agrado aquel reposo. «Julián» dio la señal de partir.

Cerca de las dos llegaron a la vista de una casucha; su silueta blanca parecía dibujada en la ladera. El «Gorrión» los hizo detenerse.

—Es mi casa —dijo en voz baja—. Esperen aquí un momento que voy a ver si hay alguien. Si ven que tardo, escóndanse.

«Julián» y Carmena se sentaron. Con la vista siguieron al enlace. Le vieron llegar a la casa y le oyeron hablar en voz baja. Luego desapareció dentro. Estaban menos intranquilos que en el apeadero. En plena sierra resultaba fácil la huida.

El «Gorrión» volvió poco después.

—Sólo está mi mujer. Pasen ustedes, si quieren.

Los dos forasteros entraron en la casucha. La puerta daba directamente a la cocina. Sólo debía de haber otra habitación que haría de dormitorio y un poco de cámara sobre el techo, a la que subía una escalera, casi perpendicular, desde la misma cocina. Un candil colgado de un clavo iluminaba la habitación. Cerca de la chimenea estaba sentada una mujeruca con los ojos fijos en unos pucheros que se calentaban junto al rescoldo.

Aunque no hacía frío, todos se sentaron alrededor de la lumbre. El enlace sacó del dormitorio un lío de ropa y dos pares de botas.

—Esta ropa es para ustedes. Si quieren pueden dormir antes un rato.

—¿A qué hora vamos a salir de aquí? —preguntó «Julián».

—«Juanito» quiere que lleguemos al campamento a eso del amanecer. Para ello tenemos que echar a andar dentro de dos horas.

—¿Tú quieres dormir? —preguntó «Julián» a Manolo.

—No. No tengo sueño. Prefiero seguir aquí fumando.

—Si quieren ustedes tomar un poco de leche... —dijo el enlace—. Otra cosa no puedo ofrecerles.

—Pues sí, hombre, muchas gracias. Ponnos un poco, nos vendrá bien.

—Sírvese, Maximina.

La mujer aún no había hablado. Se levantó y su silueta oscura cruzó silenciosa la cocina hasta el vasar. Parecía un fantasma. Cogió dos tazones, volvió a la chimenea, destapó un puchero, apartó la nata de un soplo y con un cazo sirvió la leche.

Al repartir los tazones habló por primera vez. Sólo dijo:

—No tenemos azúcar.

—Da igual —contestó Carmena; y antes de beber la leche la estuvo soplando para que se enfriara.

Hablaron poco. «Julián» preguntó al enlace por la gente que acompañaba a «Juanito». El «Gorrión» contestaba sin hacer comentarios. A Manolo le hacía el efecto de que era uno de los que colaboraban por miedo.

Por la conversación se enteró de que en el campamento estaba «Juanito» con su Estado Mayor, y la División del «Capitán Centellas». Como conocía la organización de estas partidas calculó mentalmente el número de hombres. El Estado Mayor de «Juanito» eran cuatro hombres: el jefe de Estado Mayor, que era un antiguo carnicero; el comisario político, antiguo maestro de escuela, y dos enlaces. La División de «Centellas» constaba de tres guerrillas de seis o siete hombres cada una y su Estado Mayor. En total se habían reunido unos veinticinco hombres. ¿Cómo le recibiría aquella gente?

El tiempo pasó más de prisa de lo que creía. Se mudaron de ropa. El nuevo traje era el corriente en las partidas; pantalón largo de pana, camisa caqui, cazadora de cuero, boina negra y un par de botas fuertes. La cazadora era menos frecuente; la mayoría de los bandoleros usaban chaquetas de cualquier clase.

A Carmena le venían las botas un poco grandes. Se veía que estaban usadas.

Todavía era de noche cuando reanudaron el camino. El «Gorrión» los llevó derecho a un cerro escarpado, por el que empezaron a subir. El día clareaba ya. Cuando llegaron a media ladera era completamente de día. La vegetación empezó a enrarecerse. En cambio, aumentaban las rocas. Se veía con todo detalle la cumbre, formada de peñascos.

El guía se detuvo. Cogió dos piedras del suelo y golpeó una contra otra varias veces, con fuerza. De arriba le contestó una señal igual. El «Gorrión» se volvió a sus compañeros de ruta y les dijo:

—Ahí están.

Escalaron el último trecho del cerro. Carmena vio entre los peñascos un grupo de hombres, con fusiles en la mano. Se dio cuenta de que había pasado el Rubicón. Ya no había forma de volver atrás. Confiaba en que todo saldría bien. Sin embargo, sentía una opresión extraña en el estómago.

## CAPÍTULO VI

El campamento estaba emplazado en lo alto del cerro, en una reducida meseta rodeada de rocas. Un grupo de bandoleros, de pie junto a la vertiente, esperaba a los visitantes. Otros estaban tumbados, divididos en grupos, al resguardo de los refugios naturales que formaban las rocas, ampliados en algunos sitios con mantas extendidas.

«Juanito» fue el primero en darles la mano. A Carmena no le fue difícil reconocerle. Se sabía de memoria su ficha, que encabezaba la relación de bandoleros de aquella Agrupación. Los datos eran concretos:

«Juanito». Es Amador Martín Rielves, de 36 años de edad, soltero, natural y vecino de Madrid, profesión mecánico. Pelo rubio, con entradas muy pronunciadas, estatura regular, delgado, tiene dos dientes de oro; está dotado de amplia cultura y goza de gran influencia en el Partido Comunista».

«Julián» le presentó a su futuro jefe.

—Te presento a Manolo, un buen camarada del Partido, que viene voluntario a tu Agrupación. Desea actuar como simple guerrillero, y la Junta Central está de acuerdo. Al menos hasta que adquiera experiencia y demuestre que se merece otro puesto.

La última frase la añadió con una sonrisa de complicidad dirigida a los dos.

—Espero no defraudarte, y mantenerme a la altura de estos valientes camaradas —dijo Manolo mientras estrechaba la mano de «Juanito».

—No te hagas muchas ilusiones —le contestó éste—. Las guerrillas no tienen nada que ver con el cine ni con las novelas de aventuras. Aquí la vida es dura y casi siempre desagradable. Pero también tiene sus compensaciones. La principal es hacer morder el polvo a la canalla fascista.

Cuatro bandoleros, situados detrás de «Juanito», escuchaban en silencio. Su jefe los presentó a «Julián».

—Te presento al «Capitán Centellas» y a sus jefes de guerrillas: el «Canario», el «Tigre» y el «Aviador».

«Julián» se sintió prusiano, se cuadró, levantó el puño cerrado y dijo:

—¡Salud!

A los otros les cogió el saludo de improviso. Se desembarazaron la mano derecha los que sujetaban las armas con ella, levantaron el puño y cada uno contestó a su aire:

—¡Salud!

El «Tigre» se equivocó y levantó el puño izquierdo. Entre los que estaban echados en el suelo se oyeron risas burlonas. El interesado se dio cuenta y se rió también, con risa de conejo.

«Julián» entró en el campamento, se dirigió al grupo de bandidos más numeroso y les dijo, esta vez sin levantar el puño:

—¡Salud, compañeros!

—¡Salud! —le contestaron. Al hacerlo algunos se incorporaron, otros siguieron tendidos, pero ninguno apartaba ojo de la escena.

Se notaba que «Julián» estaba un poco cortado entre aquella gente.

—Luego nos veremos —dijo por decir algo, y se refugió junto a «Juanito», que era el único con quien, al parecer, se encontraba a gusto.

—Te traigo las últimas instrucciones de la Junta Central de Resistencia —le dijo—, y tengo que llevarme un informe detallado de la actuación de tu Agrupación. ¿Cuándo hablamos?

—Cuando quieras —contestó «Juanito». Luego le cogió de un brazo, le apartó de los demás y le dijo en voz baja—: Yo creo que debías primero hablar con la gente. Andan muy mal de moral y disgustados con vosotros, con los de Madrid, por la cuestión del dinero. Además, llevamos ya demasiados días aquí y conviene levantar el campamento esta misma noche. Yo pienso irme en busca de la División del «Gorki». Vente conmigo, y como sólo nos acompañará mi Estado Mayor podremos hablar todo lo que quieras, y de paso echar un vistazo a aquella gente.

—De acuerdo. Organiza a éstos para que les hable. Tú sabrás mejor la forma en que conviene hacerlo.

La verdad era que «Julián» no se atrevía a dar una orden directa a ningún bandolero. Tenía miedo de que no le obedecieran. En ese caso no hubiera sabido qué hacer.

Primero se reunieron los jefes. Se sentaron todos en semicírculo alrededor de «Julián» y de «Juanito», unos en piedras y otros en el suelo. Manolo fue también invitado a sentarse con ellos. Como le sonaban los nombres de todos se los aprendió en seguida.

Empezó a hablar «Juanito». Su charla se redujo a un discurso doctrinario en el que barajaba la consigna comunista con las clásicos tópicos de «opresión de las clases trabajadoras», «régimen tiránico», «capitalismo extranjero», «obreros y campesinos», «la patria mundial de los trabajadores», etc., etc.. Se veía que le gustaba hablar, cosa que hacía con bastante soltura. Sus mandos subalternos le escuchaban con atención, pero era fácil darse cuenta de que aquel tema los dejaba fríos.

«Juanito» terminó con un párrafo dedicado a la disciplina:

—Vosotros sois los futuros cuadros de mando del Ejército Nacional, vuestras guerrillas no son sino el almacén de futuros batallones, de futuros regimientos, dirigidos por los que supieron mantener en alto la bandera de la rebeldía. Pero hasta que llegue ese día, hasta que el pueblo trabajador consiga el triunfo, en estos momentos difíciles, debéis demostrar más que nunca vuestra disciplina de fervorosos comunistas, y vuestro deseo de sacrificaros por la causa.

Sus oyentes aplaudieron. Era una costumbre antigua. «Juanito» agradeció los aplausos con sonrisas y dijo:

—Ahora exponed con toda claridad vuestras quejas o vuestras iniciativas. «Julián» las transmitirá a la Junta Central.

Las caras se animaron. Aquello ya era otra cosa. El primero en hablar fue «Centellas».

—Lo que más necesitamos son municiones.

El «Canario» recalcó, con hablar pausado y voz tenue:

—Eso es. Necesitamos municiones.

Era un hombre delgado, muy moreno, que aparentaba unos treinta años. Lo más notable en su cara aceitunada eran dos ojos llenos de viveza y movilidad, como los de un pájaro. Contrastaban con su gesto impasible y su temperamento apático. Tenía la forma de hablar de los campesinos extremeños. Sus movimientos eran pausados y lentos, pero llenos de agilidad y decisión. Tenía algo de gato montes.

—¿Qué municiones necesitáis? —les preguntó «Julián».

—En realidad, de todo —contestó «Centellas»—. De fusil, todavía podemos pasar, si es necesario; siempre hemos tenido bastante y gastamos poca. Algo más nos convenía para no tener que escatimarla. Para las escopetas nos las proporcionamos nosotros. Lo peor es la munición de pistola. Unos tienen un cargador lleno, y otros sólo dos o tres balas.

—Entonces, munición de pistola —concretó «Julián», y se puso a escribir con un lápiz en un bloc de notas—. Veremos si se os puede mandar algo...

—A mí si no me la mandáis no voy a volver a actuar —cortó el «Centellas» con tono violento.

«Julián» levantó la cabeza y le miró sorprendido. Esbozó una sonrisa y le preguntó con tono conciliador:

—¿Por qué, hombre; qué te pasa?

«Centellas» sabía bien lo que quería y no hacía demasiado caso de los políticos. Era de los más viejos luchadores de la sierra y su fama se extendía en una amplia zona. Entre los bandoleros por valiente y práctico. Rara vez fallaba un golpe. Entre la población campesina por asesino temible con el que era mejor no tropezarse. Pertenecía al Partido Comunista, no obstante lo cual la Junta tenía interés en destituirle por su carácter indisciplinado. Pero no se atrevían. Sabía que no les haría caso y se marcharía con sus hombres a hacer la guerra por cuenta propia. En aquel momento se le veía dispuesto a dejar las cosas claras. Cogió un «naranjero» que tenía en el suelo, a su lado, se lo enseñó a «Julián» y le dijo:

—Mira. Esta es la única arma ametralladora que hay en toda la Agrupación. No nos la disteis vosotros, sino que la tengo yo desde la guerra. Bueno, pues el mes pasado preparé un golpe de recuperación de armamento. Se trataba de liquidar a dos guardias civiles que iban en un carro a suministrar. Como me faltaban las guerrillas del «Canario» y del «Aviador», me puse en contacto con el «Gorki», que me trajo su división. Preparamos la emboscada y conseguimos matar a un guardia. Vamos, lo maté yo, que de eso no hay duda. El otro consiguió escaparse, y además se llevó el fusil del muerto. Todo porque en la gente de «Gorki» hubo demasiadas precauciones. Pero a lo que vamos. El «Gorki» llegó el primero al guardia y le quitó la pistola con dos cargadores. Yo le pedí que me la diera, porque el golpe lo había preparado yo. Me contestó que él la había

cogido y que no la soltaba. Entonces le dije que por lo menos me diese la munición para reponer la que yo había gastado, y me respondió que la munición era de la pistola y que donde iba la pistola iba la munición. En fin, que por no matarle me fui de allí. Aunque ya le advertí antes que conmigo había acabado para siempre. Ya le puedo ver rodeado de civiles que no le echaré una mano.

—Hombre, «Centellas», no seas rencoroso. Esas cosas hay que arreglarlas —dijo «Julián» con poco convencimiento.

«Centellas» hizo un ademán evasivo con la mano y continuó:

—Sigamos con nuestro asunto. Yo tenía ciento cincuenta disparos para el «naranjero»; gasté en aquel golpe setenta; la próxima vez que tenga que intervenir me quedo desarmado. Y comprenderás que no voy a romper contra un árbol la única arma potente que tenemos para sustituirla con una escopeta.

«Julián» comprendía que le sobraba razón, pero no quería comprometerse a una cosa que no estaba muy seguro de poder cumplir.

—Bueno. Me llevo nota y os aseguro que informaré a la Junta con todo detalle. Procuraré que busquen municiones como sea. Aunque no os creáis que es fácil. Allí mismo andamos mal de estas cosas. Veremos qué puede hacerse.

Intervino el «Canario». Hablaba sin accionar, sin moverse, con una voz que carecía de entonaciones.

—Donde no se pueden encontrar municiones es aquí. No hay más que las que tienen los guardias, y éstos siempre llevan las armas apuntadas hacia nosotros. En Madrid por falta de dinero no será.

Ya salió el tema. Hacía tiempo que pesaba sobre las partidas. Los atracos recibían la denominación de «golpes económicos». Con ellos había que atender al sostenimiento de la partida y entregar lo restante al jefe de la División. Este liquidaba con el de la Agrupación y de allí salía el dinero para Madrid. Este sistema no gustaba a los bandoleros. Ellos daban los golpes, y justo era que se aprovecharan. En algunos secuestros habían conseguido hasta cien mil pesetas. De ellas los guerrilleros rasos veían unos cientos nada más. Los escalones superiores se quedaban con una parte mayor, y el resto, cuando quedaba, iba a la Junta Central. Los bandoleros no veían las cosas claras. Unas veces creían que en Madrid había una pandilla de señoritos vagos dándose la vida padre a su costa. Otras pensaban que eran los jefes de la sierra los que se dedicaban a almacenar dinero para desaparecer algún día tranquilamente con él. Ninguna de las dos cosas les gustaba. Ellos querían un reparto equitativo. Pero hasta el momento el malestar no se había manifestado más que en murmuraciones. No contaban con el apoyo de los jefes de División. Estos tenían interés en controlar el dinero y en hacer méritos ante la Junta para el día de mañana. Bien pensado su cargo era de categoría de general y se les había prometido que el futuro ejército popular sería mandado por los que habían dado la cara en el monte. Aquella vez tampoco pasó nada. «Julián» no recogió el guante. Antes de abordar aquel tema quería hablar despacio con «Juanito». Por eso se limitó a responder:

—No te creas que en Madrid la Policía dispara con algodones. Allí se juega uno la vida como aquí. Sin embargo, ya os he dicho que procuraré que se os mande algo. Precisamente ahora disponemos de un enlace magnífico, que ya ha llevado municiones a otras unidades. Os lo mandaré a vosotros en cuanto sea posible.

La reunión se terminó. «Julián» estaba deseando acabar y los jefes de las partidas no tenían ningún interés en escuchar a aquellos elementos de Madrid, que no sabían más que hablar y hablar.

Los restantes bandoleros estaban ya levantados. Se habían juntado en grupos, y charlaban sin perder de vista a los jefes. Constantemente había dos de ellos de guardia. Estaban provistos de prismáticos y cada uno vigilaba una vertiente. Cuando querían relevo llamaban a otro, pero no abandonaban el puesto hasta que llegaba. Sabían bien que su vida dependía de una constante vigilancia.

«Julián» quería hablar a toda la División antes de comer. Se sentó en una piedra alta, con «Juanito» y «Centellas», uno a cada lado. Los guerrilleros se sentaron en frente, con los jefes de partida mezclados entre ellos como uno más. Manolo dudó un momento dónde ponerse, luego se tendió en el suelo, junto al «Canario». Veía que todos le miraban con curiosidad.

«Juanito» volvió a hablar el primero. Presentó a «Julián», que nunca había estado con aquella División, y habló un poco de política. Luego tomó la palabra «Julián». Informó sobre la marcha de los acontecimientos nacionales e internacionales. Manolo se sorprendió al ver el descaro con que mentía. Decía que las naciones extranjeras rompían con Franco, que las democracias burguesas se rendían a la gloriosa Unión Soviética; que el régimen franquista iba a derrumbarse de un momento a otro, que las ciudades industriales estaban paralizadas por las huelgas, que España ardía por los cuatro costados y que ellos, los mejores hijos de la República, tenían que asestar en aquella zona golpe tras golpe al fascismo, hasta destrozarlo por completo. Los instruyó en los procedimientos para organizar en los pueblos las Juntas de Unión Nacional, de las que podían formar parte todos los españoles, incluso los que hubieran sido de derechas, y hasta los curas. Ellos se

encargarían de ayudar a los guerrilleros, y llegado el momento rellenarían sus filas para constituir un ejército invencible.

Una cerrada salva de aplausos acogió el final del discurso. La sesión acabó con una larga serie de vivas y mueras. Los bandoleros se levantaron y fueron a refugiarse en las sombras. Los jefes comunistas se quedaron charlando.

Manolo había tomado una decisión mientras oía los discursos. No le convenía irse con «Juanito». El y su Estado Mayor eran los más inteligentes del grupo. La convivencia con ellos podía resultar peligrosa. Al menos de momento. Más adelante, cuando estuviera hecho a la vida de las partidas y su presencia no causara extrañeza, sería la ocasión de colocarse más arriba. Con «Centellas» tampoco quería ir. Conocía bien su criminal actuación. Era un hombre brutal, y a su lado se vería obligado a presenciar demasiadas canalladas. Quizá obligado a cooperar en ellas. Ante un caso así no estaba seguro de cómo reaccionaría. Lo mejor era evitarlo.

Quedaban las tres guerrillas. De ellas eligió sin dudar la del «Canario». Al primer golpe de vista descubrió en él un hombre inteligente, dentro de su rudeza, frío y sereno. Apenas había oído hablar de él, pero le sonaba que tenía fama de astuto. Por el contrario, el «Tigre» le pareció un inepto; tenía cara de idiota; escasamente había cumplido los veinticinco años y no tenía aspecto de hacerse obedecer de su gente. Con la partida del «Aviador» era con la que solía actuar «Centellas», así que tampoco interesaba.

Al disolverse la reunión siguió con la vista al «Canario», y le vio sentarse con otros bandoleros a la sombra de unas mantas extendidas. Se levantó y se acercó decidido al grupo:

—¿Os importa que me sienta con vosotros?

—Aquí se puede sentar el que quiera —contestó el «Canario» con poco afecto.

Carmena conocía bien que entre hombres indisciplinados la murmuración de los superiores es una fuente de mutuas simpatías. Se echó junto a ellos y preguntó:

—¿Es que los jefes siempre hablan tanto?

—Hablar, hablan mucho —dijo el «Canario».

—Pero los que damos la cara somos nosotros —añadió el «Gitano», otro de la partida y del que no hacía falta preguntar la razón del apodo.

—Para eso he venido yo, para dar la cara. Me vengo de Madrid porque estoy harto de politiquería. Tengo viejas cuentas que arreglar con los falangistas y aquí se puede luchar de verdad. Si me admitís me gustaría trabajar en vuestra guerrilla.

La propuesta no fue acogida con mucho entusiasmo.

—Si lo mandan... Por nosotros no hay nada que decir.

Manolo sacó la petaca y la hizo circular por el grupo. En España no hay nada que deshaga tanto el hielo entre personas desconocidas como un cigarrillo o una copa a tiempo. Mientras se servían tabaco continuó:

—Estaréis pensando que a qué habrá venido aquí otro señorito de Madrid. Pero el caso es que a este señorito le fusilaron el padre los fascistas. Pero me juré que me las pagarían todas juntas. Ha llegado la ocasión y la aprovecho. Al principio puede que os estorbe un poco, pero soy fuerte, valor no creo que me falte, y ya veréis cómo a vuestro lado aprendo.

El «Canario» echó al aire una bocanada de humo -y dijo con más amabilidad, pero sin variar su tono característico:

—Lo que hace un hombre lo puede hacer otro.

El «Gitano» fue más efusivo. Se veía que le agradaba tener un alumno de categoría. Le dio un golpe protector en el hombro y le dijo:

—Has tenido buena vista, muchacho. No harías mal tratante. Esta es la mejor guerrilla de la Agrupación. Damos pocos golpes, pero nunca fallamos uno.

Otro de ellos, el «Pancho Villa», se decidió a abrir la boca. Era grueso y de bastante edad. Tenía el aspecto de cualquier labrador honrado.

—Luego andan diciendo que trabajamos poco.

—Yo sé cuándo hay que dar golpes y cuándo no. Si no están de acuerdo, que nombren a otro jefe —terminó el «Canario».

Al mediodía comieron con abundancia. Como el campamento se disolvía aquella noche, acabaron con todo lo que no podían llevarse. Mataron dos corderos y se frió una gran cantidad de patatas. En cambio, las cosas transportables, como embutidos o quesos, fueron al fondo de los morrales. También se hizo un barreño enorme de gazpacho. Los bandoleros comían en cazuelas o en platos de aluminio. Según le explicaron a Manolo, cada partida llevaba a las reuniones todos los víveres que podía. Luego el enlace se encargaba de comprarles vino y cualquier otra cosa que hiciera falta.

Con la comida, y sobre todo con la bebida, cambió el ambiente. Las caras se alegraron, se reía a carcajadas, volaban las bromas de lado a lado del campamento y nadie volvió a hablar de política. El «Gitano» empezó a cantar; al principio tarareaba en voz baja, sólo para sus vecinos, luego, animado por las voces de todos los grupos, lo hizo a pleno pulmón.

Al terminar la canción se oyó una ovación estruendosa. Se veía que gozaba de gran popularidad entre sus compañeros. Estos empezaron a gritarle:

—¡Baila, «Gitano»!

—¡Que baile! Que baile!

A la vez que lo decían miraban de reojo a los forasteros. Se mostraban deseosos de lucir sus habilidades y su alegría delante de ellos. Un triunfo del «Gitano» les parecía un triunfo de todos. El «Gitano» reanudó su comida entre las risas y empujones de sus amigos que le instaban para que bailase. Todo el campamento lo reclamaba. Por fin, se decidió. Clavó la navaja en un pedazo de pan y se fue al centro de la reunión.

Comenzó a bailar un zapateado; se acompañaba él mismo con palmas y cante flamenco. Lo hacía con ese estilo airoso y seguro que caracteriza a los gitanos. Al principio bailó entre risas, pero poco a poco se fue dominando con su propio sentimiento, entornaba los ojos, se embebía en la emoción de la música y cada vez taconeaba con más fuerza y agitaba el cuerpo con mayor rapidez. Los bandoleros le acompañaban con palmas desacompañadas; sus bocas se llenaban de frases y gritos soeces como los que se usan para jalearse a las prostitutas en los burdeles. Sin embargo, no había en su expresión la menor señal de homosexualismo. Apartados largos años de la sociedad, privados del trato normal con mujeres, sus imaginaciones meridionales se caldeaban al menor estímulo, y las ansias contenidas explotaban en forma ruidosa y grosera. A veces sus gritos no eran espontáneos, sino que salían movidos por el deseo de hacer gracia a los compañeros, o de darles a entender una vieja experiencia en juergas con mujeres, que despertase su admiración.

Cuando la sobremesa empezó a languidecer, Manolo se acercó a «Julián» que seguía con «Juanito».

—Si os parece —le dijo—, me gustaría irme con la guerrilla del «Canario». Hemos hecho amistad en seguida y creo que nos llevaremos bien.

—Tú dirás —dijo «Julián» a «Juanito».

—Ya que queréis que Manolo sea simple guerrillero, me parece bien que vaya en esa guerrilla. Precisamente el «Canario» necesita al lado un hombre de empuje que le saque de su constante apatía. Pero —añadió golpeando con afecto a Manolo en un brazo—, espero que pronto te veremos en cargos más importantes.

—¿Qué armas llevas?

—Sólo la pistola del 9 corto.

—Eso no es nada para la sierra. Toma, llévate mi rifle. Es un arma magnífica; pertenecía a un ricacho que no lo necesitaba. Yo tengo que pasar por donde tenemos un depósito escondido y ya cogeré otro.

—Te lo agradezco mucho, «Juanito».

—Nada, hombre; no tiene importancia.

Se notaba que le agradaba hacer gala de su desprendimiento y camaradería delante de «Julián». Este informaría a la Junta de todos estos detalles, que le darían la deseada aureola de caudillo insustituible de las guerrillas.

El «Canario» hizo emprender la marcha a su partida algo antes del anochecer. Quería estar lejos cuando saliera la luna. Aquel terreno no era el suyo y no le gustaba. En total eran siete hombres. Caminaban en hilera. El jefe de la partida iba en cabeza. Manolo en medio.

## CAPÍTULO VII

Los primeros días de vida de bandolero le sirvieron a Carmena casi exclusivamente para acostumbrarse a andar a oscuras. El «Canario» demostraba que el concepto de poco activo que merecía a sus jefes estaba justificado sólo en parte. Hacía ya medio mes que la partida se había separado del resto de la División y aún no había dado ningún golpe de importancia, Pero, sin embargo, parar no paraba.

El «Canario» solía comenzar a andar a la media noche. Seguía la dirección elegida de antemano sin utilizar caminos ni sendas. Era admirable su sentido de orientación en un terreno que, de noche, siempre le parecía igual a Carmena: los mismos jarales espesos, los mismos encinares, las mismas gargantas profundas, el mismo horizonte de sierras oscuras, el mismo suelo pedregoso.

Si no tenían elegido un punto determinado para acampar, al empezar a clarear el día buscaban uno que reuniera las suficientes condiciones de seguridad. Hacía falta que fuera oculto y sombreado, que permitiera la vigilancia a distancia, poco accesible, apartado de los caminos y caseríos y con el agua cerca. Allí se tumbaban rendidos, después de aquellas marchas nocturnas agotadoras, las espaldas aplastadas por los pesados morrales y los sentidos fatigados de la tensión continua. Dormían la mayor parte del día a la sombra de una encina o de un madroño. Uno de ellos, con los prismáticos de la guerrilla colgados del cuello, vigilaba constantemente.

Caminaban a media ladera. Con ello evitaban la interminable marcha por la cresta, de difícil acceso y constantes desniveles, y huían de los valles llenos de caminos y emboscadas. Cuando era forzoso cruzar un collado o una garganta el «Canario» buscaba la parte central, lejos de las bocas; se quedaba en acecho, inmóvil, como si fuera de piedra. Durante largo rato interpretaba con exactitud los variados ruidos de la noche, y cuando se convencía de que el paso estaba libre se lanzaba hacia adelante, agachado, silencioso, el fusil preparado, en busca de la otra ladera. Allí volvía a ascender hasta media falda y continuaba el camino sin hacer un comentario.

Cuando los víveres escaseaban hacía «operaciones de suministro». La hora preferida era la del anochecer; permitía acercarse al objetivo con luz y cubrirse la retirada con la noche. Unas veces el suministro consistía en un simple robo. Se tomaba un cabrito de una majada, o se forzaba la puerta de cualquiera de las casuchas perdidas en el monte, donde se podía encontrar una botella de aceite, un par de quesos y una cesta de patatas. Otras era un atraco en regla. Se acercaba la partida, o parte de ella, a un chozo de pastores o de carboneros, y bajo la amenaza de los fusiles se les exigían los víveres que tuvieran.

Sí por casualidad el atraco era conocido y había servido alguna vez a los bandoleros, se le pagaban los víveres que se le cogían, a la buena de Dios. Por los mismos artículos igual podía recibir cincuenta que doscientas pesetas. Todo dependía de la situación financiera de la partida y del humor del momento. A éstos se les pedían informes sobre los movimientos de la Guardia Civil. A los demás se los amenazaba con graves represalias si daban cuenta del hecho, y dejaban a aquellas desgraciadas familias llenas de tristeza sobre su pobreza saqueada, y de miedo a los futuros días que la necesidad de ganar el pan los obligase a permanecer en la sierra.

En unos y otros casos el «Canario» tomaba siempre una determinación igual: huir. No se fiaba ni de amigos ni de enemigos. Una vez que se veía obligado a hacer acto de presencia ponía inmediatamente entre su partida y aquel punto cuantos kilómetros era capaz de andar en una noche, que eran muchos. Al día siguiente, en el campamento provisional, la vigilancia era aún más activa. Por la noche volvía a devorar kilómetros. Cuando se consideraba lejos de la zona que su presencia podía haber puesto en movimiento, no tenía inconveniente en quedarse varios días en el mismo sitio, dedicados a comer y holgazanear, pero no permitía que durante ellos se encendiera fuego ni se dejaran ver de nadie.

El trato entre los hombres de la partida era amistoso. En la vida ordinaria el «Canario» era como uno más, sin prerrogativa alguna. Cargaba con el peso que le correspondía, hacía su turno de guardia e iba por agua cuando le tocaba. Los golpes que se habían de dar o los itinerarios a seguir eran objeto de discusión general, en la que cada uno daba su opinión y la defendía con testarudez. El «Canario» era el que menos hablaba, pero al final se solía hacer lo que él decía.

Su inteligencia y habilidad, su conocimiento perfecto de la sierra, resaltaban tanto sobre los de sus hombres que nadie los ponía en duda.

En el momento de actuar, cuando la partida iniciaba un golpe, todos se sometían espontáneamente a una estricta disciplina. Ocupaban el puesto que les señalaba el «Canario» y seguían con exactitud las instrucciones que les diera. Luego, en el campamento, volvían las discusiones y las protestas. Pero eran más por el prurito de hacer constar que allí todos eran iguales que por otra cosa.

A Manolo Carmena, que había hecho treinta y dos meses de guerra en Infantería, no le fue difícil aclimatarse a aquella vida. Conocía bien lo que eran las marchas con el equipo a cuestas, y podía dormir como un tronco sobre el suelo, sin necesidad de quitarse las cartucheras. Como el «Madrileño» —así le llamaban a veces sus flamantes compañeros— llevaba su parte de carga, hacía lo que le correspondía, no molestaba y tenía una conversación divertida, los recelos que su llegada produjo se disiparon en seguida. En su lugar, apareció el afecto, mezclado con ese respeto que siempre ha impuesto en el campesino el hombre de la ciudad, mucho más si es persona de cultura.

El «Gitano» había sido hasta entonces el hombre de mundo de la partida. Su vida de ferias y mercados a través de provincias lejanas despertaba la admiración de aquellos aldeanos clavados a la tierra. Desde que llegó Manolo llevaban entre los dos el peso de las conversaciones en las que la vida nocturna de los barrios alegres solía ser el único tema escuchado con avidez por los demás.

Un día el «Canario» se decidió a dar un golpe de importancia. Carmena tuvo por primera vez ocasión de ver cómo se preparaba un secuestro. La partida había acampado en la zona de acción que tenía asignada. Normalmente se sujetaban a actuar dentro de los límites acordados de antemano. El motivo principal era evitar confusiones y que una partida pudiera caer dentro de los servicios de la Guardia Civil levantados después de algún golpe de otra. Desde que aparecieron las contrapartidas estas normas se observaban con más rigor aún. Las contrapartidas eran unidades formadas por guardias civiles, perfectos conocedores de la sierra y de los bandoleros. Su constitución era igual a la de cualquier guerrilla, como igual era el vestuario y el armamento. Normalmente se equipaban con ropas y armas cogidas a los bandoleros, con lo que la caracterización era perfecta. A más abundancia, con frecuencia iban en ellas bandoleros capturados o presentados voluntariamente, de los que aprendían los modales, la forma de tratar a la gente, las costumbres. En estas condiciones les resultaba fácil hacerse pasar por bandoleros y tomar contacto con sus enlaces, lo que era inagotable fuente de servicios. Por eso, si varias partidas se cruzaban por una zona, los enlaces acababan locos, y no sabían ya cuándo tenían que habérselas con los bandidos y cuándo con guardias civiles.

La idea del golpe partió del enlace del campamento. Era un guarda de pastos, que estaba de temporada en la sierra, donde vivía solo en la casita del quinto cuya vigilancia le correspondía. Había descubierto que los bandoleros tenían el dinero fácil y los servía con gusto.

Una tarde se acercó al rancho para llevar unos panes y dijo a los bandoleros:

—En «Los Sauces» está el amo. A ése sí que le podéis sacar un buen montón de billetes.

El dueño de «Los Sauces» era el propietario que había colocado al enlace de guarda.

—¿Tiene mucho dinero?

—¿Mucho? A ése no, le ahorcáis por un millón de pesetas. Y no en propiedades, sino en dinero.

La cosa parecía interesante. El «Canario» le preguntó:

—¿Tendrá dinero aquí; en la finca?

—Hombre, en la casa no sé yo si tendrá mucho. Pero su mujer está en el pueblo y mandará el dinero que se le pida. Sólo tiene que sacarlo del banco.

—¿Y la Guardia Civil? ¿Viene mucho a la finca?

—De vez en cuando. Todo será esperar un día que no esté. Como esto está tranquilo no se quedan a dormir en la casa.

La partida procedió a discutir el asunto. Todos eran partidarios de dar el golpe. Tenían poco dinero y la comida les costaba mucho. Se la proporcionaba el enlace y les cobraba lo que quería. El día anterior les había traído media arroba de vino mal medida y les cobró sesenta pesetas, cuando no valía la tercera parte. Al quedarse solos, el «Gitano» no se pudo contener y dijo indignado:

—Este tío mamón nos está robando con todo descaró. Como nos haga otra parecida le retuerzo el pescuezo.

Los demás se manifestaron en el mismo sentido; estaban dispuestos a hacer un escarmiento sonado.

El «Canario» los escuchó en silencio. Cuando acabaron, les dijo con su tono de voz incoloro, sin molestarse en sonreír:

—Después de todo, el que roba a un ladrón... Matad a éste y a ver luego dónde encontráis a otro enlace.

Como de ordinario prevaleció su parecer. No había más remedio que dejarse robar. Un buen enlace era difícil de encontrar y más difícil de conservar. Si encima se corría la noticia de que la partida los liquidaba cuando le parecía bien, sería imposible encontrar otro. Y aumentarían las probabilidades de ser vendidos a la Guardia Civil.

Pero el caso era que con unas cosas y otras el dinero se acababa. «Suministrar» en el campo no remediaba nada. Conseguirían víveres para unos cuantos días a cambio de tener que huir de allí; y cuando se acabaran, vuelta a empezar.

Se acordó por unanimidad secuestrar al propietario. El «Canario» preparó el secuestro con su calma habitual. La finca quedaba próxima al campamento, así que no fue necesario moverlo. Por la mañana, antes de amanecer, salía acompañado de un par de hombres, y se apostaba en las lomas que dominaban «Los Sauces»; desde allí la sometía a una observación constante. Se fijaba en las entradas y salidas del personal, aprendía las costumbres de la casa, la hora a que se retiraban sus moradores, las visitas de la Guardia Civil, los itinerarios que solían seguir las parejas. La observación no la verificaba siempre desde el mismo punto, sino que giraba alrededor de la casa, aprovechando el anfiteatro que, con ella como centro, formaban las lomas. Así llegó a familiarizarse con la topografía de la finca.

Este trabajo fue completado con los informes facilitados por el enlace. Por él sabían que don Antonio, el dueño, tenía miedo a separarse de la vivienda, y que en cuanto acabara la recolección se iría al pueblo. En su habitación tenía una escopeta, y llegado el caso era capaz de hacer uso de ella.

Cuando estuvo todo dispuesto esperaron un día adecuado. El elegido fue el de la Asunción. Aquel día casi todos los labradores abandonaban las faenas del campo y se iban a la función del pueblo. En «Los Sauces» se quedaría don Antonio casi solo.

A Manolo, como nuevo en estas lides, le enseñaron las costumbres. Caso de tener un encuentro con los guardias, cada uno saldría huyendo por un lado, sin preocuparse de los demás, y se dirigiría al campamento, donde se reunirían todos. Si transcurrido algún tiempo veía que no llegaba nadie, cogería lo más necesario y se marcharía a otra base más lejana, señalada previamente. Allí esperaría un par de días, pero no en el punto señalado, sino rondando por los alrededores, desde donde pudiera observar la llegada de cualquier persona. Si tampoco venía nadie, debía buscar por su cuenta el contacto con otra partida, preferiblemente de la misma División.

Todas estas precauciones estaban motivadas por el miedo de que alguno de la partida fuera capturado vivo y sirviera de guía a los guardias para capturar a los restantes compañeros. Eran tan frecuentes estas traiciones que se tenía ya previsto el remedio, sin que, al parecer, nadie reparase en la monstruosa desconfianza mutua que representaba.

Al amanecer del día 15 de agosto ya estaba la partida apostada. Se había dividido en dos grupos, uno delante y otro detrás de la finca. Desde ambos sitios mantuvieron en estrecha vigilancia la casa y el campo. Manolo formaba grupo con el «Canario», el «Pancho Villa» y el «Soldado». Los tres restantes estaban capitaneados por el «Gitano». Comieron temprano, a base de pan y queso. A media tarde se descolgaron por la ladera y se ocultaron en un regato próximo a la casa.

Poco después salía don Antonio. Debía de haber estado durmiendo la siesta. Le acompañaba un criado y juntos se apartaron hacia una era situada en las inmediaciones. El «Canario» dijo en voz baja:

—Vamos ahora.

Los cuatro hombres salieron del regato y avanzaron desplegados. El «Soldado» se dirigió a cortar la retirada a la casa. Los otros tres, con las armas en condiciones de hacer fuego, se fueron a don Antonio. El «Canario», sobre la marcha, se echó el fusil a la cara y gritó:

—¡Eh! ¡Las manos arriba!

Los dos atracados, sorprendidos por la repentina aparición de los bandoleros, levantaron los brazos. Al mismo tiempo, por una esquina de la casa, aparecía el «Gitano».

—Vengan para acá —ordenó el «Canario».

Los dos hombres se acercaron con paso lento, los brazos en alto. Manolo y «Pancho Villa» los cachearon rápidamente. A continuación los metieron en la casa. Fuera quedaron dos hombres de vigilancia, uno en cada fachada.

Las mujeres de los criados y sus hijos, al ver aquella invasión, empezaron a llorar y a lamentarse. El «Canario» los tranquilizó:

—¡A callar! No lloréis, que no va a pasar nada.

Entraron en la vivienda del amo y le preguntaron:

—¿Cuánto dinero tiene usted aquí?

Don Antonio estaba pálido. La frente se le había cubierto de sudor. Sin embargo, no se lamentaba, y hacía lo posible por conservar la sangre fría.

—Poco. Muy poco. Precisamente ayer pagué al personal. Pueden ustedes preguntarlo.

—¿Cuánto le queda a usted?

—Unas quinientas pesetas nada más.

—Eso no es nada. Usted tiene que pagar una contribución mayor al Ejército guerrillero. Escriba ahora mismo una carta a su mujer y díjala que si no manda cien mil pesetas antes de las doce de la noche que ser prepare a vestirse de viuda.

—Pero eso es mucho —dijo don Antonio, asustado—. ¿De dónde va a sacar la pobrecilla tanto dinero? Ustedes comprenderán que en una casa nunca hay una suma así de importante. Si fuera algo menos...

—Nada. Lo dicho. Usted es un burgués que puede de sobra. Si no lo tiene en casa que lo saque su mujer del banco.

—¡Pero si hoy está cerrado! ¿A quién quieren ustedes que se lo pida?

—Ya hemos hablado bastante. Escriba lo que le he dicho o si no le pego un tiro aquí mismo,

Don Antonio no se atrevió a resistir más. Escribió la carta con mano temblorosa. El criado fue mientras tanto a preparar una caballería. Era el encargado de llevar la carta y de traer el dinero.

—Como dé usted cuenta a la Guardia Civil y se presenten aquí, ya puede dar por descontado que al amo no le salva ni la caridad —le advirtió el «Canario»—. Y diga a la señora que si quiere volver a ver a su marido que reúna el dinero como sea. Usted ha de venir solo. Como veamos a cualquier otra persona hacemos una escabechina.

Don Antonio, al despedir al criado, le abrazó conmovido:

—Hazlo lo mejor que puedas. Tienes mi vida en tus manos. Sobre todo, tranquiliza a la señora.

El «Gitano» mientras tanto se había puesto al habla con las mujeres. Eran de edad indefinida, aviejadas por la dura vida del campo. Las hizo preparar unas sopas de ajo, huevos fritos y una fuente con lonchas de jamón y chorizo. En media hora quedó lista la comida. Se la sirvieron a los bandoleros en el comedor. La sopa la comieron directamente de la cazuela. Tenían un apetito voraz. Se empeñaron en que don Antonio comiera con ellos. Este se sentó a su lado y procuró ablandarlos con una actitud amable, pero sin servilismo. Encargó a las mujeres que sirvieran a aquellos señores lo que pidieran. Orden que después de todo no era necesaria. El comía poco.

La vigilancia exterior continuó permanente. Se relevaron para comer. Cuando acabaron, don Antonio les dio unos cigarrillos rubios y les hizo servir coñac. Los bandoleros le trataban ya con afecto, casi con agradecimiento. Le ofrecieron dejarle la escopeta, que a ellos no les hacía falta. Luego, el «Gitano» se puso a convencerle de que ellos no eran más que unos honrados republicanos, obligados a luchar contra la tiranía falangista.

Don Antonio asentía sin hacer comentarios.

Empezó a oscurecer. El «Canario» se levantó, miró por una ventana al campo, cogió su fusil, dio un golpe en el hombro a don Antonio y le dijo:

—Vamos afuera.

El poco ánimo que había cogido su víctima se le derrumbó de golpe.

—¿Afuera? ¿Pero a qué, señores? ¿No van a traer aquí el dinero?

—Sí, pero no tenemos gana de que los civiles nos achicharren dentro. Su criado ya habrá llegado al pueblo y no sabemos qué hará. Le esperaremos en la sierra.

A la cocinera, que parecía la más despabilada de las mujeres, la explicaron que iban a colocarse en frente de la casa, junto a una roca de grandes dimensiones que sobresalía a media ladera. Allí tenía que subir el criado con el dinero. Que lo hiciera cantando durante todo el camino.

Se reunió la partida y, con el prisionero en medio, subieron a la sierra en la dirección señalada. Pero, una vez ocultos entre la maleza, se desviaron a la izquierda y ocuparon una posición dominante de la roca. Dos hombres se acercaron a ésta para coger al criado cuando subiera, si es que venía solo.

Manolo no pudo por menos de admirar la habilidad con que el «Canario» preparaba el encuentro. Se ponía en el caso de tener que dirigir aquel servicio como teniente de la Guardia Civil, y veía las dificultades enormes de llevarlo a cabo con éxito. Era de noche y además se le lanzaba de objetivo falso en objetivo falso, lo que echaba por tierra cualquier plan preconcebido. Y, sobre todo, la presencia de don Antonio en el grupo más apartado, con los fusiles de los bandoleros junto a su espalda, lo haría víctima inocente de cualquier

intento fallido de liberarle. Conseguir sorprender a la partida en un ataque de efectos fulminantes era casi imposible, dada la acertada distribución de los bandoleros y su constante vigilancia.

A pesar de ello, la espera se hizo angustiosa. De cualquier parte podría sobrevenir el peligro. No se hablaba ni se fumaba. Cada hombre tenía el oído atento a los ruidos lejanos, y procuraba descifrar con la mirada las sombras que la noche lanzaba sobre el monte. Al menor ruido sospechoso, al primer disparo, la partida se dispersaría en la maleza, dejando tras de sí el cadáver de don Antonio.

Antes de la medianoche se oyó cantar a un hombre. Por su voz se notaba que subía hacia la roca. Era el momento de mayor peligro. Carmena estaba cerca del «Canario», oculto detrás de una encina. El corazón le latía con violencia. Le acongojaba la idea de que los fusiles de los guardias podían acribillarle dentro de unos momentos. Al criado se le oía cada vez más cerca. Cantaba con bastante entonación una alegre canción popular. Sonaba en aquellas circunstancias como una burla. De repente se calló. Debía de haber tomado contacto con la pareja avanzada. En seguida se oyó el ruido de pasos en el jaral y aparecieron los tres hombres.

—¡«Canario»! ¡«Canario»! —musitó uno de ellos.

—Aquí estoy. Acercaos —dijo el interpelado en voz baja.

Se acercaron al grupo. El criado alargó un sobre al «Canario».

—Tome usted. La señora no ha podido reunir más que cuarenta y cinco mil pesetas. Dice que suelte usted a su marido y que vuelva otro día y le dará el resto. Yo le aseguro a usted que es verdad —añadió conmovido.

El «Canario» se guardó el sobre sin mirar el dinero. Con aquella oscuridad hubiera sido inútil, y una luz no la encendería por todo el dinero del mundo.

—¿Han dicho algo a la Guardia Civil?

—No, señor. Nada en absoluto. La señora ha reunido el dinero entre toda la familia. No se ha enterado nadie más.

—Está bien —dijo el «Canario»—. Ahora quédense aquí una hora sin moverse. Después pueden bajar a la casa. Como lo hagan antes se exponen a recibir un tiro. Nosotros vámonos.

El mismo inició la marcha monte arriba. Sus hombres le seguían en hilera. El «Gitano», al pasar junto a don Antonio, le dio un golpe amistoso en el hombro y le dijo:

—Muchas gracias por todo, don Antonio. A ver sí para otra vez tiene usted mejores mujeres en casa. ¡Que no se diga, hombre!

## CAPÍTULO VIII

El «Canario» no se confió en el éxito. Aquella misma noche recogió el equipo y abandonó el campamento. Había que apartarse lo más posible de «Los Sauces». Se dirigió a una base fija de su partida, emplazada en un terreno tranquilo, donde nunca hacían acto de presencia. No molestaban a nadie y nadie los molestaba a ellos. Allí se permitían el lujo de tener unos chozos rudimentarios, ocultos en el alto monte. Se encontraban como en su casa. Hacía un año hasta habían tenido un gramófono. Lo robaron con sus discos en un cortijo. Al principio fue una diversión para todos; pero pronto dio lugar a discusiones. Llegaba la noche y unos querían dormir y otros seguir oyendo música. En la vida de la sierra, perseguidos como alimañas, los ánimos se destemplan y la discusión surge repentina y violenta. Con la sensibilidad entumecida, el corazón amargado y las armas cerca, cada disputa lleva sabor de sangre. El «Canario» presentía que alguna vez se acabaría a tiros, y cogió asco al gramófono. Era hombre de procedimientos expeditivos. El gramófono estaba guardado en uno de los chozos. Una tarde lo prendió fuego con disimulo. Cuando los compañeros vieron las llamas, el «Canario» estaba al otro lado del campamento. Como el ramaje del chozo estaba muy seco era inútil intentar apagarlo. Cegados por el humo sacaron las pocas cosas que había dentro.

—¡Falta el gramófono! —gritó uno.

—Lo he sacado yo al principio —contestó el «Canario».

La partida contemplaba de pie aquella improvisada falla. Pronto el chozo se hundió, formando un brasero chisporroteando en el suelo.

—¿Dónde está el gramófono?

El que ahora preguntaba era el «Canario».

—¿Pero no lo habías sacado tú?

—Eso creía; pero no lo veo por aquí. Debe de estar dentro.

Buscaron por el campamento. Poco tardaron en ver que el gramófono se había perdido para siempre. El «Canario» cogió el montón de discos y sin consultar a nadie los arrojó a la enorme hoguera.

—¡Que se vayan con su amo!

Después se sacudió las manos. Aquel asunto estaba resuelto.

Una vez instalados procedió al reparto del dinero. El pagaba a sus hombres más de lo que «Juanito» tenía ordenado, pero «Juanito» podía decir lo que le diera la gana. A cada bandolero le dio mil quinientas pesetas. Manolo se sonrió al pensar que le habían subido el sueldo: de teniente ganaba menos. El «Canario» se quedó con veinticinco mil pesetas para los gastos de la partida. El resto se lo entregaría a «Centellas» para que se callara; que liquidase con «Juanito» como le pareciera.

La partida volvió a la inactividad. Mientras tenían dinero evitaban todo lo posible exponerse. Disponían de un buen enlace que les proporcionaba lo que querían. Se proveyeron de ropa y de calzado. Al «Soldado» le compraron un reloj de pulsera. Era el único que no lo tenía. Comían y bebían lo que les venía en gana.

Los días resultaban aburridos y largos. Pero los preferían a las trabajosas caminatas nocturnas. Se hablaba y se discutía mucho. Manolo fue, poco a poco, conociendo la historia de sus compañeros. El «Pancho Villa» estaba cansado de aquella vida. Decía que no se iba a acabar nunca. Tenía mujer e hijos y los echaba de menos. A la sierra había ido de carambola. En su pueblo había servido de enlace al «Centellas». Un día, un bandolero se entregó voluntariamente a la Guardia Civil y declaró todo lo que sabía. Empezaron las detenciones. El «Pancho» tuvo miedo y saltó al monte. Ahora sabía que los detenidos habían ya vuelto en libertad a su casa. En cambio él a lo mejor no podía volver nunca. El recuerdo de su familia le entristecía.

Cuando acabó la guerra civil, el «Canario» era sargento del Ejército rojo. Dada su poca categoría militar le soltaron en seguida del campo de concentración. Sin embargo, no se atrevió a volver a su pueblo. Había tomado parte en asesinatos cometidos durante los primeros días de la revolución y tenía miedo a enfrentarse con las familias de las víctimas, que seguramente estarían mandando. Se quedó en las sierras próximas, escondido en el chozo de un cuñado suyo que era cabrero. Un día se presentó en el chozo el «Tuerto» para suministrar. El «Canario» le conocía de la guerra, y cuando se enteró de que había formado una partida se marchó con él.

El «Gitano» saltó a la sierra por un delito común. Había asesinado para cometer un robo y al verse perseguido se refugió en las partidas. El «Soldado» era desertor del Ejército.

De lo que más se hablaba en el campamento era de mujeres.

Se habían convertido en una verdadera obsesión. Hambrientos sexuales, hablaban de los atractivos femeninos con la misma delectación con que unos pordioseros podían hablar de los dulces expuestos en el escaparate de una confitería. Cada uno contaba sus experiencias amorosas, vividas o imaginadas, y aquellas otras oídas en el curso de su vida, en su pueblo, en el ejército o en otra partida. Todas eran vulgares, primitivas, animales, sin que nunca apareciera en ellas el menor rasgo de romanticismo. Las aventuras con prostitutas tenidas durante la guerra era la nota cosmopolita de las conversaciones. Se deleitaban en describirlas con el mayor realismo y el gusto más grosero.

A Manolo le consideraban una autoridad en estas cuestiones. La razón estaba condensada en una frase que repetían con frecuencia:

—Tú sí que habrás tenido aventuras con señoritas de postín.

A la fantasía de Manolo le resultaba fácil crear mil historias del gusto de sus oyentes, en las que aparecieran deliciosas universitarias de cabellos de oro, o elegantes damas con títulos nobiliarios. Los compañeros le escuchaban con la respiración agitada, sin apartar los ojos de él, hechizados por el relato.

Un día, cuando acabó Manolo uno de sus cuentos, el «Canario» se cambió de postura, y con la voz monótona de siempre resumió sus impresiones:

—Para vosotros es la vida y para nosotros la morralla, igual con el comunismo que con la monarquía.

Hizo una pausa, siguió el curso de sus pensamientos y añadió con gesto decidido:

—A la primera señorita que me encuentre la cojo y...

Le respondió una carcajada unánime. Manolo observó las caras que le rodeaban y sintió haber hablado. En sus miradas perdidas se adivinaban los pensamientos. Todos se recreaban con la idea del «Canario» y se veían con una señorita entre los brazos que gritaba y se debatía inútilmente. Se prometió no volver a excitar a las fieras.

\* \* \*

De enlace en enlace llegó hasta el campamento una esquila del «Capitán Centellas». En ella se citaba a la partida para una reunión importante. La orden fue recibida con disgusto. Aquellas reuniones no gustaban. En ellas se hablaba demasiado, se pedían cuentas del dinero y encima se criticaba su actuación. Sabían que querían quitar el mando al «Canario» para dárselo a algún paniaguado de «Juanito». Ya una vez lo hicieron. El «Canario» pasó a ser simple guerrillero sin una protesta. Pero su gente, en el primer servicio, se negó a actuar si no los mandaba su antiguo jefe. El nuevo los quiso llevar derechos al objetivo sin tomar las precauciones a que estaban acostumbrados. Ellos sabían que dirigidos por el «Canario» no habían tenido una sola baja, mientras se contaban muertos en todas las demás partidas. No estaban dispuestos a que les agujereasen la piel por un capricho de «Juanito». El «Canario» volvió a ser jefe contra la voluntad de los políticos charlatanes.

A pesar de todo, la orden fue obedecida. Reunieron víveres como de costumbre y emprendieron la marcha.

Manolo sintió una viva emoción al leer la esquila del «Centellas». El aniquilamiento de las partidas que acudieran sería el fruto de su arriesgada empresa. Se puso a estudiar con detenimiento un plan de acción y pronto se vio obligado a desistir. Era imposible organizar aquel servicio con probabilidades de éxito. No conocía el terreno donde iban a reunirse, ni los itinerarios de las otras partidas, ni las fechas de llegada. Pero aún había otra dificultad mayor. No sabía cómo enlazar con el jefe de la Comandancia. Escribirle una carta y mandársela con el primer desconocido al que pudiera hablar un momento a solas, era jugar con el destino a cara o cruz. Tampoco podía pensar en separarse un día de la partida para buscar un procedimiento seguro. Todavía era un recién llegado y cualquier sospecha podía echarlo todo a rodar.

Decidió que lo más conveniente era aguantar y esperar mejor ocasión.

Aquella segunda reunión a la que asistió Manolo fue una de las más numerosas que se celebraban en la sierra. Acudió el Estado Mayor de la Agrupación y las Divisiones del «Centellas» y del «Chancho». Este traía una de sus cuadrillas en cuadro. Un amanecer, la Guardia Civil había asaltado el campamento: cinco bandoleros murieron y uno consiguió huir. Estaban seguros de que los había vendido el enlace.

Al «Gorki» no lo quiso citar «Juanito» para evitar algún incidente con «Centellas». En total consiguió reunir unos cuarenta hombres; pero a él le parecían un verdadero Cuerpo de Ejército.

En seguida se supo el motivo de tan desusada reunión de fuerzas. La Junta Central estaba quejosa de la VI Agrupación Guerrillera. Decía que esta unidad no hacía más que dedicarse al bandidaje y descuidaba

toda otra actividad política, lo que ocasionaba el descrédito del Ejército guerrillero entre las masas campesinas, y proporcionaba una base sólida a la propaganda de las fuerzas represivas. Por todo ello recomendaba a «Juanito» que mediante una operación de envergadura que trascendiera a toda la zona, y en la que se evitara cuidadosamente cualquier abuso o atropello, intentara recobrar el prestigio de la organización y el afecto de los patriotas progresivos.

«Juanito» decidió satisfacer cuanto antes los deseos de Madrid. Tenía una desmedida afición al generalato y le gustaba dar a las operaciones, por nimias que fueran, un carácter espectacular. Lanzaba órdenes con multicopista, dirigidas no sólo a su Agrupación, sino también a los campesinos, a los católicos patriotas, a los alcaldes e incluso a los «guardias civiles honrados». Las encabezaba siempre con un membrete de clásica sabor castrense:

«EJERCITO NACIONAL GUERRILLERO»

«VI AGRUPACIÓN»

«ESTADO MAYOR»

Y acababan:

«El jefe de la Agrupación»:

«JUANITO»

Estaba reciente el encumbramiento de Tito en Yugoslavia. La estela luminosa de este jefe de guerrilleros llegado a mariscal y jefe del Estado, deslumbraba a «Juanito». En sus sueños se veía enfundado en un brillante uniforme de general en jefe desfilando por la Castellana al frente de un ejército victorioso, mientras la multitud electrizada gritaba su nombre.

La operación que preparó fue la toma de Cascajera, aldea de unas cincuenta familias, situada a veinte kilómetros del puesto de la Guardia Civil más próximo. A los jefes de División y de guerrilla les explicó su misión y cometido. Se trataba de ocupar la aldea, izar la bandera republicana en el balcón del Ayuntamiento, destituir a las autoridades falangistas, fusilar a los más destacados enemigos y, antes de marcharse, recoger una fuerte contribución para sostenimiento del Ejército guerrillero. Aunque en el pueblo no había fuerza armada, no quiso exponerse a una sorpresa, y por eso había reunido tanta fuerza.

Después habló a las partidas. Recomendó con especial cuidado que respetaran a las mujeres.

—Las mujeres españolas —dijo— tienen que ver en nosotros a sus padres, a sus hermanos, a sus futuros compañeros. Tenéis que esforzaros en todo momento en demostrarles que en las guerrillas no hay más que caballeros.

Se extendió en algunas consideraciones doctrinales para acabar diciendo:

—Os quedan dos días para descansar y para prepararos a la lucha. Entre tanto llegará al campamento un enlace con las municiones que nos envía la Junta Central de Resistencia.

Esta noticia fue acogida con una ovación espontánea. Acostumbrados a no recibir más que consignas, aquel envío de municiones les parecía el comienzo de una nueva era.

«Juanito» y «Centella»s se interesaron por las andanzas de Manolo en la sierra. Este se mostraba satisfecho. Estaba mucho más moreno y, mezclado en alegre camaradería con los hombres del «Canario», su presencia no producía ya ninguna desconfianza.

Al atardecer le llamó «Juanito» y, los dos a solas, le pidió informes sobre su guerrilla.

—Me parecen unos guerrilleros magníficos. Sólo que no se preocupan en absoluto del aspecto político de la lucha.

—Son unos bestias que sacados de esto no valen más que para tirar de un carro —replicó «Juanito»—. Pero no disponemos de otra gente. Comunistas a nuestro estilo apenas los hay en la sierra; por eso hay que utilizar lo que encontramos a mano; el caso es conservar los puestos claves para nosotros y obligar a los demás a marcar el paso. En cuanto lleves más tiempo aquí, te daré el mando de una guerrilla. Eso para empezar. Y en seguida el de una División.

—De momento no tengo interés. Aún he de aprender mucho y conviene que la gente me conozca más. Ahora mismo estarán extrañados de nuestra conversación a solas. Creo mejor que nos separemos. Ya sabes cómo son, y pueden empezar a desconfiar de mí.

Se separaron con un apretón de manos.

Carmena no se equivocaba. Sus compañeros, sentados en el suelo, no le perdían de vista. Cuando Manolo se echó a su lado le preguntó el «Gitano» a boca de jarro:

—¿Qué te quería «Juanito»?

—Preguntarme qué hemos hecho por ahí esta temporada. Se lo he contado y luego le he dicho que no vuelva a llamarme a solas, no vayáis a creer que soy un chivato.

—Muy bien dicho —comentó el «Canario».

El prestigio de Manolo en la partida aumentó de una forma notable con el incidente.

A la mañana siguiente estaba Carmena tendido a la sombra de una roca. El «Canario», que se encontraba a su lado, le dio un codazo y le dijo:

—¡Mira lo que viene ahí!

Carmena se incorporó sobre un codo, miró con desgana y en seguida se sintió sorprendido. Una muchacha joven, con cara alegre y sonriente, cruzaba el campamento. Al pasar saludaba a los grupos con afecto. Era rubia y francamente bonita. Vestía con sencillez, pero con el sello inconfundible de la ciudad. En cualquier parte hubiera resultado una chica atractiva. Entre aquellos riscos era una diosa. Todos los bandoleros se quedaron inmóviles, callados, la mirada fija en ella. La acompañaba el enlace, que traía una cesta en la mano.

«Juanito» fue el único que, al parecer, no se sorprendió con la visita. De todas formas no podía ocultar su satisfacción. Recibió con cordialidad a la muchacha. Se hablaban como antiguos conocidos. Luego la presentó al «Centellas» y al «Chanchi», que estaban a su lado. Estos alargaron la mano con visible cortedad. Resultaba curioso ver a aquellos jefes de bandoleros ruborizados como seminaristas.

Pronto corrió la noticia de que era el enlace de Madrid. Venía con las municiones prometidas por «Juanito». Al parecer, otras veces sólo llegaba hasta la casa de los enlaces, donde dejaba sus encargos. Pero aquel día, al saber que las partidas estaban reunidas cerca, y que no había enemigos a la vista, no pudo resistir la tentación de conocer a los compañeros a los que servía. De aquella Agrupación sólo conocía a «Juanito», con el que había tomado contacto otras veces.

Los bandoleros más atrevidos le hicieron pronto corro. La muchacha les hablaba con simpatía, les preguntaba por sus cosas y se reía de sus ocurrencias con una risa que sonaba como música de ángeles entre las jaras bravías. Aquellos aldeanos embrutecidos devoraban su cuerpo con ojos ansiosos y desviaban la vista acobardados cuando ella les hablaba, disimulando con una risa forzada la timidez que les producía.

Carmena también estaba impresionado. La chica, era bonita y allí lo parecía más. Tenía una voz dulce y un alegre entusiasmo que animaba sus ojos grises, un poco pálidos. Con la primera emoción, pensó que por una muchacha así se volvería loco. Luego se razonó que aquello era una impresión exagerada. En una calle de Madrid quizá le hubiera pasado inadvertida o, a lo más, le hubiera dedicado una de esas miradas acariciadoras de las que se pueden repartir varias mientras se recorre la Gran Vía.

A pesar de todo seguía pendiente de ella y un poco excitado. El universo giraba alrededor de aquella cabeza rubia. A él, desde luego, no le parecía una señorita, en el aspecto social de la palabra. Debía de pertenecer a alguna familia artesana.

Vio con sorpresa que debían de estar hablando de él. Algunos le miraban. Sintió que la cara le ardía. De pronto le llamaron:

—¡Manolo! ¡Manolo! ¡Ven!

El grupo que rodeaba a la enlace se hizo oficioso. Todos se apresuraban a decirle que «Amapola» quería hablar con él.

Manolo se levantó, se abrochó el correa y procuró acercarse sin precipitación. Sentía la tonta vanidad de demostrar a los compañeros que para él no era ninguna cosa extraordinaria ver a una chica bonita.

Se le hizo calle. «Amapola» le sonreía. «Juanito» le presentó:

—Aquí tienes a Manolo.

«Amapola» le alargó una mano blanca y cuidada.

—Tenía muchas ganas de conocerte —dijo—. «Julián» me ha hablado de ti. Te traigo unos encargos suyos. Luego nos veremos.

Carmena asintió y la conversación volvió a generalizarse. En realidad sólo hablaban «Juanito» y «Amapola». El «Centellas» o algún otro se atrevían de vez en cuando a lanzar alguna frase. El tema era la política.

«Amapola» hablaba con pasión, con verdadero fanatismo, de la causa del pueblo, de la lucha por la libertad, de Rusia, de la canalla fascista. Se notaba en seguida que no era un simple enlace encargado de una misión mecánica, sino un miembro activo del Partido Comunista. A los bandoleros los halagaba diciéndoles que eran los únicos hombres de verdad que quedaban en España.

Comió en el campamento, rodeada de los jefes. Manolo observó que hablaban de él con insistencia. Empezó a preocuparse. ¿Le habría pasado algo a Perico? ¿Serían aquellas risas las últimas que oiría en su vida? Llevaba siempre la pistola montada. Si debía morir en la sierra tenía la esperanza de llevarse a alguno por delante. Su muerte no sería estéril del todo.

Después de comer, «Amapola» se acercó al grupo donde estaba Manolo, y dijo en voz alta:

—Traigo unos encargos para Manolo. No os importa que hablemos un rato a solas, ¿verdad?

Todos dijeron que no. Los tenía hechizados. Hubieran hecho lo que pidiera.

Se separaron, los dos juntos, un poco. «Amapola» se sentó en una roca. Manolo se quedó de pie enfrente de ella.

—Eres un valiente —empezó «Amapola»—. Lo que tú has hecho es una lección para todos esos camaradas que se llaman comunistas y no saben hacer otra cosa que hablar en las tabernas.

—No exageres. Ten en cuenta que yo he tenido razones especiales para venir a la sierra.

—Sí, ya lo sé. Me han contado el asesinato de tu padre —su mirada se perdía en la lejanía, y añadió—: Al mío también lo mataron.

—¿Le fusilaron?

—No. Murió en la guerra. Tenía un bar en Madrid, en Cuatro Caminos. En él celebraban reuniones los grupos comunistas del barrio. Mi padre era un entusiasta de la causa. Por eso, al estallar la revolución, lo dejó todo, el bar, a mi madre, a mí, que me quería con locura, y se puso al frente de un grupo de ataque. Primero tomó parte en el asalto al Cuartel de la Montaña; después, mientras otros se dedicaban a saquear las casas de los burgueses y a presumir como ellos por los locales de la Gran Vía, mí padre corrió al Guadarrama a cerrar el paso a los fascistas. Allí le mataron.

—Lo siento. Tú debías de ser entonces muy pequeña.

—Tenía doce años; pero idolatraba a mi padre y no podré olvidar nunca su cadáver destrozado, que unos camaradas trajeron a casa. Desde entonces sólo he pensado en vengarle. Cuando acabó la guerra pertenecía a las juventudes del partido. Después empecé a ayudar a algunos presos que conocía. Por ellos he entrado en la organización. No vivo más que para el partido. Con ello sigo la obra de mi padre.

—Eres una valiente. Muchas mujeres como tú necesitamos en España. La misma «Pasionaria» se sentiría orgullosa de ti.

La frase, después de dicha, le sonó a Manolo tan hueca que tuvo miedo de que «Amapola» lo notara. Pero le sonrió y cambió de tema.

—«Julián» tenía interés en que hablara contigo. Antes de que se me olvide; tu amigo Perico se ha ido a América.

Manolo sintió que se ponía pálido. Sin embargo, no desvió la mirada.

—¿Que se ha ido a América? ¿Pero cómo ha sido eso?

—Yo no lo sé más que de oídas, pero según me ha dicho «Julián» ha conseguido un contrato de trabajo para Venezuela. Va ganando mucho. Aquí estaba fichado por la Policía, y el partido le ha autorizado a irse. En todas partes hay campo donde trabajar.

Carmena respiró. Si Perico hubiera hablado antes de irse, él ya estaría muerto. «Juanito» no le hubiera dado tanto tiempo. Se dio cuenta de que estaba sonriendo sin causa aparente.

—¿Quería algo más «Julián»?

—Sí. Quiere que me des tu impresión sobre esta Agrupación.

Carmena recapacitó un momento. Saltaba a la legua que aquella chica era inteligente y enterada a fondo de los planes de la Junta. ¿En qué sentido convendría informarla? Decidió hacerlo con arreglo a su personalidad supuesta, como un comunista romántico, pero sin hablar demasiado.

—Pues mira; mi impresión es un poco rara. Hay que reconocer que los hombres son valientes y decididos. Irán donde haga falta, pero...

—Pero, ¿qué?

—Francamente. Esta gente se preocupa más de dar golpes económicos que de atacar directamente al enemigo.

«Amapola» se echó a reír alegremente.

—En Madrid me hablaron de ti como de un idealista y veo que no se han equivocado. Pero no hay que tener tantos prejuicios. Hay que cerrar un poco los ojos sobre las cosas que ocurran aquí. La lucha es a muerte, y los guerrilleros tienen derecho a vivir lo mejor posible. Justo es que lo paguen los burgueses, que llevan toda la vida explotando al pueblo. Y si alguna vez se mata, más han matado ellos. Además hay otra razón. En Madrid se necesita dinero y hay que sacarlo de donde lo haya.

—No, si yo no me opongo a ello. Únicamente me ha sorprendido, y por eso lo digo.

—¿Y «Juanito»? ¿Qué te parece «Juanito»?

Carmena se dispuso a ser más cauto. Comprendía que aún no había adquirido la mentalidad del bandolero, y sus juicios partían de un punto de vista diferente.

—Apenas le he tratado —dijo— y nunca he operado con él. Pero, por lo que he oído, debe ser un buen jefe.

—Sí, lo es. Sobre todo un comunista indiscutible. Su único defecto es que le gusta demasiado el mando. Pero ojalá tuviéramos muchos como él. ¿Has notado alguna cosa que creas debo contar a «Julián»?

—Nada. Si hubiera algo ya os lo diría. Lo que no sé es cómo.

—Cuando lleves aquí más tiempo, «Julián» quiere que vayas unos días a Madrid para que cuentes con detalle todo lo que has visto y comuniques tus experiencias. Hay que esperar una ocasión oportuna para no despertar disgusto en los demás, a los que no se deja mover de la sierra. De todas formas, ya le dejaré dicho a «Juanito» que cuando sea posible te facilite el viaje. Le diré que tú, que has dejado todo por espíritu, sin estar perseguido, bien mereces unos días de descanso. ¿Te gustaría ir a Madrid?

—Me encantaría. Hasta ahora no pensaba mucho en ello; pero después de verte me ha entrado nostalgia. Me has recordado que hay otras cosas en el mundo además de las rocas. Soy joven y da un poco de pena estar viendo sólo jaras cuando hay chicas como tú en las calles adoquinadas.

—¿Me vas a piroppear ahora?

—No es piropo. Es que no puedes darte una idea de lo que significa que, en un campamento donde vivimos como salvajes, aparezca de repente una mujer como tu.

—Entonces quieres decir que en una ciudad no interesaría. ¿Es eso? —coqueteó «Amapola».

—La contestación te la daré en Madrid, si consigo ir allí algún día. Espero que la causa no impedirá que una tarde nos acordemos de que somos jóvenes.

«Amapola» saltó al suelo, ofreció su mano a Manolo y le dijo con los ojos clavados en los suyos:

—Un valiente como tú, me encontrará siempre que me busque.

Lentamente, uno al lado del otro, volvieron en silencio al campamento. «Amapola» se marchó poco después. Había traído 250 cartuchos de pistola y 75 de mosquetón. No era mucho, pero menos daba una piedra. Cada hombre se quedó contento con lo que le correspondió en el reparto.

Carmena se sentía feliz. Estaba orgulloso de haber interesado a una muchacha encantadora, en competencia con cuarenta hombres que la deseaban. Esta satisfacción compensaba la tristeza de haberla visto desaparecer tan pronto. Deseó la soledad para ensimismarse en sus sueños. Madrid le atraía más que nunca. Pero ¿no estaba allí para otra cosa?

## CAPÍTULO IX

Los doscientos habitantes de Cascajera vivían en unas docenas de casas, repartidas en dos calles paralelas bastante anchas, la principal de las cuales, y también la más antigua, estaba edificada a lo largo de una vía pecuaria. Se dedicaban a la agricultura. Generación tras generación se había agotado en extraer el pan de un suelo casi improductivo. El estanquero, el posadero y el herrero, únicos industriales de la localidad, dedicaban más tiempo a la labor que a sus industrias. La única distracción para los jóvenes era bailar las tardes de los días de fiesta en el portal de la posada con la música de una guitarra y dos bandurrias. Los hombres casados se reunían de vez en cuando a tomar un vaso de vino. Sus mujeres trabajaban en la casa todo el día.

No había médico ni cura. Venían, cuando hacía falta, del pueblo más próximo. La maestra de la única escuela se había ido de vacaciones, y, al parecer, no pensaba volver.

La aldea, perdida en la sierra, carecía de carretera y de luz eléctrica. Naturalmente, tampoco había teléfono. A pesar de todo sus habitantes vivían contentos. Emparentadas unas familias con otras la armonía era bastante estable.

«Juanito» había preparado la operación con detenimiento, asesorado por un enlace que vivía en Cascajera. Gracias a ello, la toma del pueblo salió a su gusto. A media tarde las partidas cayeron sobre la aldea desde distintas direcciones. Una cortina de bandoleros rodeó el perímetro exterior para evitar toda huida y prevenir cualquier peligro de fuera.

Los demás, con los jefes en cabeza, ocuparon las calles con gran espectáculo de armas y rostros fieros. Los vecinos, tan pronto vieron aquel tropel de hombres armados, se encerraron en sus casas. «Juanito» fue derecho al Ayuntamiento, que estaba abierto y vacío. Entró en un despacho, sucio y destartado, sin más muebles que unas cuantas sillas, un armario y una mesa llena de papeles y boletines. El secretario venía sólo de vez en cuando. De un culatazo derribó el cuadro del Jefe del Estado.

En vista de que los cascajermanos no salían de sus casas. «Juanito» ordenó que se los reuniera a la fuerza. Los bandoleros golpearon las puertas, y con gritos y amenazas hicieron salir a sus moradores a la calle y acudir delante del Ayuntamiento. Los hombres estaban silenciosos, amontonados como un rebaño. Las mujeres procuraban calmar los gritos de espanto de sus pequeños.

Al alcalde se le detuvo en su domicilio, y con las manos atadas se le llevó entre fusiles a la plaza. Su mujer fue obligada a reunirse con los demás. Era un matrimonio sin hijos, de unos cuarenta años.

Al jefe de Falange no se le encontró en su casa ni en todo el pueblo. Nadie supo dar razón de él. Era un antiguo combatiente del Ejército Nacional, donde había llegado a ser sargento provisional.

Cuando todo el pueblo estuvo reunido, «Juanito» se asomó al balcón, rodeado de su corte, y pronunció un discurso. Debía de llevarlo aprendido, porque le salió muy bien:

—¡Campesinos y guerrilleros! Me dirijo a vosotros en este día memorable, en que la VI Agrupación Guerrillera, a la que me honro en mandar, comienza la liberación de los pueblos y ciudades de España.

Se volvió hacia los guerrilleros y les dijo:

—Hace siete años supisteis conservar en vuestras manos las armas que os entregó el pueblo para su defensa, y hoy sois el exponente más firme de la indomable voluntad de vencer del pueblo en su lucha contra el fascismo.

Siguió encomiando sus méritos para acabar con un párrafo arrebatado de entusiasmo, pese a su deficiente sintaxis:

—Ni los débiles y cobardes y sus falaces provocaciones, ni los agentes y chivatos vendidos al enemigo, no han podido doblegar nuestra fuerza de gigantes, ni torcer el camino de la defensa de los intereses de la Patria.

Los aldeanos, tranquilizados al ver que sólo se trataba de discursos, escuchaban en silencio, con muestras de gran respeto. Algunas veces miraban de reojo al alcalde que, con la cabeza caída sobre el pecho, contemplaba con insistencia sus manos atadas como si no comprendiese qué significaba aquello. Un milano voló sobre el pueblo y muchos se distrajerón con sus evoluciones.

«Juanito» seguía hablando. Ahora se dirigía a los campesinos:

—A la conciencia de todos los ciudadanos me dirijo, sin distinción de ideologías —con la única excepción de los criminales falangistas que tengan las manos manchadas de sangre—, para que no sólo colaboren con las guerrillas, sino que acudan también a la lucha...

Los ciudadanos, sin distinción ni ideologías, miraban con la boca abierta a aquel hombre que gesticulaba. Ahora le oían decir que había que luchar contra los de abastos y ocultar las cosechas. Esto no les parecía del todo mal. De repente la inquietud se reflejó en sus rostros; «Juanito» decía:

—Y como vuestro alcalde es un perro falangista vendido al capitalismo y a la provocación, queda destituido y se procederá a nombrar un nuevo Ayuntamiento que goce de la confianza de todos.

Los más asustados eran los de izquierda. Temían que a aquellos individuos les diera por nombrarlos algo. ¿Qué iban a decir a los guardias civiles cuando llegasen? ¡Cualquiera les haría creer que ellos eran inocentes de cuanto allí ocurriera! El mismo «Juanito» los tranquilizó:

—... Para evitar las sangrientas represalias de los verdugos falangistas, estos nombramientos quedarán secretos hasta el momento oportuno...

Los ánimos se sosegaron. Nadie quería salir del papel pasivo. Pero al final vieron con desesperación que las cosas se ponían mal otra vez.

—Hay que demostrar el espíritu de cooperación de una forma activa. Antes de que mis fuerzas se retiren de Cascajera, procederemos a recoger la contribución que se os ha fijado para el sostenimiento del glorioso Ejército Guerrillero. No es mucho pedir que al Ejército de la República le deis con qué sostenerse, cuando al de la tiranía le dais todos los años vuestros mozos. Además, se os dará un recibo que os servirá para recuperar vuestra aportación cuando se instaure la República, y como aval en el momento de la liberación.

—¡Guerrilleros y pueblo de Cascajera!:

—¡Viva la Unión Nacional!

—¡Mueran los traidores fascistas!

—¡Viva la República!

Los gritos fueron contestados por las voces de los bandoleros y por un murmullo de los aldeanos. Ninguno se atrevía ni a gritar ni a callarse.

«Juanito» procedió a izar una bandera republicana que traía al efecto. Estaba emocionado. Sentía la borrachera del éxito. Aquel era el primer paso hacia el triunfo. Le hubiera gustado oír los acordes marciales de una banda de música, o, por lo menos, la Internacional u otro himno cualquiera cantado a voces por su ejército y el pueblo, unidos en el mismo entusiasmo. Pero allí nadie sabía cantar himnos. La ceremonia resultaba fría. «Juanito» necesitó hacer algo y gritó a los de la calle:

—¡Levantad los puños! ¡Se está izando la bandera de la libertad!

Los campesinos se miraban asustados, pero los rostros amenazadores de los bandoleros los sacaron de dudas. Con gesto desmayado levantaron al aire los puños.

¿Qué iba a pasar ahora? El balcón había quedado desierto. Poco después unos bandoleros conducían al alcalde al interior del Ayuntamiento. Pasaron unos minutos. Nadie hablaba ni se atrevía a moverse. Los que hacían guardia en la calle dirigían miradas afectuosas a las muchachas. Estas no se atrevían a levantar los ojos del suelo.

Un hombre apareció en el balcón. Era el comisario político de «Juanito». Todas las miradas se clavaron en él. La gente estaba ansiosa de que ocurriera algo, de que se acabara aquella pesadilla. El comisario reclamó una atención que se le prestaba de antemano, y comenzó a leer una cuartilla:

—«Reunido el Tribunal Popular de la Zona, bajo la presidencia del jefe de la VI Agrupación Guerrillera, ha juzgado por el delito de traición a Zósimo Pérez Vaquero, alcalde faccioso de Cascajera, y a Felicísimo Vaquero Almenara, jefe de la Falange del mismo, éste en rebeldía, a los que han encontrado culpables y condenados a ser pasados por las armas.»

El silencio en la calle se hizo absoluto. Se respiraba la tragedia. En la puerta del Ayuntamiento apareció el alcalde, las manos atadas y rodeado de guerrilleros. Su mirada de animal acosado recorrió los rostros de sus convecinos en busca de una ayuda. Estos, conscientes de su impotencia, desviaban la vista avergonzados.

De repente sonó un grito estridente entre la multitud y se vio a la mujer del alcalde lanzarse hacia su marido.

—¡Zósimo! ¡Zósimo! ¡Que me lo van a matar! ¡Que me lo van a matar!

Un bandolero intentó, detenerla. Ella se zafó y quiso seguir adelante. Entonces el bandolero la dio un culatazo en los riñones y la derribó al suelo.

Desde allí, deshecha en lágrimas, encogida por el dolor, volvió a gritar con voz débil:

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Matadme a mí también!

El bandolero que estaba a su lado la dio una patada que la alcanzó debajo de la barbilla.

—O te callas, vieja, o te mato a golpes.

La compasión pudo más que el miedo, y unas vecinas se arrodillaron al lado de la caída. La apretaban la cabeza contra su regazo para evitar que hablara, y con un pañuelo le enjugaban la sangre que le corría por el cuello.

La gente abrió calle y por en medio se condujo a Zósimo delante de la fachada de la iglesia, situada enfrente del Ayuntamiento. El alcalde dirigió, al pasar, una mirada al cuerpo tendido de su mujer. Se le derrumbó el poco ánimo que le quedaba. Empezó a decir en voz alta, mientras marchaba sin oponer resistencia:

—Yo no he hecho daño a nadie. Pregunten ustedes a los vecinos. A ver si alguno tiene queja de mí. Que lo digan ellos.

Los convecinos no se atrevían a hablar. Las mujeres lloraban con disimulo y los hombres tenían la vista clavada en el suelo.

«Centellas» dirigía la ejecución. Colocaron a Zósimo de espaldas a la fachada de la iglesia, debajo de la Cruz de los Caídos, donde no había otro nombre que el de José Antonio. En frente se situaron ocho guerrilleros en fila, en posición de carguen. Zósimo gritó más fuerte, con voz temblorosa como un balido:

—¡Soy inocente! ¡Preguntad a los vecinos!

«Centellas» ordenó:

—¡Apunten!... ¡Fuego! ¡Viva la República!

El último grito se confundió con el ruido de la descarga. Zósimo cayó de rodillas y se quedó inmóvil, la mirada perdida. Un chillido de horror llenó la plaza. Los bandoleros, nerviosos, cargaron de nuevo las armas y dispararon sin orden ni concierto hasta abatirlo por completo. «Centellas» avanzó al acabar el tiroteo, y con la pistola le disparó en la cabeza.

A continuación se ordenó a los aldeanos que regresaran a sus casas y no se movieran de ellas hasta haber hecho efectiva la contribución. A la mujer de Zósimo se la llevaron desmayada unos vecinos.

Carmena había presenciado la escena desde la puerta del Ayuntamiento, donde estaba de guardia. Al oír gritar a la mujer se le empañaron los ojos; después se sintió poseído de una rabia inmensa. Apretaba las mandíbulas y se prometía tomar venganza de aquel crimen.

Al desfilar los cascajeranos observó que uno de ellos hablaba en voz baja con el «Chanchi». Debía de ser el enlace. Estudió al sujeto para no olvidarse de él.

El «Chanchi», al acabar de hablar con el paisano, se acercó a «Juanito» y le dijo:

—Oye, el jefe de Falange está escondido en el pajar de su casa, y tiene una pistola. ¿Vamos por él?

—En seguida, y acabad pronto.

Salió en su busca un grupo formado por «Centellas», el «Chanchi», el «Canario», el «Gitano» y otros dos bandoleros. Se veía que los jefes querían dar ejemplo de que no temían ir por un hombre armado. Al poco rato se oyó un disparo. Luego, nada.

Según le contó el «Canario» a Manolo, al llegar al pajar encontraron la puerta entornada. La abrieron de una patada y se encontraron de frente a Felicísimo, parapetado detrás de unos sacos. Al verlos, disparó y alcanzó al «Chanchi» en un hombro. Los bandoleros se arrojaron al suelo buscando donde ocultarse. Felicísimo disparó de nuevo y la pistola falló. Antes de que pudiera montar el arma otra vez, cuatro hombres se le echaban encima y le derribaron al suelo, golpeándole con violencia. El «Canario» sacó la pistola para matarlo, pero «Centellas» le detuvo:

—Con estos perros no se gastan balas —dijo—. Se los degüella.

Sacó un cuchillo de monte y se lo clavó en el cuello. Felicísimo dio un grito desgarrador. El «Gitano», excitado, sacó la navaja y se la clavó varias veces en el cuerpo. Todos se pusieron perdidos de sangre.

Mientras unos curaban al «Chanchi», los restantes bandoleros iban de casa en casa. Dejaban un recibo y recogían dinero o artículos de fácil transporte.

Los habitantes se defendían con la excusa de su pobreza. Decían que no tenían dinero, pero acobardados con las amenazas acababan entregándolo todo.

Se corrió la voz de que había que darse prisa. Se hacía tarde. Entonces la recaudación se convirtió en saqueo. Se abrían los baúles, se forzaban las cómodas y se cogía cualquier cosa de valor, igual un pañuelo de seda, que una sábana, que un reloj. Las tímidas protestas eran acalladas a empujones.

Al anochecer abandonaban el pueblo las partidas. Delante de la fachada de la iglesia continuaba tendido el cuerpo del alcalde. Las mujeres lloraban en sus casas revueltas. En el balcón del Ayuntamiento ondeaba suavemente la bandera tricolor.

## CAPÍTULO X

Al amanecer se situó en observación, en lo alto de un cerro, la contrapartida del cabo Ramiro. La componían seis hombres vestidos con pantalones de pana, cazadoras o chaquetas viejas, boinas negras y botas de sierra. El traje era tanto más parecido al de los bandoleros cuanto que procedía en gran parte de ellos. Recogido a bandoleros muertos o apresados, la contrapartida utilizaba las prendas que mejor convenían a sus fines.

El cabo Ramiro andaría por los treinta años. Su cara, de rasgos firmes, denotaba la energía y decisión que le habían hecho famoso. Su audacia era proverbial. El primer éxito que tuvo fue espectacular. Consiguió enterarse de que un peligroso bandolero iría una noche a una casa aislada. Entró en ella y esperó detrás de la puerta. Al entrar el bandolero se le echó encima y le redujo en lucha a brazo partido. Conocidas sus cualidades se le encomendaron los servicios más arriesgados y difíciles. Rara vez fallaba. Citaciones, medallas y avances en la escala llovían sobre él.

Tenía mujer y tres chicos. Después de varios años en la sierra echaba de menos la vida familiar. A veces, apostado entre las jaras, soñaba con un cuartel tranquilo donde pudiera jugar con sus hijos, al más pequeño de los cuales apenas conocía. Había conseguido ser destinado a un pueblecito del Norte, junto al mar, y a cada paso decía que iba a pedir relevo y marcharse a su destino. Pero la sierra tenía veneno. Igual que los cuentos de Scherezade, unos servicios se enlazaban con otros y Ramiro no era capaz de abandonar la partida, mientras tuviera un contrario delante.

Sus hombres eran dignos de él. La dura y arriesgada vida de contrapartida hacía por sí sola la selección. Uno de ellos era Villa, el guardia rubio que acompañó a Carmena cuando el servicio de «El Paredón». Hacía tiempo que había solicitado pasar a una contrapartida, sin conseguirlo. Al distinguirse en el aniquilamiento de la partida del «Tuerto», entró en ella por la puerta grande. Su alegría constante ponía en el grupo una nota juvenil y bulliciosa.

Otro era Casas. Antiguo cazador, conocía palmo a palmo aquellas sierras. Los primeros servicios los hizo siendo paisano, en colaboración voluntaria con la Guardia Civil. Preparó emboscadas al bandolero como antes las preparaba al jabalí o al lobo. Su valor le hizo entrar en la Benemérita por gracia especial, sin sufrir examen alguno. Apenas se había puesto el uniforme. Desde su ingreso continuó en la sierra, en una contrapartida, donde por su experiencia y serenidad era insustituible.

Además de otros dos guardias, jóvenes y decididos, formaba en la contrapartida un hombre de cerca de cuarenta años, alto y delgado. Era el «Varas», antiguo bandolero de la División del «Gorki». Hacía más de un año que se le había capturado en el asalto a un campamento donde descansaba su guerrilla. Inmediatamente manifestó su deseo de colaborar con la fuerza pública. Su actuación fue sincera y eficaz. No se le conocían delitos graves y fue confiado al cabo Ramiro. Dirigidos por él se consiguió en poco tiempo liquidar a dos partidas de su antigua División. El mismo «Gorki» estuvo a punto de caer, y sólo se salvó a fuerza de piernas. Después del primer servicio, y dado lo arriesgado de su misión, se acordó armarle. El «Varas» pidió una escopeta de dos cañones, con cartuchos de postas. Decía que era el arma más eficaz en la sierra, donde el combate siempre se entabla a las menores distancias posibles. Desde su captura estaba a las órdenes del cabo Ramiro, y le seguía y respetaba con la fidelidad de un perro.

La contrapartida se tendió al sol. A pesar de estar en verano, las madrugadas eran frías en la sierra. Uno de ellos vigilaba con prismáticos el terreno que alcanzaban.

Llevaría el primer centinela una hora de observación cuando llamó al cabo:

—Oye, Ramiro, mira. Ahí sube un hombre con un burro.

Todos se parapetaron detrás de las rocas y miraron adonde les señalaba su compañero. Un hombre subía desde el valle seguido de un burro al que debía de llevar con un ramal. Iban fuera de camino. Sus movimientos fueron observados con atención. No comprendían dónde podía ir aquel sujeto por entre aquellos riscos desiertos. Hacia la mitad de la ladera se detuvo junto a un montículo de rocas. Bajó algo de las alforjas del burro, luego las echó al suelo y, por último, se puso a trasladar la carga al montículo, haciendo varios viajes.

—¡Ahí hay una partida! —exclamó Ramiro—. Este es el enlace que les trae el suministro. No puede ser otra cosa.

Todos asintieron. La presencia de los bandoleros era indudable. Se sonreían unos a otros, excitados. De nuevo la fortuna estaba con ellos. Ramiro ordenó:

—Esta gente no se moverá de día, ni nosotros tampoco. En cuanto lo hiciéramos, nos verían. Hay que aguantarse y no fumar. Estos tíos tienen vientos como los animales y serían capaces de olerlo.

Los seis hombres continuaron pegados contra las piedras sin ver más que el burro inmóvil y el montón de rocas. Los prismáticos pasaban en silencio de una a otro. Transcurrió así una hora. Luego salió el hombre de entre las rocas, echó las alforjas sobre el burro, se montó en él y comenzó a descender hacia el valle lentamente.

En el montículo no se observaba el menor síntoma de que allí pudiera haber nadie.

El día se hizo interminable. La vigilancia la hacían por turnos de dos horas, pero a cada momento observaban todos, temerosos de que por un descuido se les frustrara aquel servido, uno de los pocos debidos a la casualidad. Mientras hubo luz, ninguno se hizo visible ni se encendió fuego alguno. Al oscurecer dejaron la impedimenta, y se descolgaron monte abajo sin precipitaciones, arrastrándose como culebras de roca en roca.

\* \* \*

En el montículo había instalado su campamento el «Canario» para descansar unos días. Después del asalto de Cascajera las partidas regresaron a sus zonas de acción. El «Canario» volvió a tomar las cosas con calma. Algún tiempo vivieron de las reservas. Después secuestraron a un viejo guarda jurado que tenía fama de haberse enriquecido al servicio de unos aristócratas. Pero no tuvieron suerte. El guarda jurado, entre gemidos, dijo que no disponía de dinero. Llegó la hora señalada como tope para el rescate y nadie trajo el dinero. El «Canario» llamó a sus hombres y les dijo:

—No podemos esperar más. Esta gente ha dado cuenta. Vámonos.

Manolo Carmena echó a andar el primero. Había temido por aquel vejete simpático. Se sintió lleno de gratitud hacia el «Canario» al ver la tranquilidad con que encajaba el fracaso. Pensó tenérselo en cuenta.

Entonces oyó un disparo a su espalda. Volvió la cabeza y vio que el «Canario» había matado al guarda de un tiro a boca jarro. En aquel momento se agachaba junto al cadáver y le prendía en la ropa una hoja impresa, rellena rápidamente a mano. Se las había entregado «Juanito» para estos casos, pero hasta entonces no las había utilizado nunca. Estaban escritas en una cuartilla y decían:

«REPÚBLICA ESPAÑOLA»

«EJERCITO DE EXTREMADURA Y CENTRO»

«VI AGRUPACIÓN»

«Para público conocimiento de todos los españoles, en general y para advertencia de todos los enemigos del pueblo, «chivatos», traidores e incumplidores de nuestras órdenes,

SE HACE SABER

»Que ha sido condenado a la pena capital y ejecutado en el día de la fecha, por el Ejército de la República, el reconocido enemigo del pueblo.....

por no presentar la cantidad de dinero que ha sido solicitada; corriendo la misma suerte todos aquellos que incumplan nuestras órdenes.

»En Campamento, a ... de.....de 194...

»VIVA LA REPÚBLICA.

»MUERAN LOS CANALLAS FALANGISTAS.»

Según «Juanito» estas hojas sobre los cadáveres serían aleccionadoras.

El «Canario» no se desanimó, y antes de acabar el verano había hecho con éxito dos secuestros más. En total obtuvo 72.000 pesetas, que repartió como de costumbre. Con dinero sobrado para una temporada regresaba a su campamento permanente. Como no tenía prisa, acordaron descansar en aquellas rocas, favorables a la ocultación. Además, disponían de un enlace seguro.

Aquella mañana, casi en el mismo momento en que la contrapartida del cabo Ramiro se ponía en observación, el «Gitano» comenzó el primer turno de guardia. Sus prismáticos recorrieron el horizonte sin percibir nada anormal. Poco después anunció la llegada del enlace con su burro. Este les trajo una damajuana

de vino, tabaco y alimentos sobrados para los dos o tres días que pensaban continuar allí. También traía la prensa de Madrid correspondiente a los últimos días.

El enlace se sentó un rato con ellos, y, a pesar de lo temprano de la hora, cortaron unas lonchas de jamón para probar la calidad del vino. Como siempre, preguntaron por los movimientos de la Guardia Civil. El enlace los tranquilizó. Hacía días que no se veía ninguno por allí.

Cuando se fue su confidente, los bandoleros se dedicaron a dormir. Uno continuó, como de costumbre, en vigilancia constante. Manolo se dedicó a leer los periódicos. Devoraba todo, igual las noticias de España, que los acontecimientos extranjeros, las crónicas deportivas o las críticas de los estrenos. La cartelera de espectáculos la leyó con detenimiento; se entretenía en elegir el espectáculo al que hubiera ido con preferencia. Ya comenzaban los estrenos en Madrid. Manolo sintió nostalgia de la gran ciudad. Hubiera dado cualquier cosa por encontrarse de paisano, perdido entre la multitud desconocida, en cualquier calle de Madrid. La vida de bandolero pesaba. A veces dudaba de conseguir el éxito que se propuso. Le quedaba el consuelo de que, en el peor de los casos, siempre podía cargarse a unos cuantos y regresar a su destino. Esta idea, tan fácil de realizar, le atraía de una forma peligrosa. Pero se dominaba, y aguantaba con la esperanza de obtener un resultado más en consonancia con tan arriesgada misión.

El «Canario» no consintió que se hiciera fuego. Cernerían fiambres. Sus hombres refunfuñaban. No se veía a nadie en todo el terreno que dominaban los prismáticos, y tenían ganas de comer algo caliente. Pero el «Canario» se salió con la suya.

La tarde terminó con la misma tranquilidad. Carmena, durante su turno de guardia, vigiló con atención, sin lograr ver nada alarmante. Constantemente recorría los alrededores con los prismáticos.

Al hacerse de noche se sentaron en corro para cenar. En sitios tranquilos y seguros, cuando durante el día no se observaba nada peligroso, por la noche descansaban todos. ¿Quién iba a subir de noche a aquellas rocas? Los reconocimientos sólo son eficaces de día.

Había luna y cenaron a su luz brillante. La bota, llena de buen vino, saltaba constantemente de mano en mano. Los ánimos se alegraban con la buena comida y la bebida abundante. La conversación se hacía ligera, y las bocas sonreían.

Cuando acabaron de comer encendieron un cigarrillo. No tenían sueño y se quedaron un rato de charla.

El «Canario» al acabar su cigarrillo le dijo al «Pancho Villa»:

—¡«Pancho», échame la bota!

En aquel momento sonó una descarga, prolongada con la trepidación de los subfusiles ametralladores. Carmena sintió que el «Gitano» se le caía encima. Se puso a gatas, cogió automáticamente un fusil del suelo y de un salto se tiró a otro lado de las rocas. Las balas chascaban contra las piedras. Se había hecho daño en una rodilla, pero sin detenerse salió corriendo hacia adelante. El fuego seguía con intensidad y se oían silbar las balas en todas direcciones. Sintió correr a su lado, se volvió angustiado al pensar que podía ser un guardia y vio que era el «Canario».

—¡Corre, no te pares! —le musitó éste.

Los dos corrieron juntos, lo más de prisa que podían, por entre la maleza. A Manolo le extrañó que el «Canario» se rezagara. De repente cesó el tiroteo. A los pocos segundos se oyeron unos disparos sueltos y una ráfaga de subfusil. Los dos fugitivos estaban ya lejos, en una espesa mancha del monte. El «Canario» se echó al suelo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Carmena con la respiración agitada.

—Estoy herido.

El «Canario» se llevó la mano al costado derecho y la retiró llena de sangre.

—Me han atravesado —añadió—: Mira a ver si puedes taparme la herida.

Carmena le miró sin moverse. Su mano buscó la pistola. Tenía ante sí, a su merced, a un asesino, y aquella era la ocasión de vengar los crímenes de que había sido testigo. Y otros de que había oído hablar. Para todo el mundo sería uno de los caídos en el asalto de aquella noche. Al día siguiente le encontrarían los guardias. Tenía que haber dejado un rastro de sangre. Después de todo era una casualidad que aún estuviera vivo.

El «Canario» volvió a hablar con voz tranquila. Ni el dolor ni el peligro le conmovían.

—Date prisa, Manolo. Hay que irse pronto de aquí. Ponme esta venda. Me alegro de que hayas sido tú, y no otro el que esté conmigo. Los demás, con tal de salvarse ellos, me hubieran dejado morir como a un perro.

El brazo de Carmena se detuvo. Volvió a abrochar la pistolera. Sabía que no era capaz de rematar a un herido. Sería un asesinato. Frente a frente no le importaba; para matar a sangre fría a un hombre que se confiaba a él le era imposible. Era un oficial de la Guardia Civil y no un verdugo.

Entonces vio la alternativa que se le presentaba. O mataba al «Canario» o le salvaba. No podía abandonarle a su suerte. El «Canario» era hombre capaz de salir solo del paso. ¿Qué sería entonces del prestigio romántico de que gozaba Manolo en la organización? Había que matarle o salvarle. No cabían términos medios.

Carmena se arrodilló junto al herido. Este se había desabrochado la ropa. Buscó a tientas la herida. Los dedos se le humedecieron de sangre caliente. Sólo había orificio de entrada. Taponó con un pañuelo limpio y le vendó lo mejor que pudo. Sus paquetes de cura se habían quedado en el morral. Luego ayudó al «Canario» a levantarse.

Este le dijo, siempre en voz baja:

—Esconde ahí mi fusil y mi correaje. Ya volveremos por él.

Carmena metió el armamento debajo de un madroño. No se preocupó de ocultarlo demasiado. Le daba igual que lo encontraran o no.

El «Canario» se apoyó en el brazo de Manolo y comenzaron a andar con lentitud. Con frecuencia se detenían a escuchar. No oían nada. ¿Qué habría sido de los demás?

La marcha se hizo cada vez más fatigosa. El «Canario» perdía fuerzas. Tuvo que pasar el brazo izquierdo sobre los hombros de Manolo y avanzar casi colgado de su cuello. A éste le agotaba el peso. Además la rodilla se le había hinchado y le obligaba a cojear.

Las detenciones para descansar eran cada vez más frecuentes.

A Manolo le dolían el cuello y el brazo derecho de soportar el peso del «Canario». La rodilla cada vez le molestaba más. Y veía con desesperación que apenas avanzaban. Con el dolor y el cansancio le volvieron los deseos de matar al «Canario». Aquella marcha agotadora con un herido a cuestas no iba a acabar nunca. Era imposible mantener la vigilancia habitual. Estaba expuesto a ser fusilado en cualquier emboscada. La idea de desprenderse de aquella carga, de continuar la marcha solo, libre, como quisiera, se le presentaba acariciadora. Para eso había que matarle.

Y, sin embargo, con el cuerpo dolorido, agobiado bajo el peso del «Canario», tropezando a cada paso, seguía hacia adelante. La cabeza le ardía, tenía la boca seca y los pulmones amenazaban estallar. Su cerebro le repetía el dilema, como una idea fija que acabó por carecer de sentido. «O matarle o salvarle».

O matarle o salvarle. Y Carmena arrastró por entre los jarales el cuerpo casi inanimado del «Canario», al que la fiebre hacía perder el conocimiento. Aquella vía dolorosa se hacía interminable.

La contrapartida del cabo Ramiro había abierto fuego sobre los bandoleros a cinco metros de distancia. Se disparó con intensidad para evitar cualquier fuga. Cuando el cabo calculó que todo debía de estar acabado, mandó parar el fuego. Nadie les había contestado. Se veían tendidos los bultos de los bandidos en el sitio donde los cogió la descarga. Con la oscuridad era imposible contarlos.

Ramiro, con la pistola en la mano, entró el primero en la plazoleta que formaban las rocas. Contó cuatro cadáveres. En aquel momento, de detrás de una piedra, surgió el «Gitano». Estaba herido en una pierna y no podía huir. Cogido sin remedio, tuvo un gesto desesperado. Se echó el fusil a la cara y disparó contra el cabo. Le dio en la cabeza. Ramiro cayó al suelo. El «Gitano» cargó con rapidez el fusil, pero, antes de que pudiera disparar de nuevo, el «Varas» le metió en el cuerpo las postas de los dos cañones de su escopeta. La ráfaga de Villa llegó tarde.

El cabo Ramiro había muerto en el acto. Su cuerpo estaba caído entre los de sus enemigos. Los guardias pensaban que cinco bandoleros muertos no compensaban la muerte de su jefe.

En un puertecito del Norte quedaba una vacante de cabo.

## CAPÍTULO XI

Sentado en un departamento de un vagón de segunda clase repleto de viajeros, Carmena se sentía feliz. Saboreaba la diferencia entre este viaje y el anterior, cuando se dirigía a la sierra. Ahora iba hacia Madrid. Volvía triunfante, después de haber vivido varios meses en una partida de bandoleros. No sólo no había despertado recelo, sino que los mandos le apreciaban como comunista sincero y disciplinado, mientras que a los compañeros se los había ganado por valor y camaradería.

Volvió la cabeza y sonrió al «Canario», que, inmóvil, un poco asustado, ocupaba el asiento de su derecha. Contestó éste tímidamente a su sonrisa, mientras su mirada inquieta saltaba constantemente de la ventanilla a la puerta del departamento.

Manolo había conseguido llevarle hasta el chozo de un enlace, tras una noche larga, interminable, durante la que varias veces estuvo a punto de darse por vencido, derrotado por el dolor y el cansancio. Allí reposaron un día entero, sin moverse para nada. Manolo hizo una nueva cura al «Canario». La herida no se había infectado.

Por la noche acudió al punto de reunión acordado con la partida, por si algún otro había conseguido huir. Esperó allí dos días sin ver a nadie. Entonces se dirigió a otra base situada en un cortijo. El «Canario» estaba ya allí. El enlace le había llevado en un burro.

Esperaron unos días para ver si el «Canario» se reponía. Vivían en la cámara, ocultos entre montones de grano. Pero la herida no cerraba. Había empezado a supurar. Una noche oyeron llegar a la Guardia Civil. Era una pareja que hacía el recorrido ordinario. Estuvieron un rato en la cocina charlando con los dueños de la casa. Carmena oía sus voces y dio un suspiro de alivio cuando los sintió marcharse. Por ellos tuvieron noticias del resultado del asalto al campamento y de la muerte del cabo Ramiro. Carmena conocía al cabo y le dolió su muerte. Se dio cuenta una vez más de lo cerca que él mismo había estado de ella. Sonrió con desgana al pensar en la desesperación de Villa si al día siguiente le hubiera reconocido entre los cadáveres.

El comentario que hizo el «Canario» fue lacónico:

—El «Gitano» era un hombre templado.

Su muerte fue la que más sintió. La alegría ruidosa y el entusiasmo del «Gitano» animaban su carácter taciturno y tímido.

La herida no mejoraba y Manolo aprovechó la ocasión para ir a Madrid. Tomó contacto directo con «Juanito», con cuya simpatía contaba. A «Centellas» no le dijo nada. No se fiaba de él. Propuso llevarse al herido a la capital. Era necesario extraerle la bala si se le quería salvar la vida. En Madrid, la Junta Central tenía un médico discreto que operaba sin hacer muchas preguntas. De paso le mandó 40.000 pesetas de las conseguidas en los últimos secuestros.

Esta medida fue un acierto. «Juanito» no pudo por menos de apreciar la lealtad de Manolo, al ver que le mandaba un dinero tan fácil de dar por perdido con motivo del desastre de la partida del «Canario», en la que de siete hombres había habido cinco muertos y un herido grave. Sin dificultad aprobó el plan.

Como el «Canario» había recobrado fuerzas y podía andar, se fueron acercando por jornadas cortas hasta el apeadero del ferrocarril. El enlace conservaba escondida la ropa de Manolo, en bastante buen estado. Al «Canario» se le vistió con una chaqueta de mezcla, pantalones grises y una gabardina. Ambos se equiparon de ropa interior adecuada. Las compras necesarias fueron hechas por el enlace en la capital de la provincia, para no despertar sospechas.

El «Canario» no estaba a gusto dentro de su traje de señorito. Nunca había estado así y se encontraba disfrazado, sin saber cómo andar ni dónde poner las manos. Manolo se esforzó en convencerle de que era frecuente ver a individuos con más aspecto campesino que él vestidos a la última moda, y hasta sentados al volante de un «haiga».

A pesar de los ánimos que le daba Manolo, el «Canario» se encontró como gallina en corral ajeno tan pronto tomó contacto con la sociedad. Apartado muchos años de ella, sin ver más que bandoleros, enlaces o víctimas, había perdido el hábito de tratar a la gente. Se encontraba torpe. La audacia y serenidad que le caracterizaban habían desaparecido. Vivía sobresaltado. Su único refugio era Manolo. Admiraba la naturalidad con que éste se comportaba en público. Comprendía que en aquel terreno sabía mucho más que él, y le prestaba la misma obediencia que él exigía en la sierra.

Ninguno de los dos habían querido desprenderse de las pistolas. Las llevaban montadas, ocultas en la cintura, debajo de la chaqueta. Aparte del dinero que habían mandado a «Juanito», cada uno se quedó con

10.000 pesetas para hacer frente a sus gastos. Iba el dinero en billetes grandes, cosidos dentro del forro de las chaquetas. En la cartera llevaban una cantidad prudencial.

El tren llegó puntual, poco antes del amanecer. Los dos compañeros subieron a un vagón de segunda clase. Carmena encontró sitio en un departamento, saludó a los viajeros, levantó a uno que venía tumbado y se sentaron los dos juntos. Como algunos viajeros dormitaban, emprendieron el viaje en silencio.

Carmena se entretuvo en concretar sus proyectos. Necesitaba tomar contacto con sus jefes. En la sierra no había encontrado procedimiento de hacerlo. De vez en cuando se limitó a dejar señales de su presencia, y cuantas veces pudo se hizo visible. Gracias a ello el Servicio de Información debía de haber seguido sus pasos. Sin embargo, ya era tiempo de preparar el enlace directo y acordar un plan de acción. Hacía unos meses, todo eran incógnitas. En la actualidad era posible estudiar sobre bases sólidas el aniquilamiento del bandolerismo en aquella zona.

Lo mejor era tomar contacto con el mando en cuanto llegara a Madrid, antes de que «Julián» y los suyos lo supieran. No había más inconveniente que la presencia del «Canario», pero a éste, en una ciudad, no sería difícil engañarlo. Tenía unas señas para buscar a «Julián». Seguramente serían el primer eslabón de una cadena que acabaría en él. Iba a ser laborioso encontrarle. Aunque esto era una ventaja; ya tenía una excusa para desprenderse del «Canario». Le diría a «Julián» que le había parecido peligroso llevar a aquel paleta de calle en calle. Pero, ¿qué iba a hacer con él? ¡Qué lástima que no se le pudiera dejar en consignas, como una maleta! De repente se le ocurrió la solución. Al pensar en ella no pudo evitar una sonrisa. Le metería en un cine de sesión continua, y allí le dejaría el tiempo que hiciera falta, pusieran lo que pusieran. Sabía que el «Canario» sólo había ido dos veces al cine. Las dos durante la guerra. Ahora se iba a desquitar de un golpe. Volvió a mirar a su compañero y la risa le retozaba en los labios.

Se había hecho de día, el tren se aproximaba a Madrid. De pronto el «Canario» le dio un codazo de alarma a Manolo. Este le miró y le vio con el rostro tenso, el cuerpo un poco hacia adelante, las manos inmóviles sobre las rodillas, la mirada fija en la puerta. Era la actitud de un perro de caza cuando señala una pieza. Manolo la conocía ya, le había visto así en los momentos de peligro. Se volvió sobresaltado hacia la puerta y la vio tapada por las espaldas verdes de la pareja de escolta del tren. Al verla se tranquilizó, e inclinándose hacia el «Canario» le dijo en voz baja:

—No te preocupes. No muerden.

El «Canario» intentó sonreír sin conseguirlo. Eran los primeros guardias civiles que veía a su lado, y no se hacía a la idea de que pudieran pasar indiferentes. Su mirada siguió clavada en la puerta hasta que la pareja desapareció. Entonces exhaló la respiración contenida, se recostó en el respaldo y dirigió la vista a la ventanilla. Le era difícil habituarse a su nueva personalidad; no comprendía que allí no era más que un viajero que ha pagado su billete. Su organismo reaccionaba instintivamente ante el peligro como el de un animal salvaje. Cada vez admiraba más a Manolo. No concebía la tranquilidad con que hablaba con los viajeros. Hasta les ofrecía tabaco.

Desde que decidió el viaje a Madrid, un pensamiento rondaba la imaginación de Manolo. Era la silueta de «Amapola». ¿La vería en Madrid? Notaba que esa posibilidad era una de las causas que más contribuían al atractivo del viaje. Sólo la había visto una vez y se sentía interesado por ella, como rara vez lo estuvo antes por mujer alguna. Volvió a razonarse, igual que el día de su encuentro en la sierra, que en Madrid le parecería una de tantas. Era idiota hacer un ídolo de ella. Si estaba impresionado era porque no había visto otra mujer bonita hacía varios meses. Pero el sentimiento se burlaba de la razón, y le era dulce pensar en los ojos de «Amapola». Quiso sustituirles con los de Emi, la aventura de una noche, que podría repetirse en seguida, y no lo consiguió. El cuerpo regordete de Emi se difuminaba bajo la silueta espigada de «Amapola».

El tren se detuvo en la estación de Delicias. Manolo puso en marcha el plan que se había trazado. Dejó al «Canario» sentado en el bar, frente a un café con leche, y salió en busca de un taxi. En él le llevó a un cine del centro que comenzaba sus sesiones en las primeras horas de la mañana. La sala estaba casi vacía y pudieron instalarse a su gusto, junto al pasillo y cerca de la salida. Allí sería fácil volver a encontrarle sin necesidad de esperar a que dieran las luces. Manolo se quedó un rato en el local. Proyectaban una película que ya había visto. Sin embargo, contempló con una ilusión nueva las escenas conocidas. Le hacía el efecto de volverse a encontrar con un viejo amigo. Igual le había pasado al recorrer en taxi las calles de Madrid. Cada esquina, cada local, cada anuncio, cada estatua, junto a los que antes pasaba sin apenas reparar en ellos, le producían una sensación de felicidad, comparable a la que se siente al recorrer la propia casa, después de una larga ausencia, durante la que se ha temido no volver.

Estuvo en el cine cosa de un cuarto de hora. Al salir miró el reloj. Eran cerca de las once. Se fue derecho a un bar, pidió en el mostrador una copa de anís, y mientras se la servían entró en la cabina del teléfono. Echó la chapa, marcó un número y cuando contestaron preguntó:

—¿Centralilla?

—Sí, señor.

—Póngame con el jefe de Información.

Una breve espera.

—¿Diga?

—¿Está el teniente coronel?

—¿De parte de quién?

—Del teniente Carmena.

En seguida oyó la voz conocida de su jefe.

—¿Es usted, Carmena?

—Sí, señor, a sus órdenes.

—Está usted en Madrid, ¿no? ¿Va todo bien?

—Sí, señor, perfectamente. Seguramente estaré aquí unos días, y es necesario que le vea.

—Cuando quieras.

Siempre que hablaba con Carmena insensiblemente acababa tuteándole.

—Mire, creo que es preferible no dejarse ver por la Dirección. Cualquier casualidad desgraciada podía echar todo a rodar. Hoy no sé si tendré tiempo libre durante el día, pero después de cenar creo que podré verle. ¿Dónde le parece?

—En ese caso lo mejor es en mi domicilio particular —le contestó el jefe—. Desde la cena te esperaré hasta la hora que sea. Tú ven cuando puedas.

A continuación le dio las señas de su casa. Carmena las apuntó y dijo:

—Si por cualquier causa no pudiera ir hoy lo haré otra noche. De ser posible le telefonaría, pero todo depende de la libertad de movimientos en que quede. Considero preferible no forzar nada que pueda estropear el negocio.

—De acuerdo. Obra con entera libertad. Si te ocurre algo importante llama a este teléfono. Yo dejaré dicho en todo momento dónde se me puede encontrar, para ayudarte en lo que pueda hacer falta.

—Muchas gracias, mi teniente coronel. Entonces, ¿hasta la noche?

—Hasta la noche, Carmena. No puedes figurarte lo que me alegro de que hayas venido, y, sobre todo, de que estés bien. Recibe un abrazo muy fuerte.

—Muchas gracias. A sus órdenes.

Después de dar este paso se quedó más tranquilo. Estaba satisfecho de la facilidad con que estaba llevando una misión tan difícil. Ahora había que buscar a «Julián».

Las señas que le había facilitado «Juanito» le condujeron al taller de un mecánico. Este le recibió con recelo. La piel morena y curtida de Manolo no cambiaba en nada su aspecto de señorito. No obstante, como la consigna fue dada en regla, le mandó con una nueva contraseña a una taberna de un barrio extremo. Allí recibió una nueva dirección. Tardaron algún tiempo en dársela, durante el que estuvo dando un paseo. Seguramente habían consultado por teléfono, porque ahora le mandaron derecho al domicilio de «Julián».

Este tenía un piso alquilado en una calle tranquila del distrito de Chamberí. Vivía en ella con su querida, como si fueran un matrimonio. Figuraba ser agente de seguros en buena posición. Con ello no extrañaban sus frecuentes viajes. En general, estaban bien considerados en la vecindad.

A Manolo le recibió con los brazos abiertos. Manolo se sonrió al ver la simpatía de que gozaba en ambos bandos. Primero le abrazaba un jefe de la Guardia Civil, ahora el secretario de una organización clandestina.

«Julián» llamó a su amiga, y le presentó a «uno de los comunistas más bragados con que cuenta la organización». Se sentaron en un cómodo tresillo, y la compañera de «Julián» hizo gala de una hospitalidad espléndida. Les ofreció un aperitivo, y aquello fue un derroche de fiambres y bebidas. Carmena pensó en el mal efecto que el lujo en que vivía «Julián» causaría en la sierra, caso de conocerlo. Era un contraste exagerado con la dura vida de las partidas.

«Julián» no le dejó distraerse con estos pensamientos. Se hizo contar con detalle lo que ocurría en la VI Agrupación. Manolo estaba de buen humor y le contaba con gracia las escenas de la vida guerrillera. «Julián»

se rió a carcajadas con los detalles de la toma de Cascajera. Veía a «Juanito» luciendo su oratoria delante de unas docenas de campesinos.

—Es su único defecto —dijo—. El afán de figurar. Sería capaz de repartir dinero en los pueblos con tal de que fueran a oírle un discurso echado desde el Ayuntamiento.

La destrucción de la partida del «Canario», que fue lo primero que le contó Manolo, no le afectó demasiado. Se notaba que, descontados cuatro o cinco hombres, los demás guerrilleros le traían sin cuidado. Le interesaba que crearan un problema en el campo para explotarlo con fines políticos; pero ni sus personas, ni sus sentimientos le importaban nada. El hombre desaparecía bajo un seudónimo de guerra, bajo un guarismo. Lo único interesante era que la sierra ardiese.

La llegada del «Canario» a Madrid le produjo un disgusto que no se molestó en disimular. Afirmó que hombres así no sabían manejarse en Madrid y ponían en peligro toda la organización. ¿Que estaba herido? Pues que se curase en provincias como fuera. La solución era buscar un médico en el campo para estos casos. Si no se encontraba uno que por ideología se prestara a hacerlo, había que conseguirlo a fuerza de dinero. Como último recurso, que operase bajo las bocas de las pistolas. Todo estribaba en conseguir el primer servicio. Después el médico se encontraría enredado en la madeja.

Pero el «Canario» estaba en Madrid, y no era cosa de dejarlo toda la vida en el cine.

—Tú, ¿dónde piensas alojarte?

—Si no dispones otra cosa, en un hotel. Tengo mi documentación en regla y no estoy perseguido. No te olvides que soy ex combatiente de Franco. Me inscribiré con mi verdadero nombre. Es la mejor forma de que la Policía no pueda sospechar nada.

—Por lo que a ti afecta, está bien. Pero, ¿qué papel crees que haría el «Canario» en un hotel? Se le vería el plumero en seguida.

—Es posible. Pero vosotros conoceréis alguna pensión de confianza, algún sitio más discreto que un hotel.

—Ninguno. En Madrid todo el mundo se vende y nos vende. Le alojaremos en casa de Hilario. Es un miembro de la organización, tiene una casa grande y ya ha alojado a otros. Trabaja en su oficio y no está fichado. De todas formas, este «Canario» ha sido un regalito. Habrá que mandarle al médico con niñera, como a los niños al colegio.

—¡Hombre! De eso si queréis me encargo yo.

—Ni hablar. ¡Buena pareja hacéis! ¿No crees que extrañaría veros juntos? Ya buscaré uno de su pinta que se encargue de llevarle al médico. Y hablando de otra cosa. ¿Traes algún plan determinado?

—Ninguno. Acompañar al «Canario» hasta aquí, entrevistarme con vosotros y volver a la sierra cuando digáis.

—Por nosotros no corre prisa —«Julián» le sonrió—. Tienes derecho a pasar aquí algunos días. Servirán, además, para que yo informe a la Junta, y hagas las aclaraciones que sean precisas. Luego, cuando te vayas, te llevas lo que haya para tu Agrupación. ¿Qué es lo que más necesitáis?

—Armas y municiones. La gente se queja de que ellos se tienen que proveer de todo por sus propios medios. Dicen que los tenéis abandonados.

—Sí. Es que allí se creen que nosotros disponemos de las fábricas Krupp. Conseguir armas es difícilísimo. Unas las tenemos desde la guerra; otras, muy pocas, nos llegan del extranjero. ¿Tenéis alguna «metralleta»?

—Ninguna. La única arma ametralladora es el «naranjero» de «Centellas».

—A lo mejor te damos alguna cuando te vayas.

—Harán un gran efecto. Acostumbrados a no recibir nada, cualquier cosa los llenaría de alegría. No tendrán más remedio que reconciliarse con vosotros.

Mientras charlaban, bebían vermut y comían lonchas de embutidos. «Julián» preguntó:

—Se me olvidaba. ¿Traéis dinero?

—Más del que necesitamos. Traemos 10.000 pesetas cada uno.

—Formidable. Aquí el dinero siempre anda escaso. Podréis pasaros una temporadita sin preocupaciones económicas. Por otra parte, es un dinero que no cuesta mucho conseguirlo. ¿No te parece?

—¡Qué quieres que te diga! Pregúntaselo al «Canario», que trae una bala en las costillas, o al «Gitano», que se quedó dormido para siempre entre las rocas.

—Hombre, eso sí; ya sé lo que es aquello. Pero no te creas que aquí la Policía dispara con algodones. En todas partes nos jugamos la vida.

Aquello de los algodones ya se lo había oído decir Carmena otra vez. Al parecer le gustaba la frase. Sonrió y a continuación le hizo una pregunta que desde hacía tiempo le rondaba los labios:

—¿Y «Amapola»? ¿Qué es de ella?

«Julián» se echó a reír, le dio un golpe en el hombro y contestó, mientras llenaba de nuevo los vasos:

—Está bien. Muy bien. Ya me contó vuestra entrevista. Le has hecho un gran efecto. ¿Qué les das, chico?

—No te guasees. La impresionarían las circunstancias. Date cuenta de que nos conocimos en una situación muy novelesca.

—De todas formas, estoy seguro de que se alegrará cuando te vea.

—Yo también me alegraré. ¿No habrá en ello ningún inconveniente?

—Ninguno. Al contrario. Así podrás recibir a través de ella mis órdenes. Que «Amapola» venga a mi casa no extraña. Es amiga de mi mujer. Y una pareja como vosotros seguros que no causa en Madrid la menor inquietud, a no ser a los guardas del Retiro.

La última frase la dijo riendo. Carmena se rió también.

Apuró el vaso de un trago. Se sentía feliz. Todo iba saliendo a su gusto.

—¿Dónde podré verla? —preguntó.

—No seas impaciente. Ella te irá a buscar al hotel. Es mejor. Extrañaría que te presentases en su barrio preguntando por ella. Y para citaros en otro sitio necesitas verla antes. ¿Dónde te vas a hospedar?

—No lo he decidido. Buscaré un hotel sin pretensiones, fuera del centro.

—Muy bien. Cuando tengas cogida habitación me telefoneas para saber dónde estás. Siempre que necesites telefonarme usa un estilo comercial. No hay que confiarse nunca.

—¿Y «Amapola»?

—No te preocupes. Yo me encargo de que mañana por la mañana vaya a buscarte. Espérala allí. Acuérdate de que se llama Maruja. Maruja Salas.

A Carmena le pareció demasiada larga la espera, pero no dijo nada. Poco después se separaron. Manolo volvió derecho al cine. Al «Canario» le encontró en seguida. La larga espera le tenía impaciente. Ni siquiera las películas lograban distraerle. Muchas cosas no las entendía. Le asustaba el pensamiento de que Manolo no volviera. ¿Qué haría entonces? La gran ciudad le atemorizaba. Cuando Manolo se sentó a su lado se sintió otra vez tranquilo.

Salieron, cogieron otro taxi y se bajaron cerca de la casa de Hilario. El resto del camino lo hicieron a pie. El «Canario» sentía separarse de su compañero, se quedaba como huérfano. Pero comprendió las razones, se alegraba de no ir a un hotel. Sólo el pensar en sentarse en un comedor con manteles y camareros le horrorizaba.

Hilario, avisado por «Julián», los esperaba a la puerta de su casa. El «Canario», al despedirse de Manolo, le estrechó la mano y le dijo con sonrisa un poco triste:

—Supongo que no te avergonzarás de mí y vendrás algún día a verme.

—No digas tonterías, hombre. Tú y yo somos los de siempre, en Madrid y donde haga falta. En cuanto estés mejor saldremos una noche juntos.

Al separarse notó con extrañeza que le había cogido afecto. Y, sin embargo, sabía que era un criminal. Le había visto asesinar a sangre fría.

Se hospedó en un hotel, cerca de Cuatro Caminos. Cada vez que reparaba en que podía ir donde quisiera y hacer lo que le viniera en gana, se sentía invadido de alegría; le daban ganas de saltar y de abrazar a la gente. Por primera vez después de mucho tiempo era libre.

Telefoneó a «Julián» para darle su dirección. Hasta se permitió hacer un chiste:

—Al «Canario» le he metido ya en su jaula nueva.

Después escribió a sus padres. Se limitó a asegurarles que todo iba bien, que no los olvidaba y que en cuanto tuviera unos días libres iría a pasarlos con ellos.

Al recordar a sus padres se enterneció un poco. ¡Pobres viejos! Su otro hermano también estaba lejos y el matrimonio vivía solo. Debían de echarle de menos más que nunca. Siempre fue su preferido. Aquella carta los tranquilizaría, pero también aumentaría su añoranza. Alguna lágrima de la madre caería encima. Se prometió ir a verlos en cuanto acabara aquel servicio. Los días que le dieran de permiso los pasaría con ellos.

Comió en un restaurante caro. Eligió el menú con cuidado. Nada que recordase las comidas de la sierra. Ni huevos, ni fiambres, ni chuletas. Mariscos, pescado, ternera, salsas y vino de marca.

No sabía cómo ocupar la tarde. Buscó un cine con programa a su gusto, y allí se metió. Por la noche cenó en una tasca. Tomó café y coñac. Normalmente fumaba tabaco negro, pero aquella noche encontró una delicia especial en saborear un pitillo rubio.

Luego salió a la calle y se dirigió, sin prisas, al domicilio del jefe de Información.

## CAPÍTULO XII

Al día siguiente se despertó temprano. Se encontraba en un sitio extraño; se daba cuenta vagamente de que algo importante había ocurrido en su vida. En cuanto abriera los ojos se despejaría la incógnita, pero encontraba un placer especial en adivinar dónde estaba antes de verlo. El cerebro, adormilado, no funcionaba con claridad.

Cuando se dio cuenta de que estaba en la habitación del hotel, se sintió poseído de una alegría desbordante. Hacía mucho tiempo que no dormía entre sábanas, pero este detalle no le importaba. Lo principal era que estaba en Madrid; ¡en Madrid!, y que podía hacer lo que quisiera. Ahora mismo no tenía más que tirarse de la cama y podía recorrer las calles asfaltadas, entrar en cualquier bar, sacar una entrada para el espectáculo que más le gustase, comer en donde le pareciera, sonreír a mil muchachas bonitas, empujadas sobre tacones altos! Las caminatas entre jarales, encorvado bajo el peso del morral y el temor del balazo repentino, las comidas primarias y monótonas a la sombra de una encina, la tensión constante ante el peligro que acechaba de todos lados, quedaban lejos, como escenas de otra vida que parecían más hijas de la imaginación que de la realidad.

Se hizo subir el desayuno y el periódico. Pensaba estarse un buen rato en la cama, entretenido con la prensa. Era un placer casi olvidado. No pudo hacerlo. Le comía la impaciencia. No tenía que ir a ningún sitio, pero no podía estarse quieto. Su vida en Madrid aún no estaba regulada, y sentía la necesidad de actuar cuanto antes, de saber a qué atenerse.

Mientras se bañaba pensó que tenía que comprarse un pijama y ropa. No lo usaría muchos días, pero podía dejarlo en el mismo hotel y recogerlo cuando todo hubiera acabado. ¿Cómo acabaría aquello? ¿Y «Amapola»? ¿Vendría aquella mañana? Seguro que sí. En otro caso «Julián» avisaría; no le iba a tener todo el día encerrado en una espera inútil. ¿Qué estaría haciendo el «Canario»? Se sonrió al figurarse delante de un espejo intentando hacer el nudo a una brillante corbata de seda. ¡Si te vieran en la sierra, «Canario»!

Cuando acabó de vestirse se puso a pasear por la habitación. El tiempo corría con lentitud. Unas veces contemplaba la calle desde la ventana, otras se echaba en la cama y procuraba leer el periódico. Pero no podía fijar la atención en nada externo. Su pensamiento volaba de la sierra a «Amapola», al jefe de Información, de éste otra vez a la sierra, a sus padres, a Madrid, a «Amapola».

Miró el reloj. Todavía no habían dado las diez. Se quedó asombrado. Creía que serían las doce. ¿A qué hora vendría «Amapola»? Tan temprano era absurdo. Pero si tenía interés en verle se daría prisa. El se la hubiera dado.

Estuvo por salir a dar un paseo para hacer tiempo. Desistió de ello. Se conocía y sabía que iba a estar constantemente preocupado por el pensamiento de que

«Amapola» podía llegar precisamente en su ausencia. No se atrevería a perder de vista la puerta del hotel. Mejor era quedarse.

Tampoco era capaz de leer. Apoyó la frente en los cristales de la ventana y con la mirada perdida en la calle se puso a forjar planes. El recibimiento del jefe de Información había sido magnífico. Le había tratado con un cariño y una simpatía extraordinarios. Enfocó los problemas con objetividad y aprobó la actuación de Carmena. Se le notaba impresionado. Estuvo de acuerdo en que el asunto estaba maduro y había que procurar ultimarlos con rapidez, pero sin precipitaciones que pusieran en peligro labor tan magnífica. Lo más importante era encontrar un medio de enlace seguro entre Carmena y el jefe de la Comandancia donde actuaba con más frecuencia la VI Agrupación. Era la única forma de evitar improvisaciones peligrosas, abocadas al fracaso. Citaría al jefe de la Comandancia para el día siguiente. Podían entrevistarse los tres y decidir un plan de acción.

Carmena conocía al teniente coronel con quien tenía que enlazar; se alegró de trabajar con él. Era un jefe magnífico. Conocía a la perfección el problema del bandolerismo, y a su represión había dedicado unas dotes de constancia e inteligencia que le habían hecho famoso. Era insensible al desaliento, y no le afectaban los desengaños ni los sinsabores que producía un servicio tan ingrato, donde era preciso perseguir a un enemigo escurridizo, reacio a presentar combate y pronto a desaparecer como una sombra, sin dejar otro rastro que dolor y lágrimas. Preparaba los servicios con detenimiento, procurando dejar las menores posibilidades a merced de una suerte casi siempre adversa. Si fallaba uno, montaba cinco más, en la seguridad de que alguna vez la fortuna estaría de su parte. Y así, de una forma lenta, callada, poco vistosa, con frecuencia desairada, pero siempre eficaz, iba destrozando, zarpazo a zarpazo, las partidas que infectaban la Comandancia. Serio y reservado, de gran cortesía en el trato, matizaba a veces su conversación con un suave humorismo de marcado sabor gallego. Carmena tenía la seguridad de que con tal jefe se iría forzosamente al éxito.

Seguía el hilo de estos pensamientos cuando sonó el teléfono de la habitación. Descolgó el receptor inquieto.

—Diga.

—¿Habitación 17?

—Sí, diga.

—Aquí hay una señorita que pregunta por usted.

—Dígale que haga el favor de esperar un momento. Bajo en seguida.

Sacó la pistola de debajo de la almohada, comprobó instintivamente que estaba montada, se la metió en la cintura y bajó al vestíbulo.

Allí estaba «Amapola». Si no hubiera sabido que le esperaba no la hubiera conocido. La primera entrevista había sido corta y conservaba de ella un recuerdo impreciso, que no se ajustaba a la realidad. Estaba seguro de que en Madrid le parecería una mujercita vulgar. Y la encontró encantadora. Desde luego más bonita de lo que esperaba y, sobre todo, mejor vestida. Se la podía llevar a cualquier parte.

Manolo quedó deslumbrado. Y no lo ocultó.

—¿Cómo estás, Maruja? No te hubiera conocido. Te encuentro maravillosa.

Ella sonrió. Apretó con efusión la mano de Manolo y contempló, sin timidez, su rostro quemado, que daba un aspecto deportivo a su figura.

—A ti también te encuentro mucho mejor. Se ve que ésta es tu ropa. No puedes figurarte lo que me alegro de que hayas venido.

Manolo la cogió del brazo y salieron a la calle. Era una mañana de otoño magnífica. Echaron a andar lentamente, en dirección a la Glorieta de Bilbao.

—¿Cuándo te han dicho que había venido?

—Anoche, a la hora de cenar. Vino a mi casa Paquita, la compañera de «Julián», ¿sabes? Ella me lo contó.

—A mí se me ha hecho la mañana larguísima esperándote. Creí que no llegabas nunca.

—¿Tantas ganas tenías de recibir noticias de «Julián»?

—Regular. De lo que tenía ganas era de verte.

Maruja alzó las cejas fingiendo incredulidad.

—¿Y qué efecto te he hecho en Madrid? ¿Igual que en la sierra?

—¡Bah! No se puede comparar. Allí eras una cosa extraña, sorprendente, irreal. Aquí eres una chica encantadora. Esto es mejor.

Maruja bromeó:

—Eso se lo dirás a todas.

Manolo odiaba la frase. Sin embargo, aquella vez no le sonó mal.

—¿Tu nombre es Luciano? ¿No?

—Sí, pero puedes seguir llamándome Manolo. Nadie se preocupará por el nombre que nos demos.

Marchaban por la acera con el paso uniforme y rítmico de las parejas cuando se sienten unidas espiritual y corporalmente, los brazos apretados y un solo pensamiento. Maruja y Manolo iban más separados, pero sus pensamientos empezaban a unirse. Ambos iniciaban con ilusión una amistad que los atraía.

Maruja no tenía que hacer nada aquella mañana. El antiguo negocio de su padre, alquilado a unos parientes, les proporcionaba a ella y a su madre lo suficiente para vivir con desahogo. En casa hacía labores y leía. Se había formado a sí misma, sin más guía que el culto apasionado a las ideas de su padre. La mayor actividad la dedicaba a la lucha clandestina. Su inteligencia viva, sus modales finos y su belleza hacían de ella un enlace inapreciable. En la vecindad, los que observaban su buen vestuario y las frecuentes desapariciones, pensaban que tenía algún protector rico, y nadie se preocupaba más de su vida.

Aquella mañana había decidido dedicársela a Manolo. Hombres valientes como él bien lo merecían. Manolo protestó. No de lo de valiente, sino de que le dedicase sólo la mañana. La tarde era más larga y más atractiva. Prefería cambiar.

Maruja se reía.

—¿De verdad tienes tanto interés en salir conmigo? Entonces saldremos esta tarde. En realidad puedo hacer lo que quiera, y me encantará dedicar una tarde entera a divertirme, sin pensar en otra cosa.

Quedaron de acuerdo. Los dos se encontraban alegres. Se miraban y la sonrisa brotaba sin motivo. Manolo llegaba a olvidarse de su verdadera situación.

En Bilbao entraron en un bar. Buscaron una de las mesas donde suelen refugiarse las parejas de novios. El local estaba casi vacío. Comenzaron a hablar en voz baja. En aquel sitio aquello no extrañaba a nadie, ni siquiera al camarero, que, demasiado viejo, se acercaba a las mesas tosiendo.

Pidió cerveza y gambas a la plancha. Manolo se alegraba de obsequiar a Maruja. Le hacía el efecto de que aquella chica, con su actividad absurda de terrorista, vivía como una teresiana laica.

Hablaban mientras pelaban gambas. Maruja tenía una conversación fácil, con tendencia al entusiasmo. De «Julián» no traía nada nuevo. La había encargado de enlazar con Manolo durante el tiempo que estuviera en Madrid. Para evitar sospechas podían pasar por novios.

Al decir esto Maruja, los dos se miraron y sonrieron. Decididamente «Julián» era un buen compañero.

Manolo debía hacer una vida discreta. Dejarse ver poco y no visitar con ningún motivo a «Julián» ni al «Canario». Sólo en caso de imprescindible necesidad podía telefonearle. Para todo lo demás, como si no existiera.

Maruja llevó la conversación a la vida de la sierra. No ocultaba la admiración que sentía por los guerrilleros. Allí, en Madrid, también había hombres valientes, capaces de jugarse la cara. Cuando llegaba el caso igual asaltaban un banco que colocaban un petardo a la puerta de un edificio público. Pero eran los menos. La mayoría eran meros afiliados, metidos en la organización por compromiso, o con la esperanza de coger buen puesto para el día del reparto. De lo más que eran capaces era de murmurar en las tabernas, o de llevarse escondido en el bolsillo un número del «Mundo Obrero», que seguramente quemarían en cuanto entraran en casa. Si no era así, ¿por qué no se iban a la sierra? Allí se podía luchar cada día, dar sin miedo la cara al enemigo, devolver golpe por golpe, y, si llegaba el caso, tener una muerte gloriosa al aire libre.

Maruja se exaltaba, sus ojos brillaban con el fuego del entusiasmo, y la pasión contenida se le desbordaba en las palabras.

Manolo sabía que gran parte de aquella admiración estaba provocada por él. Se dio cuenta de que, sin pretenderlo, había encarnado el ideal de Maruja; unía la condición de guerrillero a los modales de una educación burguesa; había abandonado una vida cómoda para saltar a la sierra con un fusil en la mano, sin más móvil que los ideales comunistas. Era el príncipe azul, el luchador romántico, el héroe novelesco que en vano había buscado Maruja durante varios años de lucha clandestina.

El pensamiento le desagradó. Estaba conquistando a una mujer con mentiras. Eso no lo había hecho nunca. Al mirar sus ojos llenos de admiración y ternura, sintió vergüenza como si estuviera cometiendo una estafa. Y, sin embargo, no podía dar marcha atrás. Derribar el ídolo que sin querer había levantado era imposible. Y pasar impasible junto a Maruja... no podía.

Sabía que en aquellos ojos azules había una sima donde iba a hundirse y de donde quizá saliera cubierto de lodo. Sin embargo, no tenía fuerza para retroceder.

Más tarde, mientras comía, volvió a barajar el mismo problema, ¿qué quería de Maruja? Pero su cerebro, que normalmente trabajaba de una forma metódica, concretando ideas, aquella vez sólo le facilitaba respuestas vagas, que la voluntad no se esforzaba en aclarar. ¿Le atraía la juventud de aquella muchacha, su cuerpo, sus ojos húmedos en los que se presentían ternuras infinitas? ¿O es que se había enamorado? Desechó esta idea. Pero en su lugar quedaba el vacío. No encontraba nada con que sustituirla.

Tuvo intención de beber, pero lo descartó en seguida. Llevaba entre manos un asunto demasiado grave, en el que no sólo estaba en juego su vida, sino la tranquilidad de una zona, la destrucción del bandolerismo, el prestigio de su Cuerpo. Cuando regresara, y todo hubiera acabado, volvería a buscar a Roldán, y se olvidaría otra vez de que existían guardias civiles, bandoleros y obligaciones, para acordarse sólo de que era un chico joven con ganas de divertirse.

No bebió y esperó con impaciencia el momento de encontrar a Maruja.

Aquella tarde fueron al cine. Durante la proyección se juntaron por primera vez sus bocas, en un beso que fue una entrega.

Después de cenar acudió a la entrevista con los tenientes coroneles. Alrededor de unas tazas de café, y con el plano a la vista, comenzaron a estudiar la operación. A Carmena le admiraba la exactitud con que el jefe de la Comandancia conocía la vida de las partidas. Ello, facilitaba grandemente la tarea, ya que podían hablar

de hombres o lugares sin necesidad de largas explicaciones. El teniente coronel había detectado los pasos de Manolo en la sierra, y evitaba con discreción montar servicios en las zonas donde solía actuar. El asalto al campamento, dado por la contrapartida del cabo Ramiro, fue una fatal casualidad, pues no se tenía la menor idea de que la partida del «Canario» estuviera en aquella zona. El jefe se presentó allí inmediatamente, temiendo lo peor, y comprobó con alegría que Carmena no estaba entre los cadáveres. La muerte del teniente y del cabo en el mismo encuentro hubiera sido demasiada desgracia. A pesar de ello, tuvo el presentimiento de que un esfuerzo tan magnífico había acabado en un sacrificio estéril.

Comprobaron que un bandolero había huido herido. Igual podía ser Manolo que el «Canario». Por si acaso, durante varios días se batieron los alrededores sin resultado alguno. Ni siquiera el fusil que escondió Carmena había sido encontrado.

Luego siguió con interés el relato de la fuga y de la forma en que Manolo salvó al «Canario». Se indignaba al pensar en los esfuerzos que había tenido que hacer para salvar a un criminal, pero reconoció que había sido la solución más acertada. A pesar de ello, afirmó que no estaba muy seguro de haber hecho lo mismo en su caso.

Tomó nota de las señas del individuo que en Cascajera facilitó a los bandoleros el asesinato del jefe de Falange.

—Estaba seguro —dijo— de que en Cascajera tenía «Juanito» algún enlace. Pero no había sido capaz de dar con él. Y eso que he trabajado con la mejor gente de aquella zona.

El teniente coronel llenó varias hojas de un bloc con señas de enlaces, situación de campamentos, nombres de confidentes, estafetas, etc. No se tocaría nada hasta que se diera un golpe definitivo a la Agrupación. En esto los tres estaban de acuerdo. Dado que se reunían con frecuencia la mayoría de las partidas, Manolo debía esperar una de estas ocasiones, provocarla si se retrasase demasiado, avisar con tiempo, y el teniente coronel, con arreglo a las circunstancias, reuniría cuantas fuerzas y medios fueran precisos para asegurar el aniquilamiento. A continuación, antes de que la noticia de la destrucción de los bandoleros se extendiera, procedería a liquidar el resto de la organización.

La forma de enlazar la traía estudiada y resuelta.

—¿Conoce usted al caminero del «Cerro Negro»?

—Sí, señor. Es enlace del «Centellas». Queda cerca de la zona del «Canario», y le hemos utilizado alguna vez. Yo apenas le conozco, pero por lo que he oído contar es un bicho de mucho cuidado. De los más seguros de las partidas.

El teniente coronel sonrió burlonamente.

—Pues hace varios meses que está a mi servicio. Trabaja bien. Pero yo creía que exageraba un poco cuando me hablaba de la vara alta que tenía con «Centellas». ¿No sospechan nada en la sierra?

—En absoluto. Yo mismo estoy admirado de lo bien que lleva ese tío el doble juego.

—Me alegro de que le conozca. No le he querido utilizar hasta ahora para no estropearle con algún servicio de poca importancia. ¿Le sería fácil enlazar con él?

—Mucho. Como ya le he dicho, queda en los límites de nuestra zona, y goza de la confianza de todos. Será fácil llevar allí a la partida en cualquier momento. Sobre todo, si no se ven por aquellos contornos muchos guardias civiles.

—Se verán lo menos posible. Yo le aleccionaré bien, y por su conducto me comunicará usted las noticias que crea oportunas y recibirá órdenes si fuera preciso. En el pueblo próximo voy a concentrar un teniente de confianza. Así, en un caso extremo, habrá allí un oficial capaz de tomar las iniciativas que hagan falta. Además, con el teniente estará su moto. Eso facilitará el rápido enlace con mi puesto de mando, en los casos que no admitan espera.

Con aquel jefe daba gusto. Estaba en todos los detalles. Al despedirse dio un abrazo a Carmena, y le dijo con ligereza que ocultaba su emoción:

—Mucho cuidado con «Amapola». De las mujeres no se puede uno fiar nunca, y si son guapas, menos. Espero volver a abrazarle pronto, pero que sea después del éxito que se merece.

—A ver si hay suerte, mi teniente coronel.

Una vez resueltos los problemas que planteaba su misión, y obligado a permanecer en Madrid hasta que «Julián» ordenase otra cosa, Carmena se entregó a la compañía de Maruja. Pasaban el día juntos y parte de las noches. Por las mañanas paseaban cogidos del brazo bajo los árboles del Retiro o por las cuestas de la

Moncloa. Antes de comer se sentaban en un bar o recorrían tascas a la busca de tapas de cocina. Por las tardes iban preferentemente al cine. Algunas noches cenaron juntos y acabaron en una habitación amueblada.

Para Maruja fueron días de felicidad como no había conocido antes. Había encontrado al hombre ideal, al compañero de su cuerpo y de su espíritu, y se entregaba con la ternura de esposa. Hasta la tristeza de una próxima e inevitable separación desaparecía bajo la exaltación del sacrificio junto a Manolo en aras de la misma causa.

A Manolo el remordimiento le amargaba el placer. Ante «Amapola» se consideraba un canalla. Se había disfrazado con una personalidad ajena, y robaba unos besos que no iban destinados a él. Cuando ella se recreaba en decirle que era un orgullo pertenecer al mejor combatiente del partido, Manolo tenía que defenderse con modestias hipócritas, dos veces falsas, que le desgarraban por dentro.

Otras veces, al ver la admiración absurda que Maruja sentía por aquellas cuadrillas de bandoleros, de asesinos vulgares, a los que idealizaba con la testarudez de un niño, se sentía dominado por la indignación y le daban ganas de acabar con todo, de gritarle que era falso, que ni él era comunista ni los guerrilleros eran más que perros rabiosos escapados a la sierra.

Pero se tenía que callar, obligado por una misión a la que era preciso sacrificar sus sentimientos. Y lo peor no era callar, sino tener que hablar, que mentir constantemente, admirado de que no se le notara en la cara. Sólo era veraz cuando besaba.

Se sentía impotente para cambiar de conducta. Sabía que la solución estaba en suprimir el trato íntimo con Maruja. En amor siempre se encuentra un pretexto para romper. Pero no podía, estaba encadenado a ella, y aunque la boca se le llenase de amargura no renunciaba a un solo beso ni a una sola caricia.

Así fueron pasando unos días en que las horas de felicidad y exaltación iban oscurecidas por la amargura de la mentira constante.

## CAPÍTULO XIII

El «Canario» convalecía rápidamente de su herida. Una vez extraída la bala, empezó a cicatrizar deprisa. En cuanto se encontró más fuerte recobró parte del valor que había perdido en aquel ambiente extraño. Se aclimataba a la ciudad, y ya era capaz de pasar junto a un batallón de guardias civiles sin mirarlos demasiado. Porque mirar, los miraba de todas maneras.

Hilario era su fiel acompañante. A ello contribuía no sólo las órdenes recibidas de «Julián», de que no dejara nunca salir solo a aquel paleta, sino también el dinero abundante de su pupilo. El «Canario» nunca había tenido dinero. Antes de la guerra, cuando trabajaba en el campo, los jornales se contaban por reales, que apenas daban para sostenerse. Durante la guerra conoció la inflación, la escasez y los ranchos de la trinchera. Cuando se echó al monte, y vio por primera vez sus bolsillos llenos de billetes de mil pesetas, se encontró con que no le servían para nada. Sólo podía comprar la comida, el vino o las ropas imprescindibles.

Pero ahora conocía la alegría del dinero. Hilario tenía vocación de buen vividor y sólo le faltaban los medios. Como el «Canario» los tenía en abundancia, y no le dolía derrocharlos, se dispuso a enseñarle los encantos del Madrid que él conocía.

Recorrían juntos las tabernas donde se encontraba el mejor vino. A veces lo alternaban con licores, pero decididamente les gustaba más el vino. Lo demás era señoritismo. Se pegaban unas comilonas descomunales, igual en casa que en la calle. Aplaudieron desde las entradas altas las revistas donde salían muchachas ligeras de ropa, y se entusiasmaron hasta llorar en los espectáculos flamencos. Las noches las perdían entre muchachas vestidas y arregladas como señoritas, pero que hablaban y actuaban como lo que eran, como prostitutas.

El «Canario» no era tonto, y sabía de sobra que para hacer bailar de coronilla a cualquiera de aquellas mujeres, no tenía más que enseñarle un billete. Sin embargo, se encontraba cortado delante de una muchacha que tuviera el pelo oxigenado, las uñas pintadas o un cigarrillo en la boca. Temía mostrarse ridículo, ser poca cosa con su piel renegrida, sus manos callosas y su falta casi absoluta de conversación. Por eso, una noche que encontró una chica de aspecto triste, poco solicitada, que le acogió con una amabilidad a la que no estaba acostumbrado, se unió a ella y no quiso cambiar de mujer, pese a las protestas de Hilario. La pagaba con largueza, y a su lado, con el trato frecuente, iba perdiendo la timidez. Pero nunca le contó su vida. Se limitó a decirle que ganaba mucho con el estraperlo de patatas.

Aquella chica le llenaba de felicidad y orgullo. Por fin tenía una aventura amorosa que contar. Y no se trataba de una mujer cualquiera, sino de una chica pintada y perfumada a la que consideraba suya, aunque a lo largo del día la compartiera con el primer llegado. A veces, cuando iba a visitarla, estaba con otro cliente, y tenía que esperar sentado en una butaca. No obstante, se sentía feliz al pensar en la cara de asombro y admiración de los compañeros de la sierra cuando les hablase de aquella mujer. Lamentó de nuevo que el «Gitano» hubiese muerto. El y Manolo eran los que más conocían la vida de las ciudades, y sus alabanzas las que más deseaba.

A Manolo no le había vuelto a ver desde su llegada a Madrid. Al principio se resignó con facilidad; comprendía que formaban una pareja demasiado extraña para que no resultara peligrosa. Pero cuando se acostumbró a la vida de la ciudad, cuando fue capaz de transbordar en el Metro sin perderse y de ir solo a la clínica del médico, se creyó tan madrileño como el que más. Entonces comenzó a desear salir con Manolo.

Ese sí que era un señorito, y le llevaría a sitios mejores, que Hilario no conocería ni de oídas. Sería divertido tomar unos chatos juntos y recordar la vida de la sierra. Deseaba que Manolo viera a su amiga; estaba seguro de que le iba a gustar, y su pavoneaba de antemano con el pensamiento de las alabanzas que le dirigiría. Y ella vería que tenía amigos de postín. Era tal su deseo de que Manolo se percatase bien de su triunfo amoroso, que hubiera sido capaz de cederle su querida para que comprobara lo que era cosa buena. Lo que, después de todo, no hubiera sido tan extraordinario.

Por mediación de Hilario y de «Amapola» hizo saber a Manolo su deseo de verle. Alguna vez ya lo había insinuado, pero ésta era la primera que de una forma concreta le proponía una entrevista.

Manolo, absorbido por su idilio con Maruja, no tenía ganas de perder una tarde desbravando reses. Sabía de sobra que para que el «Canario» se divirtiera, no había otro remedio que comer y beber como cosacos, pata acabar haciendo palmas en torno a unas mujeres medio desnudas, que se empeñarían en cantar flamenco con voz aguardentosa o en dar taconazos en el suelo con más entusiasmo que arte.

Pero no quiso negarse. La Junta había dispuesto que esperase el total restablecimiento del «Canario», y que se fueran juntos a la sierra. Temían que el «Canario» no fuera capaz de hacer el viaje solo sin tener algún tropiezo. Con su captura peligraba toda la organización de Madrid. Así que, predestinado a ser de nuevo su

compañero de guerrilla, le interesaba conservar su afecto y confianza. En la sierra sería un apoyo que le facilitaría conseguir sus objetivos. Una noche pasada juntos en Madrid estrecharía su amistad. En cambio, una negativa podía despertar el rencor y el despecho en aquel hombre que por su sangre fría, inteligencia y falta de escrúpulos era un enemigo peligroso.

En unión de Maruja eligió la tarde que iban a sacrificar para dar gusto a un compañero, y a la hora acordada se reunió con el «Canario». Cambiaron un fuerte apretón de manos. El «Canario» dibujó su clásica sonrisa desvaída y tímida, hurtando la mirada que dirigió al suelo. Hacía el efecto de que le daba vergüenza sonreír. Echaron a andar charlando amistosamente. El «Canario» hablaba con su tono pausado, en voz baja, con el hábito de fiera perseguida durante años enteros en los jarales. Su conversación era siempre un murmullo imposible de percibir a alguna distancia.

—¿Qué tal va tu herida, Jacinto? —le preguntó Manolo, dándole su nombre de pila.

—Muy bien. Eso ya está curado.

—Debe de ser un buen médico el que te ha operado.

—Lo será; pero de todas formas en la sierra me habría curado también. Nosotros parece que tenemos carne de perro. Todo se nos cura solo.

Manolo se echó a reír.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es verdad. Yo debo ser el primer guerrillero de los que llaman de pueblo que haya venido a Madrid. Dicen que nosotros no valemos para andar por aquí. Todos los demás se han tenido que curar por su cuenta, y todos se curan bien.

Se encogió de hombros y añadió:

—Algunos también se mueren. Pero eso pasa en todas partes.

—Además de haberte curado creo que te estás pegando la vida padre. Me han dicho que te has hecho un golfo de marca.

Al decirle este piropo, Manolo le golpeó picarescamente con el puño en el costado. Notó el bulto de la pistola. El «Canario» se sonrió con satisfacción y dijo:

—No lo estoy pasando mal. Ya era hora de que hubiera algo para los pobres.

—Hasta he oído que te has buscado novia. ¿Es bonita?

—A mí me lo parece.

A pesar de que el tema le interesaba, el «Canario» era incapaz de hablar seguido. Para que la conversación no languideciera, Manolo tenía que hacer constantes preguntas.

—Dime algo más, hombre. ¿Cómo es?

—Una señorita. Vamos, no es que diga yo que sea como esas señoronas que tú estás acostumbrado a tratar, pero tiene la piel blanca y las manos finas, de no haber trabajado.

Se quedó un momento pensativo y recalcó su idea:

—Es tan blanca que se le ven las venas. Y la ropa que usa por dentro es toda de seda o de algo así.

—Pues duro con ella, chico. Aprovecha ahora la vida, que a saber lo que nos espera luego. ¿Qué prefieres que hagamos esta noche? ¿Vas a ir a ver a tu amiga?

—Eso a última hora. A las mujeres no hay que hacerles mucho caso, luego se lo creen —el «Canario» adoptaba un tono displicente—. Pero quiero que la conozcas. A ver qué te parece.

—Si te ha gustado a ti, seguro que será buena hembra. Entonces vamos a correrla primero un rato juntos. ¿Quieres?

El «Canario» volvió a encogerse de hombros, y luego, con gesto decidido y voz alegre, dijo:

—Vamos a ello. Pero sí te parece, primero iremos al médico. Me dijo que hoy me quitaría la cura. Así quedaba ya tranquilo.

—Como quieras. Luego podremos calcular cuándo tendremos que volver a la sierra. ¿Tienes ganas de hacerlo?

—No —contestó el «Canario» sin dudar—. Menuda vida se pega aquí la gente. Y nosotros allí haciendo el canelo para ellos.

—¡Qué le vamos a hacer! Pero además se te estará acabando el dinero.

—Poco va quedando ya. No creía yo que diez mil pesetas se acabaran tan pronto. Pero así da gusto gastarlas. Si llego a saber esto, a buena hora me desprendo yo de los miles de duros que he entregado a la organización.

Se quedó callado. Sin duda calculaba los meses que con aquel dinero podía haber vivido en Madrid, bien vestido, comiendo a placer y acariciado por unas manos donde se transparentaban las venas. Después dirigió los ojos a Manolo y le dijo con lentitud:

—Esto nos sirve para aprender. ¿No te parece?

Manolo hizo un guiño de complicidad y respondió:

—La próxima vez nos traemos medio millón de pesetas.

Los ojos del «Canario» se encandilaron con la magnitud de la cifra. El no había pensado en tanto. Animado con las palabras de Manolo, expuso con claridad sus pensamientos.

—Esto de las guerrillas no se va a acabar nunca. A no ser que lo acaben los civiles. Llevo siete años en la sierra y cada día va peor. Mucho prometer que si el Gobierno cae hoy, que si cae, mañana, pero allí cada vez quedamos menos. Hay que dar unos buenos golpes, meterse en Madrid con la cartera bien llena y esperar a ver qué pasa. Después de todo, no es tan difícil vivir aquí. A mí ni una vez me ha molestado la Policía. Y a última hora, para volver a la sierra hay tiempo siempre.

Como era temprano acortaron la tarde visitando las tabernas que encontraban al paso. Contra lo que se podía temer, la pareja no causaba ninguna extrañeza. Los dos iban bien vestidos, con gabardinas nuevas, y nadie se preocupaba de que uno tuviera aspecto universitario y el otro de pastor.

En cuanto comenzaron a entrar en los establecimientos de bebidas dejaron de hablar de temas peligrosos. Con ello languideció la conversación. Fuera de esas cuestiones no tenían nada que decirse. A lo más, podían hablar de mujeres, cantera inagotable; pero la conversación, interrumpida con frecuencia, no cuajaba.

Como les quedaba toda una noche por delante, bebieron con prudencia. Alargaban la duración del chato y lo cubrían con abundantes tapas. El «Canario» se empeñaba en pagar siempre. Manolo notó con sorpresa que lo hacía con naturalidad, sin alardes peligrosos de dinero. Lo llevaba cambiado en billetes pequeños y nunca sacó un billete de mil pesetas. Hilario era el encargado de cambiárselos. El «Canario» era demasiado astuto para perderse por jactancia.

Era ya de noche cuando tomaron el Metro. Salieron por el Palacio de la Prensa. Cruzaron la Gran Vía y al llegar junto al Cine Callao, el «Canario» se detuvo, sujetó a Manolo por un brazo y le dijo:

—¡Fíjate que tía!

En la esquina del local, en un cartel de propaganda, aparecía en gran tamaño una artista americana a medio vestir. Las líneas del cuerpo y la cara atractiva, cruzada con una sonrisa, exigían una mirada de admiración. Aquella artista era un recreo para el transeúnte.

El «Canario» la contempló un rato, y dijo escéptico:

—¡Qué mujer! Esto no es para nosotros —en seguida rectificó, añadiendo—: Bueno, al menos para mí.

Contemplaba aún el «Canario» los ojos enormes de la «estrella», cuando dos tenientes de Infantería, vestidos de uniforme, cayeron sobre Manolo, ahogándole con sus abrazos.

—¡Caramba! ¡Mira, Manolo!

—¡Pero si está aquí Manolillo!

—¡El teniente de la Guardia Civil más bonito y más seductor!

—¡Desertor! ¡Que te pasaste al enemigo!

—¡Viva la Benemérita!

Los dos hablaban simultáneamente. Manolo se puso lívido. Sus ojos buscaron al «Canario». Este, de espaldas a la pared, con la sorpresa pintada en la cara, contemplaba la escena. Un momento más y saldría corriendo. Manolo se sacudió con violencia, con malos modos, de los viejos compañeros de Academia, y les dijo con furia:

—Ustedes se han equivocado. Yo no los conozco de nada.

Los dos oficiales se quedaron cortados, le miraron con cara asombrada, y uno de ellos empezó a decir:

—Pero oye, Manolo...

El otro le interrumpió con un codazo. Se había fijado en el «Canario» que los contemplaba con los ojos desorbitados. Manolo estaba a su lado, casi tocándole. Ambos oficiales comprendieron que habían metido la pata de alguna forma que no acababan bien de comprender, y se excusaron lo mejor que pudieron.

—Usted perdone; nos hemos equivocado. Se parece usted mucho a un amigo nuestro.

Cuando se fueron, Manolo intentó echar la cosa a broma.

—¡Qué susto me han dado! ¿Quién se habrían creído que era yo? Debo parecerme mucho a ese amigo suyo. ¿Seguimos?

Siguieron su camino. Carmena iba materialmente pegado al «Canario». Sabía que no le había engañado. Se notaba en el gesto petrificado de su cara, donde sólo se movían los ojos, como buscando una salida, y en la tensión de su cuerpo, algo inclinado hacia adelante, los brazos caídos, dispuesto a saltar en el momento oportuno. Era su clásica postura de los momentos peligrosos. Su cerebro debía de estar trabajando rápidamente, recordaría mil detalles que le confirmarían sus sospechas. Lo del nombre había sido una fatalidad. Carmena lo comprendió ahora. Sus amigos le habían llamado Manolo, su verdadero nombre, y por Manolo le conocía el «Canario». Si por lo menos le hubieran llamado Carmena... Y luego, en sus excusas, se notaba a la legua la poca sinceridad de ellas; no habían arreglado nada pese a su buena voluntad. Aquello no tenía remedio. Había que buscar solución inmediata. Era una ventaja que el «Canario» fuera siempre tardo en la acción. Había que ganarle por la mano.

Cruzaron la calle Preciados y entraron en el Postigo de San Martín. La calle estaba mal alumbrada y apenas transitaba gente por ella. Carmena seguía pegado al «Canario» vigilando de reojo sus movimientos. Con disimulo metió la mano en el bolsillo de la gabardina y por la abertura interior alcanzó la culata de la pistola, oculta debajo de la chaqueta. Afortunadamente la llevaba montada. Eso simplificaba las cosas. Pero el «Canario» también la llevaba montada siempre. ¿Qué pensaría hacer? ¿Dar largas al asunto? ¿O estaría buscando también su pistola? Ninguno de los dos hablaba. Era inútil tratar de engañarse, ambos se conocían bien. Carmena tenía ya la pistola empuñada. Con el dedo pulgar quitó el seguro y colocó el índice sobre el gatillo. Llevaba la gabardina desabrochada, y si llegaba el caso dispararía por delante sin necesidad de sacar la mano del bolsillo. ¿Se daría cuenta el «Canario» de la utilidad de la abertura interior de la gabardina? No, no había caído en ello. Le vio desabrocharse con disimulo la gabardina, luego su mano desapareció suavemente en la cintura. En aquel momento llegaban a la calle de las Navas de Tolosa. Carmena se detuvo, y con la boca de la pistola hacia adelante, oculta aún en la gabardina, cerró el paso al «Canario».

—Estáte quieto, «Canario», o te pego un tiro —le dijo en voz baja y enérgica.

El «Canario» no le hizo caso. Debió de creer que llevaba la delantera y le gritó a la vez que sacaba la pistola:

—¡Traidor! Toma, para que aprendas.

Carmena disparó. Temió que el tiro hubiera ido bajo. Levantó un poco la boca del arma y disparó de nuevo. El «Canario» se inclinó hacia adelante. Al tercer tiro giró sobre sí mismo; y el cuarto lo recibió en la espalda en el momento de desplomarse sin haber podido usar su pistola. Carmena no había tardado entre disparo y disparo más que el tiempo preciso para soltar el gatillo.

A continuación echó a correr, cruzó varias calles oscuras y con paso más reposado salió cerca de la Cuesta de Santo Domingo. De frente venía un taxi libre. Se puso en medio de la calle y lo paró con los brazos abiertos. El taxista detuvo el coche y le miró con desconfianza. Carmena se metió dentro y le tranquilizó con las señas.

—A la Dirección General de la Guardia Civil. De prisa. Está en Guzmán el Bueno.

En el coche recapacitó sobre lo ocurrido. Dudaba de si había hecho bien. No en matar al «Canario», que había sido inevitable, sino en escaparse luego. Quizá hubiera sido mejor esperar allí, darse a conocer y arreglarlo todo. O quizá hubiera sido peor. Se habría agolpado gente y la discreción resultaría difícil. De todas formas, bien o mal, ya estaba hecho. Se había ido y ahora tenía que llegar a la Dirección cuanto antes. Un plan se iba esbozando en su imaginación. Había que hacer creer que aquella muerte había ocurrido en un encuentro con la fuerza pública. Como nadie lo había visto no sería difícil. La Dirección tenía que tener medios para ello. ¿Y si el «Canario» no había muerto? Había que recluirle inmediatamente en un hospital, preferiblemente en provincias, donde estuviera en completa incomunicación hasta que aquel servicio acabara. Y darle por muerto. Los periódicos podrían publicarlo con todo detalle y decir que otro bandolero había huido. No había otra solución. O se engañaba a «Julián» y a los suyos o se había fracasado. Había que arriesgarse de nuevo. Y, sobre todo, actuar con rapidez.

El taxi se detuvo frente a la Dirección. Carmena pagó al conductor, y sin esperar la vuelta se lanzó como una tromba a la puerta del edificio.

## CAPÍTULO XIV

Una vez más se despertó Carmena temprano. Siempre que se encontraba ante un problema difícil, deseaba enfrentarse con él cuanto antes. El temor a las consecuencias, por desagradables que pudieran ser, nunca le echó para atrás; tenía la seguridad de que saldría del paso como fuera, de que pasados unos meses se reiría de sus angustias del momento. Lo que le era imposible soportar era la duda, la ignorancia de cómo se desarrollarían los acontecimientos. Deseaba saber cuanto antes dónde estaba la dificultad para vencerla. Mientras tanto su imaginación no le dejaba sosegar. Estudiaba una tras otra todas las soluciones posibles, buscaba argumentos para rebatir las supuestas objeciones contrarias. Empezaba siempre el estudio por el peor de los casos, y, sistemáticamente, iba resolviendo todos hasta llegar al más favorable. Nunca dejaba de encontrar soluciones. Pero no por eso se tranquilizaba. En la duda seguía dando vueltas y vueltas a las mismas cosas, desesperado de una inactividad forzosa. A veces intentaba dominarse, despreocuparse de unos acontecimientos que habían de ocurrir fatalmente sin que él pudiera hacer nada para modificarlos. Se presentaba el ejemplo de personas conocidas o de personajes de la literatura y del cine, que esperan con una tranquilidad asombrosa momentos decisivos para sus vidas. Tampoco conseguía nada. Le daba igual ponerse a leer, que meterse en un cine, que convidar a una muchacha a tomar una copa. La imaginación le presentaba su problema a la primera ocasión, y Carmena volvía a enfrascarse en él, casi con delectación.

Sin embargo, su inquietud era sólo interna. Tenía a gala evitar que trascendiera al exterior. Seguía con normalidad cualquier conversación indiferente y hasta podía bromear si llegaba el caso. Únicamente podría notársele en la facilidad con que se quedaba abstraído.

Aquella mañana tenía todo previsto. A pesar de ello esperaba con impaciencia la llegada de «Amapola»; con igual impaciencia que la primera mañana que vino a buscarle al hotel. Igual que entonces todo era una incógnita. ¿Qué vería en los ojos de Maruja cuando llegase?

Antes de acostarse había telefonado a «Julián», y con palabras veladas le había dado cuenta de lo ocurrido. «Julián» quedó asustado. Aquellas organizaciones eran una madeja enredada, y cuando la Policía empezaba a tirar de un cabo nunca se sabía hasta dónde podía llegar. Le mandó a Manolo no moverse del hotel. El no era sospechoso, y, sobre todo, que no intentara verle ni volviese a telefonearle. «Amapola»- se encargaría de llevarle instrucciones.

Eran cerca de las once y «Amapola» no había venido. ¿Sospecharían algo? ¿Habrían cortado amarras? En ese caso todo estaba perdido. Meses de trabajo y peligro no habrían dado más fruto que la muerte del «Canario». Tendría que volver a la sierra a toda velocidad, esta vez al frente de grupos de la Guardia Civil, e intentar encontrar a las partidas antes de que recibieran noticias de Madrid. El éxito sólo dependía de la suerte, y aun en el mejor caso sería limitado.

Pero, ¿por qué habrían de sospechar de él? Todo se había hecho a su gusto, con maravillosa precisión. El «Canario» había muerto en el acto, según el informe médico. Los cuatro disparos le habían alcanzado, uno en el vientre, dos en el pecho y el último en la espalda, por encima de la cintura. Todas las trayectorias eran de abajo a arriba.

Cogió el periódico que había sobre la cama y volvió a leer la noticia que con caracteres muy visibles aparecía en una de las primeras páginas. Era una noticia imposible de pasar por alto:

### «ATRACADOR MUERTO POR LA GUARDIA CIVIL»

«Madrid.—En las primeras horas de la noche de ayer, fuerzas especiales de la Guardia Civil dedicadas a la represión del terrorismo, localizaron en esta capital a dos conocidos atracadores. En el momento en que estos dos individuos llegaban a la confluencia del Postigo de San Martín con la calle de las Navas de Tolosa, la fuerza citada les dio el alto, a lo que, lejos de obedecer, los atracadores contestaron haciendo uso de las armas de que iban provistos. Los guardias civiles repelieron la agresión, consiguiendo dar muerte a uno de ellos, mientras el otro se daba a la fuga, favorecido por la oscuridad que reinaba en aquellas calles con motivo de las restricciones eléctricas.

»El muerto resultó ser Jacinto Puente García, (a) «Canario», autor de varios asesinatos y robos a mano armada, por los que estaba reclamado por varios Juzgados. En su poder se encontró una pistola del nueve corto montada y con la que se había hecho un disparo, documentación falsa y cierta cantidad de dinero.

»Las fuerzas de la Guardia Civil, que tan brillantemente han conseguido este servicio, esperan dar en breve con el atracador fugitivo.»

Con el último párrafo Carmena quemaba sus naves. Tenía que volver en seguida a la sierra y dar fin lo más pronto posible a la misión que tenía encomendada. El grave incidente de la noche anterior había sido un toque de alarma. Estaba absorbido por la vida muelle de Madrid y se dejaba mecer peligrosamente en ella. En realidad, no podía culpársele de negligencia. Se había limitado a seguir al pie de la letra el plan previsto, igual el de sus jefes que el de la «Junta» clandestina. No podía hacer otra cosa. Sólo podía censurarse él mismo, que conocía la delectación con que había aprovechado los acontecimientos y la parte que en ello tenía «Amapola».

«Amapola», enemiga fanática y amante generosa, le ataba más que nada. Para poder dejarla no veía otro remedio que la separación, el corte violento y forzoso de unas relaciones que le llenaban de vergüenza por la mentira que entrañaban.

Después de la noticia publicada en toda la prensa nadie querría retenerle en Madrid. Manolo se convertía en un lastre que había que arrojar por la borda. El mismo pediría salir cuanto antes.

Soltó el periódico, encendió un cigarrillo y volvió a pasear por la habitación. Desde las ocho no hacía otra cosa. En realidad se había despertado antes, pero resistió algo en la cama para acortar una espera que preveía interminable.

A sus preocupaciones materiales se unía la angustia espiritual. Al pensar en que por segundos no había sido el muerto en lugar del «Canario» se estremecía. Carmena no temía a la muerte, pero temía a la otra vida. Aquellos días habían sido de olvido, mejor dicho, de aplastamiento de la conciencia. Había rechazado sus llamadas con la misma diligencia con que de pequeño, en el colegio de los jesuitas, rechazaba los malos pensamientos. El arreglo inevitable de cuentas lo dejaba para más tarde. Y aquel arreglo había estado a punto de cerrarlo la pistola del «Canario» con una rúbrica de sangre. ¿Qué hubiera ocurrido después? No quería pensarlo. Se hacía el firme propósito de rectificar, de acabar con aquella vida. Pero se reía de sí mismo, con ironía amarga, seguro de que de Maruja sólo se separaría si alguien le daba un empujón.

Iban a dar las doce cuando llamaron con precipitación a la puerta de su cuarto. Carmena empuñó la pistola en el bolsillo de la chaqueta, recorrió el cerrojo y abrió la puerta de golpe.

Allí estaba «Amapola», sofocada, la respiración anhelante, los ojos llenos de susto. Era la primera vez que subía a su cuarto. Carmena la hizo entrar y cerró la puerta. Ella se arrojó a su cuello, y se pegó a él con los ojos llenos de lágrimas, sin acertar a decir más que:

—Mi Manolo, Manolillo mío, mi vida.

Carmena la apretó contra sí y con una mano la acarició suavemente el cabello, igual que si se tratara de tranquilizar a un niño pequeño. Se sentía lleno de ternura hacia aquella muchacha que lloraba por él. En aquel momento presintió con temor que la quería.

Maruja se calmó en seguida, y, sin soltarle, levantó hacia él la cara, donde sus ojos empañados parecían más bellos que nunca. Manolo la besó en las lágrimas que descendían lentas por sus mejillas.

—¿Qué os ha pasado, Manolo? Cuéntamelo todo.

—Contéstame tú antes. ¿Qué te ha dicho «Julián»?

—Me llamó esta mañana temprano. Está asustado. No sabe cómo han podido descubrirnos. Me mandó venir en seguida a buscarte. Tienes que salir inmediatamente del hotel y esconderte en otro sitio, donde no te vea nadie. Luego... —su voz se quebró— tendrás que irte de nuevo a la sierra. Muerto el «Canario», dice que ya no hay que esperar más, que tú mismo comprenderás el peligro en que los pones a todos. Siente mucho que te vayas tan de repente, pero no hay otro remedio.

—Estoy de acuerdo con él. Si se arregla todo hoy, me voy mañana mismo.

Ya estaba dicho. El paso estaba dado y sabía que no se volvería atrás. Sintió que estaba invadido por la tristeza.

Maruja encajó el golpe. Debía de tenerlo previsto. Manolo observó entonces que tenía un periódico en la mano.

—¿Lo has leído? —la preguntó.

—Sí. Pero cuéntame tú la verdad. Estos periódicos están siempre llenos de mentiras.

—Esta vez esos cochinos se ajustan a la realidad. Nos dieron el alto de repente. Nosotros contestamos a tiros y ellos igual. Al «Canario» debieron de alcanzarle con los primeros disparos. Si no, seguramente hubiera huido también; la calle estaba muy oscura, y una pistola bien manejada siempre abre paso. Estaba el pobre delante de mí y me sirvió sin quererlo de parapeto. ¡Ha sido una lástima! ¡Pensar que yo le salvé la vida en la sierra en otra ocasión parecida...!

Al mirar los ojos enamorados de Maruja sintió asco de sí mismo. Mentir a «Julián» o a «Juanito» le hubiera dado igual. Estaban empeñados en una guerra a muerte, y había que vencer como fuera. Pero Maruja era distinto. Maruja le quería, Maruja se confiaba en él, con la fe ciega de las mujeres que aman.

Engañarla le parecía la acción más ruin que había cometido en su vida. Ni siquiera el fin lo justificaba ante su conciencia. Cogido en la trampa que él mismo había puesto no le quedaba más salida que la evasión. «Amapola» se separó de él, apretó las cejas con gesto enérgico y dijo:

—Bueno. Eso ya no tiene remedio. El «Canario» es uno más de los que con su sangre están preparando la fosa del fascismo. Ahora hay que pensar en salvarte a ti.

Le miró de nuevo, y al volverle al pensamiento lo cerca que había estado de perderle, se arrojó de nuevo en sus brazos, con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo puedo evitar, Manolo. Perdóname, pero soy muy cobarde. Tiemblo sólo de pensar que he podido perderte. Me alegré tanto al saber que estabas vivo, que ni siquiera sentí la muerte del pobre «Canario».

Cuando Manolo la besó en los ojos, con una leve caricia de los labios, Maruja sonrió por primera vez aquella mañana. Pero la sonrisa tenía ese tinte triste que empaña cualquier alegría cuando se está ante una separación dolorosa e inevitable.

—Oye, Marujita, ¿habéis pensado algo de mi escondite?

—Sí, te vienes a mi casa.

—Eso puede ser peligroso. A lo mejor os comprometo.

—No lo creas. En el barrio ya te han visto muchas veces conmigo y saben que somos novios. No extrañará a nadie verte entrar en casa. Cualquier otro sitio sería peor. Antes de que se me olvide: «Julián» quiere saber a qué atribuyes tú que os descubrieran.

—No estoy muy seguro de ello. Lo he pensado toda la noche y no acabo de explicármelo. Sólo encuentro dos soluciones. Una es que estuvimos por varios bares tomando unos chatos. El «Canario» se empeñó en pagar en todas partes, e hizo gala de tener mucho dinero. Si por casualidad le vio alguno de aquellos guardias vestidos de paisano, con la pinta rara que tenía el «Canario», le pudo resultar sospechoso, y se decidirían a seguirnos sin saber a punto cierto de qué se trataba. Eso explicaría el que esperasen a detenernos en un sitio poco frecuentado, lo que evitaría el escándalo si se hubieran equivocado. La otra solución es más improbable. Que por casualidad nos hubiera visto alguien que conociera al «Canario» y facilitara la pista. De lo que no hay duda es de que venían derechos por nosotros.

—Yo también creo que ha debido de ser lo primero. Con razón la Junta no quiere que estos camaradas de pueblo vengan a Madrid. Siempre acaban haciendo lo que no deben y nos ponen en peligro a todos. «Julián» temía que hubieran descubierto alguna punta de la organización, pero no debe de ser así, porque no han detenido a nadie ni hecho ningún registro. Y la Policía no se duerme en estos casos. Por si acaso —añadió sonriendo— toda la Junta ha mudado de domicilio. Ni siquiera los miembros de las células serían capaces de encontrarlos.

Carmena se dio cuenta de nuevo de lo difícil que era atrapar a aquella gente. Enlazados en cadena, un eslabón que faltase hacía imposible encontrar al resto.

Si no se actuaba con la rapidez del rayo, los dirigentes desaparecerían, incluso unos para otros.

Recogió en un maletín las pocas cosas de que se había provisto aquellos días, liquidó la cuenta, y se dirigió con Maruja a su casa. Habitaba un pisito moderno, bien acondicionado. Se veía que disfrutaba de una posición desahogada. La madre era aún joven. Vestía de luto y hablaba poco. Se entretenía en hacer labores. A Manolo le recibió con afecto y timidez. Maruja lo dejó instalado en su casa, y se lanzó a la búsqueda de los dirigentes fugitivos. Vino tarde a comer y contó que había logrado entrevistarse con «Julián». A éste le había parecido acertada la opinión de Manolo sobre las causas que motivaron el encuentro con la Guardia Civil. Se había quedado más tranquilo. Sin embargo, esperaría unos días en su escondite antes de reanudar la vida normal. Manolo debía salir al día siguiente, los guardias que le persiguieron podían haberse aprendido su fisonomía y estarían ahora a la caza como sabuesos. Aquella noche le mandarían tres metralletas. Sólo dispondría de ciento cincuenta disparos por arma. Se hacía preciso ahorrar la munición al máximo. Era de un calibre que no se fabricaba en España y la importación del extranjero resultaba arriesgada y difícil. También le mandaría una carta con instrucciones para «Juanito». Se atrevía a encomendarle misiones tan peligrosas

teniendo en cuenta que podía viajar con su verdadero nombre sin despertar sospechas. Debía hacerlo en primera clase. Además la Junta tenía gran confianza en su valor e inteligencia.

Maruja añadió por su cuenta, con la cara radiante de orgullo y el corazón lleno de esperanza:

—Estás considerado como uno de los mejores hombres de la organización. Sobre todo, porque nunca pides nada ni nunca protestas. La próxima vez que vuelvas, seguramente te dejarán aquí en algún puesto importante.

Le miró traviesa y le dijo con mimo, acariciándole las solapas de la chaqueta:

—Espero que entonces me dejarás trabajar a tu lado.

Carmena consideraba con tristeza lo bien que se arreglaba todo. Si no fuera por «Amapola» sólo tendría motivos de alegría. Maruja volvió a salir por la tarde. Al anochecer llegó un mozalbete trayendo un maletín de cuero, completamente nuevo. Dentro venían las tres «metralletas», divididas en piezas, los cargadores y la munición. Era uno de esos maletines elegantes que en manos de una persona bien vestida nunca levantan sospechas. «Julián» sabía hacer bien las cosas.

Maruja regresó a la hora de cenar. Traía una larga carta de «Julián» escrita a mano, en papel rayado. Carmena dejó su lectura para más tarde. La cena fue triste. Era inútil intentar animarla artificialmente. La inminente separación pesaba como una losa sobre los dos jóvenes. Manolo anunció que se acostaría pronto; su tren salía de madrugada.

Al terminar, y mientras la madre trajinaba en la cocina, Manolo encendió un cigarro y preguntó a Maruja:

—¿Dónde voy a dormir?

—En mi cuarto, conmigo.

—Pero, tu madre...

—Mi madre ya sabe que eres mi compañero. Ella no tiene prejuicios burgueses.

Empezaba a clarear el día cuando Carmena salió a la calle. Se había opuesto a que le acompañase Maruja. No conseguirían con ello más que prolongar la amargura de la despedida, que en las estaciones se hacen insoportables. Maruja protestó, pero acabó por ceder. Se había quedado en camión, junto a la puerta entreabierta, temblando con el frío de la madrugada.

Manolo consultó el reloj. Tenía tiempo sobrado para alcanzar el tren. Sintió frío y se abrochó la gabardina hasta el cuello. El maletín de las «metralletas» pesaba bastante. Pensó que se lo tendría que cambiar de mano con frecuencia. El otro, el de sus cosas, se lo había dejado a «Amapola». ¡Pobre «Amapola»! Este sería su único recuerdo. ¿Cómo reaccionaría cuando supiera la verdad? Con un desengaño así podía perder para siempre la ilusión de vivir. Por lo menos, la librería de la cárcel. Se lo había pedido a sus jefes y estaba seguro de conseguirlo. En una redada tan grande como la que se preparaba no tenía importancia dejar fuera un pez chico, sin antecedentes criminales y de escasa peligrosidad. Además, una vez conocida, quedaba inutilizada para futuras actividades. Ella vería que no la había olvidado.

Este pensamiento no le consolaba. Se sentía triste y amargado. Su comportamiento con Maruja había sido sucio. Igual que sí hubiera hecho trampas en el juego. No. Peor.

El lívido amanecer en las calles medio desiertas, cruzadas por los carros de los traperos, y por donde sólo transitaban personas con la cara llena de malhumor y de sueño, aumentó su depresión. Aquella triste estampa madrileña sería la última que viera en mucho tiempo.

Además... ahora, otra vez cara al peligro, se le hacía palpable la presencia de Dios. Como hacía unos meses, como hacía unos años, como siempre en iguales circunstancias. Otro asunto en el que tampoco jugaba limpio. Sabía que sólo tenía que reconcentrarse para encontrar un arrepentimiento sincero. Pero, como otras veces, le dio vergüenza esa facilidad de arrepentirse cuando todo estaba consumado. Siguió adelante por las calles hoscas sin pensar en nada.

Llegó frente a una iglesia. Estaba abierta. Se detuvo delante, vaciló, y, por fin, entró en ella.

Apenas se veía. No había más luz encendida que la de una lámpara de aceite. La claridad del día se asomaba levemente por las altas cristalerías. No vio a nadie, y, sin saber por qué, se alegró de ello. Se arrodilló en uno de los últimos bancos y se puso a mirar al altar. Al principio no pensaba en nada concreto ni rezaba. No sabía cómo empezar. Había perdido la fe en sí mismo. Sabía que sería falso todo lo que prometiera. Como otras veces, recordó una oración que siempre le había impresionado. La leyó siendo pequeño en una novela del padre Coloma. El protagonista, sometido a unas congojas parecidas a las suyas, sin fuerzas tampoco para librarse por sí mismo, pedía: «¡Átame, Señor!». La oración era así, o algo parecido. Al final de la novela el Señor le ataba. Las ligaduras eran cuatro balazos recibidos por la espalda.

Carmena sentía que ésta era la única oración que servía para él. Pero no se decidía a pronunciarla. Sabía que si lo hacía contraía un compromiso sagrado cuyo final podía ser el mismo de «Boy». Y Carmena, que con tanta frecuencia desafiaba a la muerte, no quería morir. Enfrentarse con ella no le importaba; pero pedirla, proponerla siquiera como solución de una vida de claudicaciones espirituales, no podía hacerlo. Se rebelaba todo su organismo. Y si no hacía esta oración sería inútil hacer otra. La experiencia de años le aseguraba que todo lo que prometiera sería ceniza que volaría al primer soplo de las pasiones.

Su mirada seguía clavada en el altar. Era un desgraciado. Sintió ganas de llorar sobre sí mismo. Estaba frente a la muerte, que hacía poco le había pasado rozando, y aún dudaba. ¿A qué esperaba?

Se decidió. Levantó sus ojos hacia un Crucificado que coronaba el altar mayor, y con lentitud y firmeza pronunció casi en voz alta:

—¡Átame, Señor!

Después sintió la laxitud y el alivio de quien ha concluido una obra pesada. Vio entrar en la iglesia a un viejo sacerdote. Se acercó a él y le dijo:

—Padre, salgo ahora de viaje, ¿podría usted confesarme? Es muy urgente.

El cura le miró sorprendido. Asintió con la cabeza y le condujo a un confesionario. Manolo empezó a hablar. El confesor escuchaba absorto a aquel penitente extraño que le traía la madrugada.

Cuando hizo en el aire el signo de absolución su mano temblaba. Antes de que Carmena se levantara, el sacerdote le apoyó las manos en los hombros y le dijo con voz conmovida:

—¡Que Dios te proteja, hijo mío!

## CAPÍTULO XV

El viaje a la sierra lo realizó sin novedad. Nadie le molestó y el maletín, relleno de «metralletas», viajó en la red de un departamento de primera clase sin levantar la menor sospecha. Cosa que, por otra parte, no le preocupaba demasiado a Carmena. Hacía el viaje solo y estaba decidido a que aquellas «metralletas» llegaran a las partidas, aunque tuvieran que pasar antes por la Comandancia de la Guardia Civil.

La carta de «Julián» le distrajo parte del camino. Era larga y apretada, escrita con un estilo sencillo y directo. Su lectura demostraba que «Julián» no era un teorizante convertido en conspirador improvisado, sino un hombre que conocía con exactitud los problemas de las partidas, y sabía apuntar las soluciones. Tenía una idea clara de la aportación que el bandolerismo debía dar a la lucha política contra el Régimen, y se empeñaba en evitar que la indisciplina de unos y la anarquía de otros lo desviaran de este fin.

Carmena, después de un estudio detenido de la carta, pensó que no era obra sólo de «Julián», sino el resultado de las deliberaciones de la Junta Central. Varios párrafos le interesaron particularmente, por lo que los leyó varias veces hasta aprenderse su contenido:

«Es necesario mantener un control perfecto de los golpes económicos, de forma que se impida toda filtración de dinero. Las cantidades que se obtengan, una vez separado lo necesario para las atenciones de esa Agrupación, han de pasar íntegras a la Junta Central para atender a los altos fines que tiene señalados. Cualquier concesión en este terreno, así como el tolerar que los guerrilleros se apropien por su cuenta de objetos de valor o de arte, no servirá más que para proporcionar material a la violenta campaña propagandista de las fuerzas represivas, que se empeñan en presentar como actos de bandidaje las heroicas actuaciones de nuestras guerrillas.

»... Se observa una falta casi absoluta de ataques directos contra las fuerzas de la Guardia Civil. No ignoramos las dificultades que entrañan estas acciones, debidas principalmente a la inferioridad de armamento, sin embargo, siempre será posible el aniquilamiento de grupos reducidos de guardias a los que se puede hacer caer en emboscadas mortales, o el atentado contra individuos aislados. Operaciones de este tipo, llevadas a cabo con éxito, además de permitir aumentar nuestro armamento, tomando el del enemigo, elevarían la moral de los guerrilleros al demostrarles que son capaces de derrotar a los contrarios, y aumentaría nuestro prestigio y respeto entre la población campesina...

»Tienes que procurar que las ejecuciones sumarias efectuadas por tu Agrupación sean siempre de personas destacadas por su significación política, debiendo elegir con preferencia a aquellas que por su conducta o actuación resulten odiosas a los campesinos. La eliminación de un individuo odiado en una demarcación, permitiría a nuestras guerrillas presentarse como el brazo justiciero del pueblo y atraerse sus simpatías y apoyo.

»La propaganda que hemos leído de esa Agrupación la encontramos bien en líneas generales, tanto de forma como de fondo. Sin embargo, es necesario que introduzcas algunas modificaciones a fin de que en todo momento esté de acuerdo con las normas de esta Junta. Está bien el llamamiento que diriges a todos los españoles honrados, sin distinción de partido ni ideología, para que acudan a la lucha contra el franquismo, pero en esta clase de llamamientos tienes que hacer constar de una forma clara el papel director del Partido Comunista, que ha sido el primero en lanzarse a la lucha, y el que la sostiene con mayor aportación de sangre. No debe presentársele como uno más de los que lucha contra el Régimen, sino como el primero y el mejor.

»Dicho llamamiento lo haces extensivo «incluso a los que lucharon durante la guerra civil en campo contrario, con excepción de los falangistas que tengan las manos manchadas de sangre». Esta frase hay que modificarla, ya que podría crear confusiones en el espíritu de nuestros camaradas al hacerles creer que hemos modificado nuestra actitud frente al falangismo. Como la idea que la inspira es acertada, basta con que la cambies en esta forma: «incluso a los que lucharon durante la guerra civil en campo contrario, con excepción de los criminales falangistas». Esta frase satisface todas las tendencias, ya que igual puede interpretarse que se refiere a los falangistas que hayan cometido crímenes, que a todos los falangistas en general, considerados como criminales por el mero hecho de serlo.

»Los informes recibidos nos confirman en la idea de que las contrapartidas organizadas por la Guardia Civil son el peor enemigo de nuestro Ejército Guerrillero. Hay que dirigir los mayores esfuerzos a su destrucción. Debes tomar con urgencia represalias contra los familiares de sus componentes, en especial de los paisanos voluntarios. Han de llevarse a cabo sin la menor piedad, hasta conseguir por el terror que nadie quiera enrolarse en ellas. Paralelamente se debe organizar una inteligente propaganda de descrédito, en la que se atribuya a las contrapartidas cuantos crímenes, robos y violaciones se cometan en la zona, previniendo a los pueblos que no se dejen engañar por la propaganda oficial, que tratará de achacar tales desmanes a la

limpia actuación de nuestros guerrilleros. La especial forma de actuar de las contrapartidas y su empeño en ser tomados por guerrilleros facilitará notablemente la labor. No te desanimes si en principio no obtiene éxito esta propaganda, hay que continuarla sin desmayar, ya que a fuerza de insistir se llegará a sembrar la duda en los campesinos y con ella un confusionismo que redundará en beneficio de nuestra Organización.»

Después de guardar la carta, Carmena siguió pensando en ella. Esperaba que con un poco de suerte «Juanito» no tendría ocasión de poner en práctica tan detenidas instrucciones.

Como el viaje lo había hecho de día no descendió en el apeadero. Su presencia allí podría resultar sospechosa. Siguió hasta un pueblo próximo donde se hospedó en la fonda. Aquella misma noche tomó contacto con el primer enlace.

Sin embargo, tardó diez días en encontrar a «Juanito». Durante ellos caminó solo, de enlace en enlace, siguiendo la red conocida. Buen discípulo del «Canario», observó más precauciones que nunca. Había que evitar a toda costa un encuentro con la Guardia Civil. En el mejor de los casos tendría que descubrir su personalidad, y cualquier indiscreción comprometería el éxito de la empresa. Pero a los que más temía era a los enlaces. Conocía bien su duplicidad, vista desde los dos campos. Sabía que cualquiera de ellos, al verle solo, era capaz de asesinarle y ofrecer su cadáver a la Guardia Civil en espera de una recompensa. A pesar de que las noches eran frías no dormía nunca en las casas, se internaba en el monte y se acostaba entre las jaras. Vestía el traje de sierra y se había procurado una buena manta. Llevaba montada una de las «metralletas» y su compañía le tranquilizaba.

Encontró a la VI Agrupación presa de una grave crisis interna, que «Juanito» se empeñaba en resolver. Afectaba a las Divisiones del «Gorki» y del «Capitán Centellas», precisamente los dos jefes rivales. Al «Gorki» se le habían negado a trabajar los guerrilleros si no se repartía entre ellos el dinero que se obtuviera en los atracos. La moral de aquella División era muy baja. Su reclutamiento se había hecho sin ningún cuidado, sin más preocupación que la de aumentar el número de hombres todo lo que se pudiera, con arreglo al afán de generalato de «Juanito». El resultado fue que entraron en ella muchos jóvenes sin antecedentes políticos ni cuentas con la justicia, que ni siquiera habían tomado parte en la guerra civil. No los movió otra cosa que el afán de aventuras, codicia del dinero fácil y la esperanza de volver un día triunfantes al pueblo, luciendo en una guerrera las estrellas de teniente, por lo menos.

Mientras las cosas fueron bien no hubo queja alguna, pero en cuanto la represión empezó a apuntarse éxitos y la vida se hizo más ingrata en la sierra, el ánimo decayó visiblemente. Pasaba el tiempo y la anunciada invasión de España por tropas extranjeras no ocurría. En cambio la Guardia Civil estaba en todas partes.

En aquel momento de depresión una contrapartida capturó a dos bandoleros de la División, a dos de los jóvenes aventureros que no eran responsables de ningún crimen. Se les ofreció colaborar con la misma fuerza que los había apresado, y ellos, que esperaban el fusilamiento inmediato, aceptaron llenos de alegría y cumplieron el compromiso con entusiasmo y fidelidad. Tres bandoleros muertos y una red clandestina descubierta fue el fruto de su trabajo. Y entonces la Guardia Civil tuvo un acierto psicológico: concedió permiso a los dos ex bandoleros, que bien trajeados y con dinero abundante se presentaron tranquilamente en su pueblo, situado en plena zona de bandolerismo. La alegría de sus familias fue tan grande como la pena de las que tenían los suyos aún en la sierra. Y el asombro, general. A continuación se llamó al cuartel de la Guardia Civil a los padres o esposas de los bandoleros oriundos de la demarcación, y se les hizo saber que todos aquellos que no tuvieran crímenes a su cargo y se presentaran voluntariamente a las autoridades, se beneficiarían de una amplia amnistía. Como prueba de la honestidad de la oferta se presentaba el ejemplo de los dos convecinos, que se pasaban el permiso en las tabernas, convidando a los amigos sin que nadie los molestase.

Estas noticias llegaron pronto a la División del «Gorki», compuesta casi exclusivamente por paisanos de los dos ex bandoleros. El «Gorki» y su comisario político se esforzaron en convencer a la gente de que aquello no era más que una añaqaza de la Guardia Civil para atraparlos más fácilmente y fusilarlos luego. A pesar de este temor, otros dos bandoleros desertaron y se presentaron a la Guardia Civil. Dos días después, estaban en libertad y a sueldo de la fuerza pública. El malestar aumentó. «Gorki» decidió no tener la gente inactiva para evitar que con el ocio fermentaran nuevas deserciones. Además, procuraría hacer cometer a cada uno un crimen que le impidiera pensar en presentarse.

Pocos días después secuestraban a un Labrador acaudalado, que sacó de su familia 40.000 pesetas, y, contra la costumbre, le hizo fusilar después.

Aquella misma noche se le plantaron los guerrilleros. No querían aceptar los veinte duros que dio a cada uno. O se repartía el dinero entre todos o no volvían a dar un golpe. Ellos no exponían la vida para que se divirtieran los señoritos de Madrid.

El «Gorki» vio que la cosa iba en serio, no se trataba de un grupo de descontentos, sino de una rebelión general. Sin fuerza para imponerse tuvo que llegar a un arreglo provisional: la tercera parte del dinero se

repartió en el acto entre los bandoleros, otra tercera parte se la quedaba el «Gorki», con la obligación de atender a los gastos de la División, y la restante se entregaría a la Agrupación.

Cuando «Juanito» recibió informes de lo que ocurría no acertó a resolverlo. Desde luego se abstuvo de presentarse en aquella unidad sediciosa, expuesta constantemente a la traición. Primero pensó en disolverla y repartir sus hombres en las restantes guerrillas, pero temió que por contacto cundiera el descontento. Mejor era dejarla a su suerte y que si se hundía no arrastrase a las demás en el naufragio. En vista de ello, ordenó a «Gorki» que diera golpes incesantes hasta conseguir que los hombres que quedasen fuesen de lealtad reconocida.

Pero este remedio era tardío. Los desertores habían hecho que su zona de acción quedase «quemada». Se indicaba con esta expresión que en adelante era inservible para actuar la partida por no haber una sola persona a quien dirigirse con seguridad, ya que la red de enlaces estaba en manos de la Guardia Civil. Levantar una nueva organización era muy difícil. El terror que en otro tiempo imponía la División había decrecido notablemente, mientras aumentaba la confianza en la protección de la fuerza pública. Se exponían a ser entregados por cualquier persona a la que se acercasen. En estas circunstancias el «Gorki» optó por ocultar a su gente lejos de los sitios habituales y moverse lo menos posible en espera de días mejores.

El conflicto de la II División era de otro tipo. El «Capitán Centellas» y «Tancredo», su jefe de Estado Mayor, se llevaron un buen día las novias a la sierra. Eran hermanas, no valían gran cosa y se pavoneaban dentro de sus pantalones masculinos, luciendo pistolas al cinto. Seguían la marcha de las partidas y en los campamentos se acostaban con sus novios. El descontento entre los demás hombres cundió en seguida. Todos sentían la falta de mujeres y se conformaban con lo irremediable. Pero ahora las veían allí, a su lado, día tras día, y el deseo y la envidia se trocaron en odio contra los afortunados que las poseían. Ya no se podía dormir tranquilo, las cabezas se caldeaban con el pensamiento de los novios durmiendo juntos, allí al lado.

La partida del «Aviador» era la que acompañaba a «Centellas». Un día se plantó. No querían mujeres en las guerrillas, no daban más que disgustos. O las despedían o los dejaban solos. «Centellas» se negó a hacerles caso.

—Donde vaya yo, va mi novia —dijo.

—Entonces ya os podéis ir largando —le contestó el «Aviador» con malos modos, respaldado por todos sus hombres—. Nosotros no queremos hacer el... delante de nadie.

«Centellas» se consideraba muy capaz de vivir solo. Hacía tiempo que estaba harto de tanta disciplina y de tanto jugar a los soldados. En unión de su jefe de Estado Mayor cogió a las dos mujeres y se marchó a hacer la guerra por su cuenta. El que quisiera buscarle le encontraría, igual para bien que para mal.

La separación de «Centellas» causó sensación en las partidas. Disfrutaba de gran prestigio. Pero nadie le dio la razón. Los asuntos de mujeres eran muy serios. Se rumoreó que tenía escondido mucho dinero, reunido en los largos años de mando de División, aunque nadie podía asegurarlo. Su total inactividad desde que se declaró independiente parecía justificar esta opinión.

Fuera lo que fuese, el caso es que la II División, destruida la partida del «Canario» y desaparecido «Centellas», estaba en cuadro. Sólo quedaban las guerrillas del «Aviador» y del «Tigre», con un total de trece hombres.

Cuando Carmena encontró a «Juanito», éste tenía reunidos los restos de la División en plan de reorganizarla. Para su mando había elegido a un hombre nuevo, del que Carmena había oído hablar algo en la sierra. Se trataba de «Arras», un muchacho joven, que se pasó de Francia. Procedía de una familia acomodada, de tendencia derechista, aunque poco significada. La guerra le sorprendió en Valencia, en casa de unos familiares. Para evitar complicaciones le alistaron en una organización juvenil comunista. Cogido «Arras» en plena adolescencia fue fácil convertirle en un comunista fanático. En cuanto cumplió los diecisiete años se fue voluntario al frente en un batallón del partido. Al acabar la guerra huyó a Francia. Allí luchó voluntario contra los alemanes, y después de la «debácle» se incorporó al «maquis». Al acabar la segunda guerra europea cruzó la frontera y se unió a la Agrupación andaluza.

«Arras» pertenecía al grupo romántico del Partido Comunista. Seguía su doctrina como las normas de una religión, pronto al sacrificio. Desde los diecisiete años estaba en pie de guerra. Conservaba sentimientos pequeño-burgueses y hubiera sido incapaz de matar a nadie a sangre fría. Odiaba el robo y las violencias, aun cometidos bajo una máscara política. Su espíritu idealista sufrió un rudo choque al ponerse en contacto con los métodos brutales de las partidas andaluzas. Junto a ellas los hombres de la VI Agrupación eran unas hermanas de la Caridad. Habían sacado una moda siniestra, de la que alardeaban: ahorcar de las encinas a los prisioneros. A este fin todos iban provistos de una cuerda embreada, colgada visiblemente del cinto. De ellas quedaban colgados a su paso guardas jurados, campesinos, mujeres. Se los conocía por «las partidas de la guita».

Se propuso domesticar a estas fieras, convertirlos en miembros útiles a la causa. Les hablaba con frecuencia en términos exaltados y editó con multicopista un periódico al que puso por título «¡Adelante!», destinado a las guerrillas y a la población campesina. Los resultados fueron nulos. Se le toleraba por su historial y por el prestigio que le daba venir de Francia. Pero nadie le hacía caso.

Pronto le fue a «Arras», imposible la convivencia con aquella gente. Asistió a una entrevista del jefe de su Agrupación con «Juanito» y solicitó pasar a las órdenes de éste. «Juanito», deseoso siempre de aumentar sus efectivos, apoyó su petición. El otro jefe no puso ningún inconveniente. Le molestaba la presencia de «Arras», del que temía informara a la Junta Central. Pocos días después caía acibillado a balazos en un encuentro con la Guardia Civil.

«Juanito» estaba encantado con su nuevo subordinado. Le agradaba la idea de tener un periódico propio, donde aparecieran sus discursos y se reseñaran sus éxitos. Causaría sensación en Madrid. «Arras» sabía hacer esas cosas.

Manolo fue recibido con alegría. Aún no conocía nadie la muerte del «Canario». No causó demasiada emoción. En la sierra era natural que los hombres desaparecieran sin dejar rastro. En cambio, la llegada de las «metralletas» fue sensacional. Se había hablado tanto de ellas, de su eficacia, de su ligereza, de su seguridad, que habían alcanzado la categoría de mito.

Con aquellas tres armas el prestigio de Manolo llegó a lo más alto. El hombre que era capaz de traer tales armas desde Madrid a la sierra, pasándolas por delante de las narices de policías y guardias, era capaz de cualquier cosa.

«Juanito» las distribuyó en el acto. A Manolo le dejó la que traía, como era justo. El se quedó con otra y la tercera la destinó al «Chanchi», con el fin de que en aquella División vieran que no los olvidaba. Le hubiera gustado mandar otra al «Gorki», pero no había más, y en manos del «Chanchi» estaba más segura.

Después habló a solas con Manolo. Hojeó la carta que éste le traía y al ver lo larga que era la guardó para otra ocasión. Charlaron un rato de Madrid, de «Julián», de «Amapola». Al enterarse de su noviazgo le felicitó alegremente.

—Te llevas la mujer más bonita e inteligente del partido —añadió.

A continuación le expuso con detenimiento la situación de las partidas, para acabar diciendo:

—Yo pensaba darte el mando de la II División, ya que eres el que más méritos reúnes. Pero como no llegabas, y la cosa urgía, se lo he ofrecido a «Arras». Ahora, que si tú quieres...

—Nada, nada —atajó Manolo—. Lo que tú hagas me parece bien. Yo ocuparé el puesto que me señales. Y desde luego, prefiero que me mande «Arras» a que lo haga otro.

—Me alegro de que pienses así. «Arras» es un buen camarada. Sin embargo, me han dicho que no es muy práctico en esta vida de sierra. Seguro que los guerrilleros te prefieren a ti. Por eso se me ha ocurrido nombrarte jefe de Estado Mayor de la División y recomendarle a «Arras» que, aunque él sea el jefe, te deje a ti organizar las operaciones.

—Lo que quieras, «Juanito». Por mi parte no habrá disensiones.

«Juanito» juntó a los dos futuros compañeros. Ambos simpatizaron en seguida. Eran aproximadamente de la misma edad, Manolo algo mayor, los dos tenían una educación parecida y procedían de un ambiente distinto al de los restantes bandoleros.

Al plantearse la cuestión del mando, «Arras» se lo ofreció en seguida a Manolo. Reconocía que él había actuado poco en partidas independientes y le faltaba experiencia. Casi siempre estuvo en el Estado Mayor dedicado a la propaganda. Por último, se adoptó la fórmula de llevar el mando compartido. «Arras» sería algo así como el jefe político y Manolo el de operaciones.

Cuando quedaron de acuerdo, «Juanito» planteó otro problema que hacía unos días le preocupaba.

—¿Sabes que el «Tuerto» está aquí? —le preguntó a Manolo.

Este tuvo un sobresalto. Aquella noticia era inesperada. El «Tuerto» había actuado siempre en la zona donde él estuvo de teniente. Nunca pensó que se corriera a esta otra. Como no había vuelto a oír hablar de él tenía la creencia de que había sido herido en el «Paredón» y habría muerto en cualquier parte. Ahora resucitaba en el momento más inoportuno.

—No. No sabía nada de él —contestó—. Además sólo le conozco de oídas.

—Es un mal bicho —dijo «Juanito»—. Perteneció a esta Agrupación, pero era un indisciplinado y acabó por separarse. Se quedaba con el dinero que le parecía, armaba un altercado por cualquier cosa y era incapaz de ayudar a nadie. Y luego —añadió—, con las mujeres es terrible. No perdona una. Le da igual que sea

casada que soltera. Y esto a muchos guerrilleros no les parece bien. Hace que la gente nos odie, y no hay forma de encontrar quien nos ayude. En fin, se marchó a actuar por su cuenta. Al poco tiempo le liquidaron los guardias la partida y él escapó de milagro.

—¿Está solo ahora?

—No, se ha juntado con otros dos de su estilo, el «Tropezón» y el «Cuervo», y piensan actuar por aquí.

—Si nos encontramos con él, ¿qué debemos hacer? —preguntó «Arras».

—A eso voy. Tengo miedo de que se una a «Centellas» y formen los cinco una partida fuerte. Sería una complicación desagradable para nosotros. Todos los descontentos se largarían con ellos en la primera ocasión. ¿Entendéis?

Carmena le entendía muy bien. «Juanito» veía levantarse en «Centellas» un jefe rival que podía oscurecerle. Tenía suficiente prestigio y personalidad para arrastrar a muchos hombres.

El «Tuerto» tenía menos simpatías, pero se reconocía que era un guerrillero hábil y de procedimientos expeditivos que a muchos gustaban. Se daba buena vida. La conjunción de los bandidos era peligrosa para el jefe de la Agrupación de Extremadura y Centro.

—Sí, lo comprendo muy bien —dijo.

—Bueno, pues lo que yo quiero es esto. Vosotros vais a salir con la guerrilla del «Tigre» y tomáis contacto con el «Tuerto». Yo le he escrito proponiéndole ingresar de nuevo en la Agrupación. Como se encuentra desorientado en esta zona, es fácil que acepte. En ese caso os lo lleváis con vosotros y procurad tenerle a raya, lo que no será muy sencillo.

«Arras» y Manolo se quedaron pensativos. A ninguno le agradaba aquel regalo. «Juanito» se dio cuenta y añadió:

—Comprendo que no os guste llevaros a ese individuo. Caso de que acepte, le escribiré de nuevo para que acuda a una cita con vosotros y le recalcaré que tendrá que obedeceros en todo.

Manolo miró fijamente a «Juanito» y le preguntó:

—¿Y si no lo hace?

«Juanito» le sostuvo la mirada y sin titubear contestó:

—Le matáis.

«Arras» los miró sorprendido. Era la primera vez que veía tomar una medida de este tipo. Carmena esbozaba rápidamente un plan en su imaginación. Quiso antes dejar todo bien sentado.

—Entonces, ¿queda bien claro que si no se comporta como debe podemos liquidarlo?

—Podéis hacerlo con toda tranquilidad. Es una orden.

Luego charlaron de cosas indiferentes. Carmena tenía interés en preparar cuanto antes una reunión de la Agrupación para dar el golpe final. Con su nuevo empleo todo sería más fácil. Por ello, antes de separarse, le indicó a «Juanito» la conveniencia de reunir a las tres Divisiones con motivo de la llegada de las «metralletas» y de las nuevas instrucciones de «Julián». Contribuiría a levantar la moral de los guerrilleros.

Pero no tuvo suerte. «Juanito» tenía otros planes. Habían matado al jefe de la Agrupación andaluza y soñaba con hacerse cargo de las partidas de aquella zona, por lo menos de las limítrofes. La llegada de las «metralletas» era providencial. Ello demostraría que gozaba de la confianza y del apoyo de la Junta, lo que podía decidirlas a unirse a él. De todas formas aseguró a Manolo que a su regreso convocaría con urgencia una reunión de jefes para estudiar la situación y acordar un plan de campaña para el invierno.

Manolo vio con disgusto alargarse de nuevo el final de su misión. Sin embargo, no se dejó dominar por el desaliento. Aguantaría el tiempo que hiciera falta. La compañía de «Arras» era una compensación. A su lado sería fácil evitar crímenes. Procuraría actuar lo menos posible en espera de la prometida reunión.

Después de comer se reunieron los dos con la partida del «Tigre», y juntos acordaron las próximas operaciones. Los bandoleros estaban contentos con el nuevo mando. De «Arras» no se fiaban mucho. Coincidían en que era poco práctico en la sierra. En cambio, Manolo, experimentado junto al «Canario» y aureolado con el difícil salvamento de éste cuando le hirieron, y con el rumor de sus aventuras en Madrid, gozaba de la confianza de todos.

Para separarse las partidas sólo esperaban la contestación del «Tuerto».

## CAPÍTULO XVI

A los pocos días, «Arras» acudía con su nueva partida a la cita concertada con el «Tuerto». Este llegó el último. Llevaba barba de varios días, lo que hacía más repulsivo su aspecto. Detrás, en hilera, llegaron sus dos compinches, los fusiles en la mano. Al ver al «Tigre», el «Tuerto» le miró burlón con su único ojo, y le preguntó a guisa de saludo:

—¿Mandas tú ahora la División?

—No, la mando yo.

La voz de «Arras» sonó firme y enérgica. Manolo estaba a su lado con la «metralleta» debajo del brazo. El «Tuerto» miró con desagrado notorio a aquellos dos señoritos y dijo:

—¡Vaya! Ya tenemos aquí a los políticos. Vosotros os creéis que sois los únicos que podéis mandar una guerrilla.

El «Tuerto» no se esmeraba en hacerse simpático. Hablaba con deliberada insolencia. «Arras» contestó, sin poder disimular su enojo:

—Nosotros somos dos comunistas y no hacemos más que lo que se nos ordena. ¿Pasa algo?

—Nada, hombre, no te sulfures. Cada uno es como es. Vamos a lo nuestro. «Juanito» me propuso unirme a vuestra División, y yo lo acepto, pero con algunas condiciones.

—¿Qué condiciones son esas?

—Mira, cuando yo actúe con vosotros haré lo que tú mandes. El dinero lo repartes como te parezca, con tal de que nos des a nosotros como a los demás. Pero cuando la División esté inactiva yo podré dar golpes por mi cuenta sin que nadie me pida explicaciones.

«Arras» se quedó dudando. Manolo acudió en su ayuda.

—Bueno, yo creo que de momento no hay inconveniente en aceptarlo. Más adelante «Juanito» será el que resuelva.

—«Juanito» dirá lo que le parezca, y yo seguiré haciendo lo que crea conveniente. Hace ya tiempo que nos conocemos.

Después de reafirmar su posición el «Tuerto» miró a los hombres del «Tigre», que contemplaban la escena en silencio, como si no les interesara, y dijo:

—Ahora otra cosa. Yo sólo tengo dos hombres y el «Tigre» tiene seis. Podía pasarme un par de ellos y así dispondríamos de dos guerrillas iguales.

El «Tigre» saltó en seguida:

—Mis hombres están conmigo por su gusto, y me han elegido su jefe a votación. De mi guerrilla no se va ninguno a no ser por su voluntad.

«Arras» le apoyó sin reservas.

—El «Tigre» tiene razón. Si alguno quiere irse voluntario con el «Tuerto» que lo diga. Si no, cada uno se queda donde está.

Ninguno de los hombres del «Tigre» dijo nada. El «Tuerto» los miraba con ironía. Al ver su silencio comentó:

—¿No queréis venir ninguno? Peor para vosotros. Después de todo... —la frase la acabó con un gesto de desprecio—. Y ahora vámonos de aquí cuanto antes, que esto va a oler pronto a pólvora.

—¿Por qué?

—Me calé que el enlace de la «Rosaleda» jugaba con dos barajas, y antes de venir a la cita le he dejado colgado de una encina.

A Manolo le resultó difícil contener la ira. Empezaba su calvario en aquella compañía. Su odio hacia el «Tuerto» se puso al rojo vivo. A los otros bandoleros también les disgustó la noticia. Aquel enlace los había servido siempre con fidelidad. Ahorcarle era una canallada. Con un sistema así, pronto se quedarían sin ninguno.

Como la cosa ya estaba hecha, no se habló más del asunto y se emprendió la marcha para alejarse de aquellos lugares. Manolo tenía la intención de dirigirse en busca del enlace de la Comandancia. Aquel caminero gozaba de la confianza de la partida, y a nadie extrañaría que Manolo se entrevistara con él.

En los primeros días Carmena, desde su cargo de jefe de operaciones, se abstuvo de dar ningún golpe. Con el «Tuerto» a sus órdenes le daba miedo. Era capaz de hacer cualquier salvajada irremediable, de la que en cierta forma se consideraría culpable él mismo. Además, había observado que el «Tuerto» le miraba con insistencia, como si quisiera reconocerle. El día de su encuentro, durante un descanso, le estuvo mirando de hito en hito y acabó preguntándole:

—Oye, Manolo. ¿Tú y yo nos hemos encontrado en alguna parte?

—No. Por lo menos que yo me acuerde. Y una cara como la tuya no es fácil de olvidar.

—¿Qué? ¿Es que quieres decir que soy feo? —gruñó con rabia el «Tuerto»— Yo no seré tan «finolis» como otros, que parecen señoritas, pero tengo más... —y acabó el párrafo con un montón de palabras soeces.

Todos se echaron a reír. Manolo había conseguido desviar hacia la burla una pesquisa que le preocupaba. El «Tuerto» había actuado con frecuencia en su línea, y era posible que con los prismáticos hubiera seguido alguna vez los movimientos del teniente de la Guardia Civil. Ahora sabía lo fácil que esto era. Si descubría, o sólo sospechaba, que Manolo era el hombre que una noche había estado a punto de quedarse con su piel, fácil era prever lo que ocurriría. Pero, ¿sería tan buen fisonomista que por un recuerdo lejano e imperfecto pudiera reconocer en un jefe de bandoleros, con magnífico historial, a un teniente de la Guardia Civil? Parecía imposible. De todas formas el asunto del «Tuerto» había que liquidarlo cuanto antes. Era demasiado peligroso.

No resultaría difícil hacerlo. Contaba con el apoyo de «Arras», que odiaba al «Tuerto» tanto como él. El «Tigre» y su partida tampoco le querían. El asesinato del enlace de la «Rosaleda» les había sentado muy mal. Conocían a su mujer, bastante joven, y todos sospechaban que las faldas habían andado por medio. Y con el «Tuerto» siempre se sabía a qué atenerse en esta cuestión.

Los víveres comenzaron a escasear, y, lo que era peor, nadie tenía dinero, o si lo tenía se lo callaba. El «Tuerto» murmuraba de la inactividad, y repetía a cada paso que mandados por aquellos señoritos acabarían pidiendo limosna. Los demás, que recordaban el estilo pausado y seguro del «Canario», atribuían a Manolo iguales cualidades, y no los disgustaba demasiado aquel ocio. Era preferible estar tumbados a tener que pasar las noches en constante huida. Pero Manolo comprendía que aquella situación era insostenible. Para ganar tiempo decidió hacer una operación de suministro, que siempre era menos peligroso para las víctimas.

Eligió una finca, y durante dos días la tuvo en observación. A la media tarde del tercero rodeó la casa y entró en ella. La habitaba una familia de labradores ricos, con algunos criados. Todos los moradores fueron reunidos en la cocina, donde quedaron vigilados, mientras otros bandoleros se dedicaban a recoger jamones, embutidos, panes y artículos alimenticios. Las reservas de la casa pasaban a los morrales de los bandidos.

El «Tigre» decidió matar un cerdo y llevarse la carne que pudieran para comerla asada. Manolo le acompañó para evitar que se cometiera un destrozo inútil. La matanza fue laboriosa a pesar de que los ayudaba un criado de la finca. Cuando Manolo entró de nuevo en la cocina la mujer del propietario estaba friendo unos huevos. «Arras», sentado junto al fuego con otro bandolero, se empeñaba en explicar, con muy buenos modos, a aquella familia aterrorizada la necesidad de ayudar a los guerrilleros. Manolo se sonrió al ver la atención forzada y respetuosa con que le escuchaba su auditorio.

La mujer sirvió los huevos a los dos bandidos. Al ver a Manolo que estaba aún de pie, le sonrió obsequiosa y le preguntó:

—¿Quiere usted también un par de huevos fritos?

Sin duda trataba de evitar males mayores. Manolo aceptó y la mujer se acercó a una cesta por los huevos. Al agacharse una idea repentina le vino al cerebro. Se volvió con gesto demudado, dirigió una mirada de terror a la habitación y comenzó a gritar entre lágrimas:

—¿Y mi hija? ¿Dónde está mi hija?

Manolo, que acababa de sentarse, se levantó de un salto. Se dio cuenta en seguida de que la muchacha había desaparecido, y con ella el «Tuerto». Una sospecha cruzó su imaginación, avivada por los lamentos de la madre. Se puso rojo de vergüenza y de cólera, y, sin dudar, cogió la «metralleta» y se precipitó en el interior de la casa. Las puertas de las habitaciones las abrió a patadas. En una de ellas encontró al «Tuerto». Tenía con él a la hija de los dueños, casi desnuda. Al ver entrar a Manolo y observar el gesto de furia de su cara, le dijo conciliador:

—No pasa nada, hombre, es que la estaba cacheando, que lo diga ella.

Manolo la miró. La chica bajó la cabeza, sonrojada y llena de lágrimas. Pero no dijo nada. Temblaba de terror.

La ira de Manolo se hizo fría. Su propia calma le asombró. Creyó que iba a matar al «Tuerto» de sorprenderle así, y no lo había hecho. Pero su suerte estaba echada. Las lágrimas de aquella muchacha le habían decidido. El momento daba lo mismo. Manolo se asomó a la puerta y gritó:

—¡«Arras»! ¡«Arras»!

Su compañero acudió en seguida. Manolo le empujó dentro de la habitación y dijo:

—Mira.

La muchacha había empezado a vestirse. El «Tuerto» se estaba abrochando el correa. El rostro de «Arras» se coloreó con violencia. La vista de aquella chica esbelta, cuyo cuerpo se dibujaba netamente bajo la ropa interior, levantó una tempestad en su naturaleza joven. Luego, al ver la sonrisa cínica del «Tuerto», el furor y la rabia se apoderaron de él. Le temblaban las manos. Dudó qué partido tomar, miró a Manolo como atontado y por fin salió de la habitación diciendo:

—Vámonos de aquí.

En la cocina los padres lloraban abrazados. Los criados estaban silenciosos, con la mirada clavada en el suelo. «Arras» no podía soportar su presencia acusadora. Recogió su morral y dijo a su gente:

—Esto se ha acabado. Vámonos fuera.

Nadie rechistó. Todos comprendían que ocurría algo muy serio. La partida inició la marcha hacia el monte. El sol comenzaba a ocultarse tras las crestas de la sierra. El «Tuerto» se les unió en seguida. En sus labios se dibujaba una sonrisa victoriosa. Todos caminaron en silencio. Manolo había decidido liquidar aquella misma tarde las cuentas con el «Tuerto». Sería reanudar un diálogo que inició su pistola en el «Paredón», en otra ocasión parecida. «Arras» era presa de una extraña agitación. El cuerpo medio desnudo de la muchacha y la sonrisa cínica, triunfante, del «Tuerto», se mezclaban en su imaginación en un aquelarre de odio y deseo. Odiaba al «Tuerto» por asesino y le odiaba por haber tenido en los brazos aquel cuerpo incitante, vislumbrado bajo las prendas interiores.

Cuando se vio en el centro de la espesura no pudo contenerse más. Se detuvo, echó al suelo la carga de sus espaldas, y se dirigió al «Tuerto» con los ojos llameantes de furia.

—¡Eres un canalla! Lo que has hecho hoy nos deshonra a todos, y no estoy dispuesto a consentirlo.

El «Tuerto» se descargó tranquilamente de su morral, se puso el fusil debajo del brazo derecho, y contestó con sonrisa despectiva:

—Me trae sin cuidado lo que digas. Las cuestiones de mujeres no tienen nada que ver con la lucha guerrillera. No porque otros no tengan nada de hombres, y no sepan o no puedan aprovechar a las mujeres, voy a hacer lo mismo.

«Arras» no aguantó más. Estaba en frente del «Tuerto». Cerca, con la «metralleta» en la mano, Manolo contemplaba inmóvil la escena.

—¿Que no soy un hombre? Ahora lo veremos. Hoy me voy a... en todos los tuertos del mundo.

«Arras» lleno de rabia se echó el fusil a la cara. El «Tuerto» fue más rápido. De un golpe le hizo saltar el arma por el aire, y en seguida, aprovechando su complexión más robusta, lo derribó de un empujón al suelo. Antes de que se levantara lo apuntó con su fusil y dijo:

—Ahora vamos a ver quién es más hombre.

En aquel momento empezó a disparar la «metralleta» de Manolo. A la primera ráfaga el «Tuerto» cayó al suelo. La «metralleta» siguió escupiendo balas; por su boca salía toda la venganza que pedían los hombres asesinados, las familias en la ruina, las mujeres violadas. Algunos disparos daban en el suelo y levantaban una nubecilla de polvo. Ellos le servían a Manolo para rectificar la puntería. El cuerpo tendido se movía a veces con la sacudida del plomo.

Un golpe seco le indicó que se había agotado el cargador. Lo cambió por otro y dirigió una mirada a su alrededor. «Arras» estaba de rodillas en el suelo, con la pistola en la mano. Los demás bandoleros, tendidos boca abajo, esperaban el resultado de aquel choque mortal.

Manolo se dirigió a los hombres del «Tuerto» y les gritó:

—Si alguno de vosotros tiene algo que decir que lo diga ahora.

Los dos hombres se levantaron. Miraron con temor el gesto implacable de Manolo y luego el cuerpo tendido del «Tuerto». El «Cuervo» comentó:

—El «Tuerto» debe de estar listo.

—Míralo —dijo Manolo—. Si no lo está, aún me quedan balas para acabarlo.

El «Cuervo» se acercó a su antiguo jefe y le movió con el pie.

—Está hecho una criba —fue su único comentario.

—Entonces, ¿qué decidís? —preguntó Manolo, la «metralleta» siempre hacia adelante.

—Hombre, Manolo; sí el «Tuerto» está muerto nosotros no le vamos a resucitar. Así que a rey muerto rey puesto. Si queréis nos quedamos con vosotros.

—Bueno, pero que quede bien claro que aquí no se hace más que lo que se mande. El que no esté conforme puede largarse con viento fresco.

El «Tropezón» corroboró a su compañero:

—Lo dicho. Nos quedamos.

«Arras» se acercó a Manolo y le estrechó la mano con emoción:

—Me has salvado la vida. No lo olvidaré nunca.

—Igual hubieras hecho tú por mí. Además era un placer matar a esa fiera. Ahora ya podemos actuar tranquilos.

Los bandoleros rodeaban el cadáver del «Tuerto». La atmósfera se había despejado. La mayoría de ellos se alegraban de lo que había ocurrido. Todos reconocían que Manolo era un jefe de cuidado. Lo único que había hecho mal era gastar tantas balas para matar a un hombre.

El «Cuervo» se dirigió a Manolo. En su actitud se notaba el respeto zalamero del perro que ha encontrado amo:

—¿Qué hacemos con eso? —y señalaba el cadáver.

—Escondedlo entre las jaras. Podéis repartiros su armamento y todo lo que tenga.

Los dos bandidos quitaron en un momento el correa y la pistola al muerto. El fusil se lo dieron a un hombre del «Tigre», armado con escopeta.

El «Tropezón» examinó la cazadora y dijo en voz alta:

—Lástima de cazadora. Está llena de agujeros.

En seguida le desgarró el forro y sacó de dentro un fajo de billetes. Había encontrado el escondite al primer intento. Más de una vez debía de haber meditado hacer aquella operación. Se volvió a Manolo con el dinero en la mano y preguntó con recelo:

—¿Para quién va a ser esto?

Manolo miró a «Arras». Este hizo un gesto de asco y contestó:

—Yo no quiero ni un céntimo de ese dinero. Repartidlo entre todos.

Los guerrilleros se pusieron alborozados en corro alrededor del «Tropezón». Este repartió los billetes como si fueran cartas de la baraja.

—¿Hemos acabado? —preguntó «Atrás».

El «Cuervo» echó una nueva ojeada al cadáver y dijo:

—Espera. Las botas.

Se arrodilló y empezó a desatar las botas del muerto. «Arras» dijo a Manolo con una sonrisa amarga:

—Los cuervos sobre la carroña. Estos son los hombres con que quiere la Junta Central hacer el ejército guerrillero...

Cuando el «Cuervo» acabó de calzarse se puso de pie. Contempló con satisfacción sus botas nuevas y dio unos pasos para comprobar que le venían bien. Luego se agachó, cogió las viejas y las echó encima del cadáver.

—Toma, «Tuerto», para que no puedas decir que te he dejado descalzo.

Tras el réquiem, la partida reanudó la marcha.

## CAPÍTULO XVII

Después de la muerte del «Tuerto», «Arras» propuso a Manolo un cambio de itinerario. Tenían víveres abundantes y le interesaba más la labor política que dedicarse a dar atracos. Su deseo era dirigirse al escondite de su multicopista. Manolo aceptó con agrado. El plan de «Arras» significaba permanecer más tiempo inactivos. La infamia a que dio lugar la anterior operación le hacía temer cualquier otra. La vida y la honra de las personas quedaban a merced del capricho de cualquiera de sus hombres. Aunque luego los matara a tiros, el mal quedaba consumado, irremediable.

«Arras» estaba impaciente por lanzar un nuevo número de «¡Adelante!». No era un narcisismo periodístico lo que le movía a ello; era el deseo de hacer algo noble por la causa, reconciliarse con su propio espíritu, avergonzado de lo que hacían.

Su afecto hacia Manolo crecía de día en día. Veía en él un hombre de su estilo y se desahogaba a su lado. En las largas horas que permanecían tendidos a la sombra del alto monte, en espera de las caminatas nocturnas, le fue abriendo el corazón. Le habló del romanticismo ideológico de sus primeros tiempos de comunista; de la alegría que le producía entonces proceder de una familia burguesa, que le garantizaba la pureza de sus ideales, pues nadie, ni él mismo, podía pensar que le había empujado al partido la esperanza de mejorar de posición o el afán de revancha. Personalmente perdía con la instauración del comunismo. Combatía por una clase que no era la suya, sin más móvil que el convencimiento de sus derechos a una sociedad más justa. Las primeras desilusiones las recibió al incorporarse al frente. Había soñado encontrar allí luchadores románticos como él, prestos a cualquier sacrificio por el triunfo, viviendo como hermanos en alegre y brava camaradería. En lugar de ello encontró hombres cansados de la lucha, desilusionados por las derrotas, egoístas, embrutecidos, sin otro afán que el de salvar unas vidas que veían en peligro, mientras que los dirigentes, los que les habían lanzado a aquella guerra sangrienta, llevaban en la retaguardia la vida burguesa que tanto habían censurado, o vivían espléndidamente en el extranjero con la excusa de misiones oficiales.

Reaccionó de aquel choque deprimente con las unidades de vanguardia pensando que la guerra era una cosa dura, y que hombres que llevaban mucho tiempo en la trinchera no podían conservar su espíritu ilusionado de neófito. Lo principal era luchar, y aquellos camaradas lo hacían.

Llegó la desbandada final, una derrota fulminante que le dejó desconcertado y sorprendido, pues nunca había dudado del triunfo, y entonces la ruindad y falta de escrúpulos que observó en los fugitivos estuvieron a punto de hacerle naufragar en un desesperado escepticismo. Tenía dieciocho años y pensó en suicidarse.

El destierro le salvó. En el extranjero empezó a hablarse de nuevo de derechos del pueblo, de lucha por el ideal, de reconquista de la nación. Con la nostalgia, los hombres parecían mejores. Estalló la guerra europea y luchó como voluntario en Flandes. Cerca de Arras, después de una tarde heroica, estuvo a punto de ser hecho prisionero por los alemanes. Aquella fue su última batalla en campo abierto. Al pasar a la clandestinidad adoptó aquel nombre; era como un símbolo.

En el «maquis» luchó lo mejor que supo. Entusiasmado con la victoria de su bando, fue de los que creyó que el Gobierno español se derrumbaría a las primeras ráfagas de «metralleta», que el pueblo esclavizado no esperaba más que la llegada de los exiliados para sublevarse en masa e instaurar una República que sería el camino hacia el socialismo. En vez de eso encontró en la frontera una defensa cerrada y enérgica que destrozó las unidades invasoras. Consiguió infiltrarse y, de nuevo en la clandestinidad, se encontró sorprendido por la hostilidad o el desprecio de la población civil. Nadie quería una nueva guerra. Su última esperanza, el último refugio, eran las unidades guerrilleras del centro de la Península, de cuya organización y audacia no se cansaba de hablar la propaganda del partido.

Aquel fue su último desengaño. En vez de guerrilleros románticos, de caballeros andantes de la causa, ídolos del pueblo, encontró unas cuadrillas de forajidos sin más ideal que el robo ni más moral que el egoísmo.

Manolo le escuchaba con simpatía. Comprendía el dolor de aquel espíritu noble, y hubiera deseado descubrirle su personalidad, para, sin hipocresías, como dos buenos amigos, discutir hasta cansarse, seguro de que «Arras», a punto de no creer en nada, acabaría por encontrar el camino de ideales que nunca desilusionan, ni aunque se viva entre la cobardía y las claudicaciones de los demás.

No se atrevió a hacerlo. No podía prever la reacción de «Arras» ante esta nueva sorpresa, y por querer salvar a un hombre podía perder a todos. Había que esperar al final, y luego, cuando todo hubiera acabado, echarle una mano y ayudarle a empezar una nueva vida.

Igual que a «Amapola». ¡Cómo se parecían! Era lástima que hubiera sido él y no «Arras» el que la hubiera enamorado. Junto a «Arras», Maruja podía encontrar la muerte. Junto a Manolo iba a encontrar la humillación de un amor robado con mentiras.

Mientras tanto, forzado a mentir, se limitaba a dar la razón a su amigo, sin comprometerse demasiado. Con frecuencia defendía algunos actos de los bandoleros, como lo hubiera hecho «Juanito».

«Arras» consideraba su periódico la última oportunidad de hacer algo por el partido. En él expondría sus sentimientos; crearía con su imaginación unas guerrillas ideales en las que los hombres serían lo que él había soñado. No se hacía ilusiones en cuanto al efecto que produciría en los guerrilleros, pero confiaba en que el camarada que lo leyera escondido en cualquier rincón de España, o aquel otro que quizá lo abriera emocionado en el extranjero, se sentiría reafirmado en su fe al ver que en los picachos de Castilla quedaban hombres capaces de sacrificar todo, incluso la vida, por el triunfo del ideal.

Manolo le echó encima un chorro de agua fría.

—Nadie te hará caso —le dijo—, es difícil ocultar la verdad; sobre todo cuando el enemigo posee todos los medios de propaganda.

«Arras» se quedó pensativo. Luego se encogió de hombros y dijo, como hablando consigo mismo:

—Aunque así sea, merecerá la pena haberlo intentado.

Junto a una casa de labor, bajo un montón de paja trillada, tenía «Arras» oculta una maleta. En ella había una máquina de escribir portátil, una multcopista y accesorios para editar el periódico.

Manolo comprendió que la labor iba para largo y él tenía prisa por enlazar con el caminero. Llegó a un arreglo con «Arras». Este se quedaría en la finca con la mitad de la fuerza dedicado a editar «¡Adelante!», y él, con la otra mitad, iría en busca del enlace, para preparar un atraco en aquella zona, que desde hacía tiempo estaba sin tocar. Después de la entrevista regresaría en su busca y acordarían el plan de operaciones.

Aquella misma noche emprendió la marcha acompañado del «Tigre» y de otros dos bandoleros. Se alegró de haberse separado de «Arras». Acostumbrados a estar siempre juntos hubiera sido difícil hablar a solas con el caminero. El «Tigre», adornado con un ángulo facial que hubiera hecho las delicias de Darwin, era fácil de engañar.

Un amanecer llegaron a la vista de la casilla. La blanca carretera con sus mojones y señales del tráfico contrastaba con la sierra salvaje y bravía que la rodeaba. Los bandoleros se echaron a dormir, protegidos por la vigilancia acostumbrada. Durante el día no se observó nada sospechoso. Al caminero se le vio ir y volver de su perezoso trabajo. Oscurecía cuando bajaron. Las jaras llegaban espesas hasta la misma cuneta. Manolo golpeó en una de las ventanas, que transparentaba luz.

—¿Quién es?

—Soy yo, Manolo.

—Ya voy.

El caminero abrió sin recelo. Le daba igual que fueran bandoleros que guardias. Todos eran amigos.

—¿Queréis pasar?

—No —dijo Manolo— Ven tú con nosotros.

El «Tigre» le acompañaba. Los otros dos montaban guardia, cada uno a un lado de la casa, dentro del monte. Manolo y sus acompañantes se internaron en la maleza. Le preguntó:

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, señor, muy bien. Una vez vino usted con el «Canario».

—¿A éste le conoces?

El caminero se acercó un poco al «Tigre», le miró y dijo:

—Sí. No se ve muy bien, pero me parece que es el «Tigre».

—Buena vista, amigo —rió el interesado.

—Ahora soy jefe del Estado Mayor de la División —continuó Manolo—. ¿Sabías que mataron al «Canario»?

—Algo había oído decir, pero nada seguro.

—Sí, le mataron a mi lado. Fue una lástima —Manolo hizo una pausa en homenaje al caído, luego siguió—: Tienes que preparar un buen golpe por aquí.

—Ustedes dirán lo que quieren.

—Pues lo de siempre. Un individuo de dinero al que pueda secuestrar sin mucha exposición, y escupa un buen montón de billetes. ¿Hay por aquí alguno en esas condiciones?

—Hombre... —el caminero se rascó la cabeza con gesto de duda—. Así, de momento, no sé de ninguno. Pero puedo enterarme y dentro de unos días informarles a ustedes.

—Muy bien. De momento no corre prisa. Prepáralo bien, que va recibirás tu parte. Sobre todo no te olvides de vigilar los movimientos de los guardias.

—Descuiden ustedes. Me enteraré de todo.

La entrevista había terminado. Manolo preguntó de repente:

—¿Qué tal agua tienes en casa?

—Muy buena, de una fuente que hay en la vaguada.

—Pues voy a echar un trago antes de irme.

Los tres hombres volvieron a la carretera. Al llegar a ella, Manolo le dijo al «Tigre»:

—Vigila desde aquí, no vayan a achicharrarme dentro. Luego entras tu, si tienes ganas.

En unión del caminero penetró en la casilla. El enlace vivía solo; no quería comprometer a su familia en un asunto tan peligroso. Manolo cerró la puerta y preguntó en voz baja:

—¿Sabes quién soy?

—Sí, señor.

—¿Hay algo para mí?

—Nada. Tengo orden de no enlazar con los guardias si no hay algo importante.

—¿Con quién enlazas?

—Directamente con el teniente. Es el único que lo sabe.

—Me alegro. Tienes que verle, y le dices que todo va bien. Volveré a verte con motivo del secuestro. Prepáralo de verdad, por si hiciera falta. Cuenta con el teniente. ¿Cómo se llama?

—Teniente González.

—¿Es un muchacho joven?

—Sí, señor. Algo así como usted.

Manolo se alegró. González era compañero suyo de promoción y un oficial magnífico. En sus manos estaba seguro.

—¿Se ven muchos guardias por el campo?

—Pocos, y de noche menos. Dicen que son unas normas nuevas de servicio, pero yo sé que es para que usted encuentre el camino libre.

—Estupendo. Hasta la vista, que ya estoy tardando mucho.

Echó un trago del botijo y salió. El «Tigre» entró después. Carmena vigiló mientras tanto la carretera. Aquella misma noche emprendían el regreso.

Dieron un rodeo y pasaron por una de las estafetas principales de la Agrupación. Estaba situada cerca de la casita de un hortelano. Consistía en una roca de gran tamaño situada en un encinar poco espeso, cerca de un arroyo. La roca, en su parte inferior, tenía una grieta profunda. Allí escondía el hortelano el correo que recibía de Madrid para la sierra, generalmente en mano, y ocultaba la abertura con piedras. La primera partida que pasaba recogía el correo y dejaba el suyo. El hortelano visitaba la estafeta todos los días, pero a los bandoleros no los veía nunca. Su misión no consistía más que en cambiar la correspondencia.

Las estafetas se habían convertido, a veces, en trampas mortales para los bandoleros. Por eso, antes de acercarse, las sometían a una minuciosa observación. Sabían que en otras, descubiertas por la Guardia Civil, habían sido aniquiladas las partidas que se aproximaron a ellas. El terreno, alrededor de la roca, era despejado y no permitía escondrijos. Seguros de que no había peligro, bajaron Manolo y el «Tigre». En la grieta encontraron un fajo de periódicos y algunas cartas. Una era para Manolo. La letra del sobre era femenina. Manolo la guardó con emoción en un bolsillo. Sólo podía ser de «Amapola».

Regresaron al monte. Para evitar sospechas, Manolo enseñó a los bandoleros el sobre de su carta.

—Es de la novia —les dijo, sonriente—. Voy a leerla en seguida. Entreteneos con los periódicos.

Sólo uno sabía leer. Empezó a hacerlo torpemente, en voz alta. El «Tigre», con los prismáticos colgados del cuello, montó guardia.

Manolo se tendió en el suelo, y contempló un rato el sobre sin abrirlo. Hasta entonces había rehuido todo lo posible pensar en Maruja, pero sin mucho éxito. Su imagen la tenía delante con frecuencia. Unas veces la traía la pasión y otras el remordimiento. La compañía de «Arras», que evitó su soledad de espíritu, le había ayudado a distraerse. Pero no a olvidar. A «Amapola» no podía ni quería olvidarla. No se atrevía a hacer proyectos para el futuro. Sabía que tenía que hacer algo por ella, pero no sabía qué.

Rompió el sobre. La carta estaba escrita en papel blanco, con una letra cuidada. Se alegró que Maruja escribiera bien. La carta decía:

«Querido Manolo:

»Hace sólo unos días que te fuiste, y ya te estoy escribiendo. Por mí lo hubiera hecho el mismo día de tu partida, pero era inútil. Aún ahora no se cuándo recibirás esta carta; sin embargo, siento al escribirla la sensación de que estoy hablando contigo, me parece que en cualquier momento voy a oír tu voz. ¿Por qué no podrás leerla ahora mismo, según la voy escribiendo? Es triste pensar que ni siquiera sé cuándo vas a recibirla. Si supiera el día fijo, por lejos que estuviera, estaría loca de alegría esperándolo, contando los días en el calendario, y cuando llegase me sentiría más unida a ti, segura de que nuestros pensamientos se juntarían en algún sitio.

»Desde que te marchaste todo ha cambiado para mí. Reconozco que es una cobardía, que no soy digna de ser la compañera de un hombre que ha dejado todo por la lucha, pero no puedo evitarlo. Te quiero y te quiero; sin ti la vida se ha vuelto vacía, absurda, carece de todo atractivo. ¿Dónde puedo ir que no me vea asaltada por tu recuerdo? Hemos recorrido juntos todo Madrid, y en cualquier calle, en cualquier paseo, en cualquier cine oigo el murmullo de tu voz, y siento la caricia de tus besos. Y tú no estás.

»Cuando me cruzo en esas calles con guardias civiles o con oficiales del Ejército, o veo los bares elegantes repletos de burgueses viciosos, me siento revuelta de odio al pensar que mientras ellos, asesinos y explotadores del pueblo, gozan con tranquilidad de la vida, van donde quieren y duermen en sus casas, tú, uno de los mejores hombres que quedan en España, te ves obligado a vivir escondido en la sierra, expuesto a quedar acribillado a balazos al pie de cualquier risco.

»El pensamiento de que puedes morir me llena de angustia. Algunas noches lo sueño y me despierto llorando. Lo triste es que luego no encuentro consuelo. Conozco el ejemplo de mujeres comunistas que no han dudado en sacrificar a sus maridos o a sus hijos en aras de la causa. Yo soy más débil. Yo sólo quiero que vuelvas. Si es posible victorioso, y si no... Aunque sea vencido, destrozado, con tal de que vivas y yo pueda curarte en mis brazos.

»Para distraerme y ser digna de ti, trabajo lo que puedo por nuestra causa. ¡Cómo me gusta llamar «nuestro» a algo! ¿Llamaremos alguna vez así a un niño que tenga tus ojos y tu sonrisa? No quiero seguir por este camino. Es abrir más heridas.

»Pese a mis buenos deseos aquí hay poco que hacer. Se trabaja bajo el signo del miedo y la actividad es cada vez menor. Con muchas regiones se ha perdido el contacto por completo. Yo no me desanimo; me basta recordar lo que tú estás haciendo para desear ayudarte desde aquí lo que pueda.

»Desde que te conozco noto que soy más comunista que antes. Me hubiera bastado conocerte para amar la causa por que luchas. He pensado mucho en la coincidencia de nuestros destinos. Parece que nacimos bajo el mismo signo, un signo formado por la hoz y el martillo. Sólo tienes que recordar a nuestros padres. Los dos cayeron en la lucha contra el fascismo y la opresión. Yo no sé si habrá algo después de esta vida, como dicen los cristianos, pero a veces me es dulce pensar, que allá, donde sea, se han reunido nuestros padres y sonríen felices al ver a sus hijos amándose y continuando la lucha que ellos empezaron.

»No puedes figurarte los deseos que siento de ir a tu lado. No lo hago porque sé que en las guerrillas las mujeres no servimos más que de motivo de disgustos. Si fuera un ejército regular como el que algún día tendremos, no lo dudaría ni un momento. De todas formas haré lo posible por ir a verte algún día.

»¿Te acuerdas de mí? No me olvides nunca. En el instante en que quieras, no tienes más que mirar a tu lado y allí me encontrarás, arrebujada contra ti, esperando que me mires para sonreírte.

»Deseo que esta carta no te produzca tristeza. Carece de la alegría que hubiera querido darle, pero no me ha sido posible. Comprende que lleva mis lágrimas de estos días. A pesar de lo que haya podido decirte, no dudes que mi mayor deseo es que te comportes con el valor y entereza con que siempre lo has hecho. Yo seguiré, a pesar de mi debilidad, tu ejemplo. Si pudiéramos morir los dos juntos no temería a nada. Escríbeme en seguida, en cuanto leas esta carta, aun así, quién sabe cuándo la recibiré. Serán eternos los días que tarde

en llegar tu contestación. Hasta la próxima, recibe un montón de besos de tu compañera que te quiere más que a su vida,

«Amapola.»

La lectura de la carta llenó a Manolo de amargura. ¡Cómo habría deseado en otras circunstancias recibir una carta así! Pero en esta situación falsa, cuanto más enamorada veía a Maruja, más se avergonzaba de sí mismo. Aquella alusión a los padres muertos por la misma causa era demasiado, se convertía en una burla sangrienta.

Algún día lo tendría que saber; ella, que era más comunista desde que conocía a Manolo. Al pensarlo se le enrojecía la cara y, tendido boca abajo, la ocultaba contra la tierra húmeda, queriendo borrar todo pensamiento, aniquilarse, desaparecer. Pero allí estaba la carta, apretada en su mano, con los claros renglones escritos por una mujer enamorada, dispuesta a todos los sacrificios. Había que hacer algo, no bastaba con cerrar los ojos. Lo mejor era contestarla como pedía. No hacerlo sería una crueldad. Escribirle, prolongar el engaño; pero como éste había de durar algún tiempo, mejor sería que aquellos días los pasara con la ilusión de una carta que con la angustia de la espera constante.

Varias veces empezó y tuvo que dejarlo. Su mano se negaba a escribir nuevas mentiras, encontraba una resistencia invencible en todo su organismo. No podía mentir más. Una de las veces había empezado:

«Quiera Dios que algún día...»

Se dio cuenta de lo impropio de la frase y rompió el papel en trozos menudos. Por último, se decidió a escribir una carta en la que el espíritu al menos fuera verdad. Sería su despedida de Maruja; el final de una novela desgraciada, cuyo recuerdo le haría sonrojarse toda la vida. Escribió:

«Querida «Amapola»: Ya estás junto a mí. Por la fecha puedes calcular lo que ha tardado tu carta, seguramente menos de lo que temías y más de lo que yo deseaba. Acabo de recogerla y te contesto al pie mismo de la estafeta, para que vuelva por igual conducto y esté en tu poder cuanto antes.

»Tu carta me ha producido la alegría indecible de ver cómo me amas, y también una tristeza amarga. Sí, «Amapola», me ha producido tristeza, no porque me desanime como temes, sino porque al leerla me he dado cuenta, una vez más, de la tragedia que para ti ha supuesto conocerme. Embebidos los dos en una guerra a muerte que nos mantiene separados día tras día, no nos queda otra esperanza que un victorioso y rápido final de la lucha. El ser vencido significa ser muerto. Y ese final victorioso, tú sabes de sobra que no se vislumbra por ahora. No creas que paso por un momento de depresión; te hablo con la objetividad de un hombre acostumbrado a mirar de cara los acontecimientos, y que no intenta engañarse ni engañarte. Por mí me da lo mismo. Hace tiempo, en nuestra guerra civil, pude quedar tendido en cualquier trinchera como quedaron otros mejores. Los años que he vivido después han sido una propina, y el solo hecho de haberte encontrado, una compensación de todas las amarguras y dolores. Te repito que no es mi futuro lo que me preocupa, sino tú. Eres joven y, sin embargo, no has conocido de la vida más que sufrimientos y odios. Mereces una suerte mejor, y confío en que algún día la consigas.

»Por eso, en esta primera carta, que quizá pueda ser la última, quiero hacerte una súplica, con el derecho que me da a ello nuestro amor. Si ocurriera algo irremediable, si aunque con el corazón desgarrado te vieras obligada a prescindir de mí, deseo que resistas la nueva adversidad con ese valor admirable que has demostrado hasta ahora, y no dudes en forjarte un nuevo porvenir. Estoy seguro de que, de faltarte yo, siempre podrás encontrar un hombre honrado, enamorado de ti, que te dé la felicidad que a nosotros, al menos hoy, nos niega la vida.

»Y cualquiera que sea el futuro, ten siempre presente que, en este momento en el que te escribo, lejos de ti, sin apasionamientos, con ese realismo que proporciona el mirar de frente a la muerte, puedo asegurarte que te quiero con mejor amor que nunca, con un amor que sólo lamenta que no haya para nosotros un rincón en el mundo donde poder ocultarnos, sin más ambición que la de sonreírnos.

»No tengo tiempo de extenderme más, ni ganas de abordar otros temas. Si tuviera ocasión de volver a escribirte espero que mi próxima carta lleve la alegría suficiente para secar tus lágrimas. Hoy te tendrás que conformar, y sé que para ti es bastante, con saber que sólo el deber me mantiene separado de ti, y que, a pesar de todo, te quiero más que nunca.

Manolo.»

Antes de guardar la carta en el sobre la besó. Hubiera deseado disponer del poder de un mago para conseguir que «Amapola» no llorase nunca.

Bajó lentamente a depositar la carta en la estafeta. Un viento fresco le azotaba la cara, las jaras se movían con un rumor cantarín. Un águila se mantenía inmóvil en lo alto, de cara al viento. Todo era paz. Le pareció, sin saber por qué, que la Naturaleza era feliz, y que, en medio de aquella felicidad insensible y despreocupada, su angustia era más dolorosa.

## CAPÍTULO XVIII

Cuando Manolo volvió a reunirse con «Arras» ya estaba terminada la confección del periódico. «Arras» había hecho todo, desde escribir el texto a coser las hojas. Después de cambiar impresiones con Manolo, le ofreció un número.

—No lo leas como guerrillero de esta Agrupación. Hazte la cuenta de que eres un camarada que vive en Madrid o en Francia y no sabe a ciencia cierta lo que ocurre en la sierra. Luego dime lo que te parece.

El periódico era pequeño. Constaba de dos hojas de tamaño folio. El texto iba a dos columnas y conservaba, en lo posible, el estilo de la prensa diaria, con las limitaciones que imponía no poseer más tipos de letras que los de la máquina de escribir. En el encabezamiento aparecía dibujado a pluma un fornido guerrillero, el tórax desnudo, con unos pectorales soberbios y un fusil enarbolado. A su lado ocupaba todo el ancho en letras grandes, escritas también a pluma, el título: «¡ADELANTE!».

El dibujo era ingenuo. Recordaba esos otros que se publican en algunas revistas infantiles que dice: Pepito, doce años. Algeciras.

A continuación del título, debajo del número y de la fecha, aparecía un subtítulo pomposo muy del gusto de «Juanito»: «Boletín del Alto Mando de la VI Agrupación Guerrillera».

En el texto, «Arras» se había desahogado. Decepcionado por la triste realidad había hecho surgir de la multicopista un ejército guerrillero nuevo, donde todo ocurría según los ensueños de su fantasía.

La primera página estaba ocupada íntegramente por el editorial, aunque allí editorial era todo. Con un estilo vibrante y combativo atacaba al Régimen y a sus fuerzas de orden público, excitaba a las masas a la rebelión, saludaba a los guerrilleros de las restantes Agrupaciones y juraba continuar la lucha implacablemente hasta la muerte o la victoria.

El resto del periódico estaba dedicado a las noticias. En ellas las cuadrillas de bandoleros adquirían el carácter de Divisiones o de Ejércitos. Un atraco de una finca, logrado sin resistencia, se convertía en «sangriento combate ganado por nuestras fuerzas».

La huida de una partida ante los fusiles de la Guardia Civil, en «retirada de nuestras fuerzas sin bajas, tras dura lucha, a sus bases de partida».

Y si aquel ejército fantasma, que nadie había visto, no conseguía en la realidad una sola victoria en la sierra, por obra de «Arras» podía conseguir las lejanas ciudades o en países extranjeros donde su eventual lectura pudiera hacer creer que la guerra civil en España era un hecho. Así se leían noticias de este tipo:

«Agrupación de Extremadura y Centro: Expediciones de castigo enviadas contra los guerrilleros sufrieron en los últimos meses cuatrocientas bajas. Los guerrilleros se apoderaron de un convoy de víveres y municiones.»

«Agrupación de Levante: Una unidad guerrillera ha tomado por asalto el nuevo cuartel de la Guardia Civil de Alicante. Después de ajusticiar a cinco guardias falangistas procedió a incendiar el edificio. En esta operación sólo tuvimos dos heridos.»

La ocupación de Cascajera, en que intervino Manolo, también aparecía, a pesar del tiempo transcurrido, en aquel fantástico parte de operaciones.

«Parte especial de la Agrupación de Extremadura y Centro: Una operación combinada de las Divisiones de esta heroica Agrupación, al mando del jefe de la misma, ha dado por resultado la toma, tras dura lucha, del pueblo de Cascajera, el más importante reducto de las fuerzas represivas de aquella zona. Después de aniquilar el destacamento de la Guardia Civil, compuesto de más de setenta hombres al mando de dos oficiales, se procedió a nombrar nuevo Ayuntamiento. Por el Tribunal Popular, constituido al efecto, fueron condenados a muerte y ejecutados dos asesinos falangistas. A continuación, los guerrilleros repartieron los víveres de los acaparadores falangistas entre la población hambrienta.»

—¿Qué te parece? —le preguntó «Arras», cuando vio que Manolo había acabado de leer el periódico.

—Formidable, chico. Esto va a causar sensación.

—Eso deseo. Pero reconoce que es un poco triste tener que hacer con la máquina de escribir lo que no somos capaces de conseguir con los fusiles.

Se quedó pensativo mirando a un grupo de bandoleros que charlaban tendidos sobre la paja. Luego preguntó:

—¿Qué crees que diría de esto el «Cuervo» si supiera leer?

—No te preocupes; no diría nada. Se limitaría a graznar.

Aquella noche se puso la partida en movimiento. Su misión inmediata era de propaganda. Guardaron algunos números para «Juanito», los restantes los dejaban en las estafetas, a los enlaces, en las proximidades de los caseríos. Comían sobre el terreno.

Una mañana se les vino a las manos un joven propietario. Había salido a dar un paseo a caballo y Manolo le capturó sin dificultad. Se alegró de aquella suerte. Carecían de dinero y su resistencia a dar golpes económicos podía hacerse sospechosa. El atraco preparado por el caminero lo reservaba para un momento oportuno; era la forma de tener siempre un pretexto para ir a verle. Por aquel joven cobró cuarenta mil pesetas. «Arras» quedó encantado de la forma enérgica y limpia con que Manolo llevó a cabo el secuestro, sin titubeos ni violencias inútiles. Pensó que con unos cientos de hombres como Manolo se harían unas guerrillas invencibles.

Manolo, de acuerdo con «Arras», repartió el dinero en la forma que acostumbraba el «Canario». A cada bandolero le dio mil pesetas y cinco mil al «Tigre» para los gastos de la partida. El se reservó otras cinco mil para tener dinero disponible. Dado su cargo de jefe de Estado Mayor, a nadie le pareció mal. El resto se lo entregó a «Arras», que liquidaría con «Juanito», si para entonces quedaba algo.

Los bandoleros estaban encantados con su nuevo mando. Trabajaban poco, no carecían de nada y aún no habían tenido que huir de los guardias civiles.

Después del secuestro iniciaron una rápida retirada de aquella zona. Al hacerse de día aún seguían caminando por la espesura. Manolo iba en cabeza, de guía, detrás «Arras», luego los bandoleros en columna de a uno. El «Tigre» cerraba la marcha.

De pronto sonó un disparo. La columna se deshizo con la rapidez de un relámpago. Cada hombre corrió en una dirección, alocados, sin saber dónde iban, sin otro pensamiento que el de ocultarse y poner tierra por medio. Manolo, en su huida, tropezó y cayó. Al levantarse oyó voces. Era el «Tigre», que gritaba:

—¡Venid! ¡No corráis! ¡He sido yo! Se me ha disparado el fusil sin querer.

Uno a uno regresaron los bandoleros. Pasado el susto todos se reían. Alguno dirigió palabras gruesas al «Tigre». Manolo vino cojeando. Al caerse se había clavado en una pierna la rama seca de una jara. Sentado en una piedra se remangó el pantalón. La herida era profunda y sangraba bastante. «Arras» se arrodilló a su lado, lavó la herida con agua de la cantimplora y la vendó con su cura individual. Mientras lo hacía, comentaba con burla:

—Desde luego hemos demostrado ser unos héroes. ¡Qué forma de correr al primer tiro!

—¿Que querías que hiciéramos? No íbamos a dejar que nos achicharraran. Nuestra defensa en la sierra está en correr cuando hace falta.

—Sí. La flamenquería la dejamos para asustar a las mujeres en los cortijos. Bueno, esto ya está. Mira a ver si puedes andar.

La herida era molesta. Sin embargo, Manolo podía continuar la marcha, aunque más despacio. Por las noches hacía frío y se dirigían hacia uno de los campamentos fijos, donde podrían dormir en chozos calientes, ocultos en una espesura cerrada. Allí descansarían mientras les quedase dinero, en espera de las noticias de «Juanito».

Con las marchas se hinchó la herida de Manolo. «Arras» se comportaba con él como podía haberlo hecho un hermano. Aunque no era muy fuerte le llevaba la «metralleta» y el morral. Iba pendiente de él, y al menor síntoma de fatiga o dolor mandaba hacer alto. En los descansos le acondicionaba la pierna en la forma que quedase más cómoda y le arropaba con la manta. Luego se echaba a su lado y le distraía con su charla agradable y soñadora. El espíritu de Manolo se llenaba de cariño y gratitud. Cada día le quería más, y se juró hacer todo lo posible por salvarle.

Gracias a los constantes cuidados de «Arras», la herida no se infectó. Una vez en el reposo del campamento cicatrizó en seguida. Con ello recobró Manolo el ánimo que había perdido. La herida le había hecho pasar unos días de pesimismo. Temió que llegara entonces la orden de reunión y no estar en condiciones de poder actuar. Ello suponía otra espera de duración desconocida, el resultado siempre a merced del azar. Además se le hacía insoportable aquella vida agotadora y áspera, siempre escondido,

siempre cargado como un burro, siempre con el cuerpo y el alma en tensión, siempre con la mentira en la boca, siempre con el temor de ver cometer, impotente, crímenes vergonzosos. Quería volver a la civilización, ser un ciudadano como otro cualquiera, con sus horas de trabajo y sus horas de placer, ver a los padres ancianos. Sobre todo, quería acabar.

Algunos días después llegó al campamento la partida del «Aviador». Habían acompañado a «Juanito» en su visita a las serranías andaluzas y regresaban a su División con órdenes del jefe de la Agrupación. Iba a celebrarse una reunión de mandos. Asistirían todos los jefes de División con sus Estados Mayores y los de guerrilla más caracterizados. También asistiría una representación de las guerrillas andaluzas limítrofes. «Juanito» intentaba asumir el mando táctico de aquellas fuerzas. En la reunión se acordaría un plan de acción para el invierno, de acuerdo con las normas de la Junta Central de Resistencia.

Las órdenes eran concretas. Una reunión de tal envergadura no la convocaba «Juanito» con peligrosa precipitación. Había estudiado todas las posibilidades y tomado todas las precauciones necesarias. Faltaba medio mes para la fecha señalada; con ello se daba un margen de tiempo suficiente a las partidas para que pudieran cumplir la orden. A la primera noticia que se recibiera de la captura de cualquier bandolero quedaba automáticamente suspendida. La reunión no era esta vez al aire, sino en una finca de campo de toda garantía, la de la novia de «Juanito». Hacía frío y no quería verse en la necesidad de tener que encender hogueras. Se acudiría a ella por la noche; durante el día se trataría de asuntos de interés, y al oscurecer cada grupo regresaría a su zona. Sólo asistirían los mandos para evitar una concentración excesivamente numerosa en la casa. Una docena de hombres podían ocultarse bien; más sería peligroso. El resto de las partidas quedaría acampado en el punto que mejor le viniera a cada jefe. Debían permanecer en completa inactividad, ir provistos de víveres suficientes y no hacerse visibles por ningún motivo hasta la dislocación de la reunión. Se esperaba la asistencia de un enlace de la Junta Central.

«Juanito» vivía los días más felices de su existencia. Al manejar Divisiones se olvidaba de que cada una estaba compuesta por dos docenas de bandoleros. El se veía ya, como un nuevo Tito, entrando en Madrid a la cabeza de un ejército invencible.

Manolo recibió la noticia con viva emoción. ¡Aún faltaban dieciséis días! El plazo le pareció excesivamente largo. En tanto tiempo era probable que ocurriera algo que lo estropeará todo. Su única esperanza estribaba en que las partidas no actuaran. Al «Aviador» le interrogó detenidamente, basta dejar aclarada toda la orden. Este había tomado notas en una libreta, gracias a la cual no se olvidó de ningún extremo. Dado que tenía tiempo suficiente, Manolo decidió obrar con calma, tras detenida meditación, sin dejarse llevar de los nervios ni del afán, casi incontenible, de acabar cuanto antes. ¡Por fin veía un límite a su aventura!

Mientras los jefes hablaban, las dos partidas se habían mezclado. Actuaban juntas con frecuencia, y casi todos eran amigos. Reunidos se creían más a seguro. Había dos centinelas, uno por partida. Sentados en un solo grupo se contaban sus andanzas. La muerte del «Tuerto» fue uno de los episodios más comentados.

Cuando los jefes acabaron, se sentaron entre los demás. Los recién venidos contaban sus impresiones de Andalucía. Allí, las cosas iban mal. Desde la muerte del jefe de la Agrupación no se acertaba ni una. Otros cinco guerrilleros habían muerto desde entonces a tiros. A otro se le hizo prisionero por los guardias, cantó y toda la zona quedó «quemada». Gracias a ello «Juanito» había sido bien recibido, y seguramente muchos se vendrían con él. Por lo menos hasta que pasase la tormenta.

El «Tigre» preguntó al «Aviador» con risa burlona:

—Supongo que a la vuelta pasaríais por casa de Pascual.

Sus hombres se echaron a reír a carcajadas, con los ojos llenos de malicia. Los otros también se reían. El «Aviador» contestó:

—Naturalmente. Es parada obligatoria.

—¿Qué tal la Juanina?

—Tan buena como siempre.

Una carcajada general acogió la contestación. Manolo estaba intrigado; no conocía aquella parte de la provincia, y nunca había oído hablar del tal Pascual ni de la Juanina.

—¿Quién es esa Juanina? —preguntó al «Aviador».

—La mujer de un enlace —le contestó de mala gana.

—Y la novia de todos los guerrilleros —dijo otro.

Las risas continuaban. Manolo seguía extrañado. Nunca había encontrado tan enigmáticos a aquellos hombres tratándose de mujeres. En seguida lo cacareaban todo.

—Pero vamos a ver, ¿novia en qué sentido?

—¿En qué sentido va a ser? —dijo el «Tigre»—. En cuanto llega allí una partida se acuesta en el acto con todo el que quiere.

—¿Y el marido? ¿Qué hace mientras tanto el marido?

—¿Qué va a hacer? Pues guardia —dijo riendo el «Aviador»—. Esta vez, cuando hemos llegado, le he dado un fusil y le he dicho: «Anda, Pascual, ponte a vigilar en la puerta, que nosotros estamos cansados. Mucho ojo con los civiles». Y allí se ha estado hasta que hemos acabado todos.

—¿Todos? —preguntó Manolo, asombrado.

—Naturalmente. No íbamos a ser unos más que otros.

Las risas arreciaban. La gente del «Tigre» era la que lo hacía con más ganas. Los otros, en cambio, no parecían demasiado satisfechos de su éxito amoroso colectivo. Manolo quiso desentrañar aquel misterio.

—Y ¿es joven esa Juanina?

Las risas se hicieron estrepitosas.

—No. No es muy joven.

—¿Qué más quisiera ella!

—Desde luego las hay más viejas.

Todos hablaban a la vez. Los hombres del «Tigre», se entiende; los otros se limitaban a sonreír. Manolo quiso concretar. Preguntó de nuevo al «Aviador».

—Dime, ¿tendrá treinta años?

—Más. Debe de tener más.

—¿Cuarenta?

El «Aviador» se encogió de hombros. Los demás le miraban con cara burlona, esperando su contestación. Por fin dijo de mala gana:

—Algo más.

Manolo y «Arras» ya no pudieron contener la risa. Estallaron en una carcajada, a la que se unió el resto de los bandoleros. Manolo acabó su cruel interrogatorio.

—Entonces, ¿tendrá cincuenta años?

—Yo no lo sé. Algo así tendrá.

Los de la partida del «Aviador» se reían un poco molestos. Los demás a carcajadas. El «Aviador», amoscado, le dijo al «Tigre»:

—No sé por qué te ríes tanto. Vosotros también habéis visitado a la Juanina.

—Sí, pero hace más de un año que no hemos vuelto. La última vez nos salieron unos granos a todos y la cogimos asco.

«Arras» le dijo al «Tigre» con gesto burlón:

—Eres un mal compañero. Te guardas los momios para ti solo, y a Manolo y a mí que nos parta un rayo.

Su broma disipó el mal humor del «Aviador», que ya estaba nervioso con tanta chanza. Ahora se reía también, con ganas.

Aquella noche se habló de mujeres. Poco más o menos igual que todas.

Al día siguiente propuso Manolo aproximarse a la casilla de camineros con objeto de dar el golpe que tenían en preparación. Así obtendrían dinero suficiente para vivir inactivos hasta después de la reunión. Del atraco podían salir en dirección al punto de cita.

Con arreglo a la inveterada costumbre de los bandoleros, la propuesta fue ampliamente discutida. Cada uno tuvo que hacer oír su opinión, aunque no tuviera ninguna. Las largas horas de campamento eran aburridas y una discusión las animaba mucho. Sin embargo, la mayoría de las veces ya se sabía de antemano lo que se iba a acabar acordando. Manolo se acostumbró a estos remedos parlamentarios durante el tiempo que actuó en la partida del «Canario». De él había aprendido, entre otras muchas cosas, a no oponerse nunca de frente a los bandoleros. Era mejor dejarles hablar a su gusto, como si a uno le tuviera sin cuidado la solución. Cuando ellos veían que el jefe en el que tenían con fianza se despreocupaba del tema, siempre acababan por pedirle el

parecer, que, en definitiva, era el que se seguía. «Arras» se alineaba al lado de Manolo, no sólo por afecto, sino porque le indignaba que un «Cuervo» o un «Tigre», desprovistos de todo asomo de inteligencia, quisieran discutir con él de igual a igual.

Aquella vez ocurrió lo de siempre, y se aprobó el plan de Manolo. A la noche siguiente las partidas se ponían en marcha. Para un secuestro sencillo eran demasiada gente; sin embargo, Manolo se los llevó a todos en la seguridad de que encontraría toda clase de facilidades para dar aquel golpe. El teniente coronel tendría tanto interés como él en que saliera bien. La víctima sería resarcida de su perjuicio económico. Prefería conservar reunida toda la gente. Así conseguía que durante aquellos días no cometieran nuevos desmanes, y al final los dejaría acampados juntos, con lo que sería más fácil su captura.

Desde que recibió la orden de «Juanito», no había cesado de elaborar un plan seguro. Una tras otra fue repasando las ventajas e inconvenientes, hasta que plasmó el que le parecía más práctico y sencillo. Cuando llegaron a la vista de la casilla de camineros tenía el problema resuelto.

Las partidas acamparon en la espesura, en la parte alta de la sierra. Una vez instalados, Manolo le dijo a «Arras» en voz alta:

—Voy a aprovechar la ocasión para escribir a mi novia. El caminero irá seguramente al pueblo con frecuencia y puede echar la carta como si fuera suya. Si no te importa me voy a separar un poco. Ya sabes que los enamorados tenemos nuestras rarezas. Necesitamos estar solos hasta para escribir.

«Arras» le golpeó en la espalda y le contestó sonriente:

—Anda, hombre, no guardes cumplidos. Todos quisiéramos poder tener una novia como la tuya. Salúdala de parte mía.

«Arras» no conocía a «Amapola»; pero entre los bandoleros se hablaba con tanta admiración de ella, que había llegado a alcanzar la categoría de un mito. Gracias a ello se consideraba aún más a Manolo.

Este se sentó sobre una manta doblada, la espalda contra una encina, y comenzó a escribir. Lo hizo seguido, sin dudar ni corregirse. En realidad, hacía ya varios días que llevaba el parte redactado en su imaginación. Escribió:

«Del teniente Carmena, frente a la casilla número 17, al jefe de la Comandancia de la Guardia Civil.

»El día 18 de los corrientes se celebrará una reunión de todos los mandos de la llamada VI Agrupación Guerrillera, a la que acudirán algunos pertenecientes a las partidas andaluzas limítrofes. El lugar designado es el cortijo de la «Esmeralda», en las proximidades del pueblo de Olivares. Los restantes bandoleros quedarán acampados a voluntad de sus jefes respectivos, sin que, de momento, sea posible prever el lugar del emplazamiento. No obstante, se puede considerar como posible, atendiendo las direcciones de marcha y costumbres de otras veces, los siguientes:

»(A continuación daba los datos suficientes para localizar sus propias partidas, y los probables de otras varias de la Agrupación.)

»Para conseguir el aniquilamiento de estas partidas se deben tener preparadas fuerzas suficientes, dotadas de medios rápidos de locomoción, en puntos estratégicos con arreglo a los datos que más arriba se facilitan, las cuales cercarán sus objetivos tan pronto se reciba la noticia de la captura o muerte de los jefes de las mismas.

»Estos tienen que llegar al cortijo durante la noche del día 17, permanecerán reunidos en el mismo el día 18 y se retirarán al anochecer de ese día, aunque es posible que si alguno llega con ropa adecuada pueda hacerlo durante el día, en especial un enlace que se espera de Madrid y al que sería conveniente capturar vivo.

»Con objeto de evitar que una prematura disolución de la reunión hiciera fracasar el servicio, tardaré lo más posible en acudir a ella, proponiéndome hacerlo poco antes del amanecer del día 18, para obligar a los demás a que me esperen.

»Mientras tanto se debe tener preparado un cerco total del cortijo. Las fuerzas encargadas de hacerlo deben dejar durante la noche del día 17 libres todos los accesos a la casa, para permitir el paso a cualquier individuo o grupo de individuos que se dirijan a ella. Al empezar el día será la ocasión de efectuar, con el debido sigilo, el cerco de la misma. Tan pronto como la visibilidad sea suficiente, el oficial que suscribe saldrá del cortijo con cualquier pretexto, y se dirigirá, en la forma que exijan las circunstancias, a unirse a las fuerzas más próximas, que deben estar prevenidas. A continuación se podrá conminar la rendición a los bandoleros. Para aniquilar cualquier resistencia y evitar en lo posible bajas propias, convendría disponer de armas pesadas, en especial morteros, que harían inútil cualquier intento de resistir.

»Si pasado un tiempo prudencial, después de amanecido, el oficial que suscribe no sale del cortijo, o se sintieran dentro del mismo disparos, o se viera otras señales que hagan sospechar que el plan antes expuesto ha sido frustrado, nuestra fuerza debe actuar con rapidez en la forma que se juzgue más conveniente.

»Dada la importancia de este parte, ruego se me acuse recibo del mismo y se me diga si está conforme con el plan expuesto. El acuse de recibo debe venir del puño y letra de alguna de las personas cuya letra conozca.»

Puso la fecha y firmó. Luego levantó la cabeza y miró a «Arras». Este le sonrió con afecto. Manolo escribió debajo de la firma:

«Nota: Si me ocurriera algo imprevisto, le ruego haga todo lo posible por salvar al jefe de la División, conocido por «Arras». Es una magnífica persona que no ha cometido ni inspirado ningún crimen o violencia. Conmigo se ha comportado en forma que me obliga al agradecimiento. Tengo la seguridad de que tan pronto comprenda la verdad podrá compensar a la Patria del daño que por su ceguera le haya hecho.»

Al terminar volvió a sonreír a «Arras». Le salvaría como fuese. No tenía inconveniente en comparecer en su defensa ante el Consejo de Guerra.

—Se me olvidaba dar a «Amapola» tus recuerdos —le dijo.

Cerró el parte en un sobre. Escribió encima el nombre de Maruja y unas señas cualquiera.

Por la noche se entrevistó con el caminero. El secuestro estaba preparado. Con tanto detalle, que al propietario le había intervenido el teniente González las escopetas, alegando una supuesta infracción a la ley de Armas y Explosivos. Manolo le entregó la carta.

—Mañana mismo me llevas esta carta al correo. Es muy urgente —le dijo.

Y en la primera ocasión que encontró le aclaró en voz baja:

—La carta es para el teniente. ¿Has oído?

El enlace asintió con la cabeza.

Al día siguiente le vieron ir al pueblo en bicicleta. Por la noche se entrevistó otra vez con los bandoleros.

—Todo va bien —les dijo—. Apenas hay guardias en el pueblo y la finca está poco vigilada. Es cuestión de que observen ustedes un poco nada más.

Manolo premió al enlace con quinientas pesetas. El «Aviador» le prometió otras tantas si el secuestro se producía.

El caminero entregó sin dificultades un papel a Manolo. Estaban al pie de la carretera y la noche era oscura. Manolo entró en la casilla a beber agua. Desplegó el papel y lo leyó a la luz del candil:

«Recibido tu parte. De acuerdo en todo. Suerte y un abrazo.

González.»

Manolo acercó el papel a la llama y lo sostuvo con los dedos mientras ardía. Luego salió, se unió a los bandoleros y regresó al monte.

## CAPÍTULO XIX

«La Esmeralda» era una de las fincas más productivas de la región. Comprendía tierras de labor de inmejorable calidad, pastos abundantes y encinares extensos, que llegaban hasta las laderas de las sierras vecinas. La explotaba Hipólito, un arrendatario de antecedentes políticos y morales intachables. Durante la guerra civil fue perseguido por los rojos, desposeído de sus bienes, encarcelado y casi fusilado. Al liberarse su pueblo recobró lo que pudo de sus antiguos bienes, y gracias a un tesón infatigable en el trabajo y a una economía sórdida restauró rápidamente su fortuna. Después tomó en arrendamiento «La Esmeralda», invirtió el dinero de que disponía en ganado y aperos, y estaba sacando al cortijo un rendimiento colosal.

Una tarde «Juanito» secuestró en la finca a un hijo suyo de dieciséis años. El padre llevó para su rescate el dinero de que disponía a la sazón, unas seis mil pesetas. Era poco, pero prometió entregarle más dinero cuando volviera por allí. Los bandoleros aceptaron y soltaron al muchacho. Hipólito pensó al principio dar cuenta a la Guardia Civil y refugiarse bajo su protección, pero luego temió poner en peligro sus ganados y cosechas si los bandoleros se enteraban. Hizo cuentas y prefirió liquidar el asunto con unos miles de duros y quedar a bien con todos. Mucho le dolió soltar el dinero, pero la finca le daría mucho más, sólo con la recolección. La familia se conjuró para guardar el secreto y consiguió hacerlo, a pesar de ser numerosa.

«Juanito» volvió algún tiempo después, y tuvo suerte. En vez de encontrarse con una emboscada de guardias civiles, tan fácil de preparar, se encontró con un fajo de billetes. Aquél fue el principio de una larga serie de contactos entre los bandoleros y el cortijo. «La Esmeralda» era un refugio ideal. Sus moradores gozaban de la confianza de la Guardia Civil, allí descansaban con frecuencia las parejas de servicio durante sus fatigosas correrías. Eran apreciados, en general, por la población rural, y tenían fama de ser una de las familias más adictas al régimen.

«Juanito» no volvió a pedir dinero. Prefería encontrar las puertas abiertas cuando se veía acorralado; allí descansaba varios días con toda tranquilidad, gozando de una buena mesa.

El cortijo hizo de pararrayos, y en aquella zona no se volvió a oír hablar de los bandoleros. Si «La Esmeralda» fue siempre un refugio seguro, desaparecido el problema del bandolerismo lo fue ya de una forma total.

Hipólito era una de las personas de confianza a quien la Guardia Civil solía pedir informes. A veces ocurrió llegar una pareja al cortijo estando dentro los bandoleros. Estos se ocultaban en el granero o en el pajar mientras la familia atendía a los guardias en el piso bajo. Allí estuvo oculto el «Canario» en unión de Manolo cuando aquél fue herido.

Cualquier día hubiera resultado fácil liquidar una pareja de la Guardia Civil. «Juanito» no quiso hacerlo nunca; interesaba más conservar la finca libre de toda sospecha. Además, Hipólito tenía una hija de veinte años bastante guapa.

«Juanito» se enamoró de ella. La chica sufrió el embrujo de la silueta romántica del bandido generoso, cantada tantas veces por la musa popular. En el aislamiento del campo el amor va de prisa. Pronto se hicieron novios, con gran disgusto del padre. El miedo y la codicia le hicieron claudicar de nuevo.

Hipólito vivía sometido a una continua angustia. Temía a los bandoleros, y temía a la Guardia Civil, a la que con tanta desenvoltura engañaba día tras día. Lo de la hija le llenaba de vergüenza. Procuraba cerrar los ojos y hacerse el desentendido. No sabía cómo librarse de aquel mal paso. Contemplaba, en los atardeceres, los rebaños numerosos que regresaban del campo; recorría los corrales donde los cerdos devoraban el pienso entre gruñidos; dirigía la vista a los sembrados espesos y a los encinares cuajados de promesas y se sentía incapaz de renunciar a tantas riquezas. Las pagaba al precio de la honra y de la tranquilidad.

Decidió marcharse al pueblo al terminar el año agrícola. Después de todo, para vivir sin trabajar le sobraba. Pero aquel año fue aún mejor que los anteriores y no rescindió el contrato. Sabía que algún día había de descubrirse todo y que entonces se hundiría sin remedio; pero trabajaba con una esperanza indefinida de que todo se resolvería por sí solo. El número de criados fijos estaba reducido a un exiguo número de toda confianza. Cuando trabajaban en la finca obreros eventuales, los bandoleros aumentaban sus precauciones, y nada trascendía fuera de los límites de la misma.

Había en el cortijo una radio de pilas y a «Juanito» le gustaba pasar allí las noches con la novia a su lado, una copa de anís delante, y en las ondas la voz del locutor de «Radio España Independiente». Cuando en algún parte se citaba su Agrupación, sonreía satisfecho, a pesar de saber que la noticia era falsa. En Rusia se hablaba de él.

Manolo no había vuelto a «La Esmeralda» desde que estuvo con el «Canario». Como vivía allí su novia, a «Juanito» no le gustaba que se fuese mucho. Sólo en caso de imprescindible necesidad las partidas se ocultaban en el cortijo.

El secuestro preparado por el caminero salió a las mil maravillas. Obtuvieron 50.000 pesetas y no se vio un solo guardia civil. Manolo dirigió desde allí las partidas hacia el lugar de la reunión, aproximándose a una jornada del mismo. El campamento lo instaló en el sitio exacto que había señalado al jefe de la Comandancia. La noche que salió para el cortijo miró por última vez a sus hombres. Si los volvía a ver sería esposados. El bandolerismo iba a quedar arrancado de raíz en aquella región.

Le acompañaron «Arras» y el «Tigre». El «Aviador» se había quedado al mando de las dos partidas. Carmena caminaba sereno; tenía prisa por acabar, pero se encontraba con mucha más calma que la que había esperado tener en aquellos momentos. La operación, cuanto más pensaba en ella, más fácil le parecía. Escaparse del cortijo iba a ser un juego de niños. Y después, el diluvio.

Calculó bien el tiempo, y cuando llegaban a las proximidades de «La Esmeralda», empezaban a palidecer las estrellas. Observó con atención y no vio la menor señal de guardias civiles. ¿No habría ninguno? Aquel pensamiento era absurdo. Lo que pasaba era que habían hecho bien las cosas: dejar libre la entrada de la trampa.

Se acercaron en silencio a la puerta del edificio. Sin duda, muchos pares de ojos los estaban observando con atención. Unos, desde dentro del cortijo; otros, desde fuera, emboscados en los encinares. Manolo dio tres golpes. Pasó un momento; luego una voz preguntó dentro, en voz baja:

—¿Quién es?

—Somos los gañanes —contestó Manolo con arreglo a la consigna.

La puerta se abrió. En el dintel apareció Hipólito a medio vestir. No se había olvidado ningún detalle escénico. Si hubiera sido una contrapartida no habría advertido nada sospechoso.

—Pasen ustedes —dijo.

Entraron en la amplia cocina. Manolo sintió que se le encogía el corazón. No había nadie. ¿Sería posible que se hubiera equivocado?

—Pero, ¡cómo! —preguntó descompuesto a Hipólito—. ¿Es que no ha venido nadie?

—Sí, señor; pero al oír llamar se escondieron por si acaso. Ahora que sabemos quiénes son ustedes, saldrán.

Manolo desahogó de un golpe la respiración contenida. A los pocos momentos entró «Juanito» seguido de varios hombres. Estrechó sonriente la mano de los recién llegados.

—Ya era hora, ¡caramba! Creía que no llegabais.

—No ha podido ser antes. El campamento quedó más lejos de lo que parecía.

«Juanito» le golpeó amistosamente a Manolo en el brazo y le dijo burlón:

—Si supieras lo que te esperaba te hubieras dado más prisa.

Manolo se puso pálido. La voz de «Juanito» no era amenazadora, pero en aquellas circunstancias todo era un peligro. ¿Le habría vendido el caminero y estaría solo, rodeado de aquella jauría de chacales? La frente se le llenó de sudor.

—¿Y qué es lo que me espera? —preguntó con aparente tranquilidad,

—Eso; mira hacia la puerta.

Detrás parecía que esperaban una señal. La puerta de la cocina se abrió, y apareció «Amapola» con la cara radiante de felicidad. Manolo se quedó paralizado. No sabía qué hacer ni qué decir. El cerebro no le funcionaba. Sólo miraba a «Amapola» como un alucinado. «Amapola» allí, ¡y en aquella noche!

Maruja, extrañada de su mutismo, se dirigió a él.

—¿Es que no te alegras de verme?

—Claro que sí, Maruja —dijo Manolo, y la apretó contra sí.

No dijo más; su cerebro empezaba a funcionar como un loco. «Amapola» estaba allí y dentro de unos momentos empezaría una carnicería. ¿Cómo la iba a sacar? Oyó la voz de Maruja que preguntaba cariñosa:

—¿Me esperabas?

—¡Quia! ¿Cómo iba a esperarte? Es lo que menos podía pensar.

—Tenía que venir un enlace de Madrid, y he conseguido que me designaran a mí. Desde que recibí tu carta mis deseos de verte eran incontenibles. «Julián» ha sido comprensivo y aquí me tienes.

—Bueno, bueno, tortolitos —dijo «Julián» con tono protector—. Os queda todo el día para arrullaros, y la noche si queréis. Vamos a terminar de despachar los asuntos antes de que se haga de día. Luego empieza a moverse la gente y tendremos que estar en el granero.

Mientras se colocaban en semicírculo alrededor de la chimenea, Manolo fue saludando a los asistentes.

Habían venido los otros dos jefes de División, el «Gorki» y el «Chanchi», con sus jefes de Estado Mayor; la Plana Mayor de «Juanito»; tres jefes de guerrilla y tres representantes de la Agrupación andaluza. En total diecisiete bandoleros, sin contarse él ni «Amapola». Una redada mucho mayor de lo que había previsto. Y luego los que cayeran en el monte. Iba a ser sensacional.

¡Dios mío! Pero, ¿y «Amapola»? ¿Qué iba a ser de ella?

Terminó de saludar a todos y se sentó, con Maruja al lado, en un banco adosado a la pared, debajo de la campana de la chimenea. Dos bandoleros habían quedado en el granero. Cada uno vigilaba una fachada.

«Juanito» tomó la palabra y empezó con las monsergas políticas que tanto aburrían a los demás. Pero él no perdía ocasión de hablar en público. Le gustaba hacerlo, y aquella vez, con los andaluces delante, su deseo de lucirse era mayor.

Manolo no le escuchaba. El reloj corría y no sabía qué hacer con «Amapola». Estaba allí, a su lado, agarrada a su brazo, la cabeza apoyada en su hombro, ebria de felicidad. Cada vez que Manolo la miraba, su cara se iluminaba con una sonrisa alegre. La contestación de Manolo era una mueca.

No podía abandonarla a su suerte. Ni el honor ni la hombría podían tolerarlo. «Amapola» había asistido a la reunión arrastrada por el amor que le profesaba, un amor que él había provocado y sustentado. Confiaba en él como en nadie en el mundo. Escaparse y dejarla en aquella casa que dentro de poco sería un infierno era una canallada que era incapaz de cometer. No lo pensó ni un momento. Antes se quedaría a su lado y que ocurriera lo que Dios quisiese.

Pero ésa no era una solución. Había que salvarla.

La única forma era sacarla de allí. Saldrían los dos un momento al campo, con la excusa que fuera, su noviazgo enmascararía las intenciones. Se separarían de la casa y detrás del primer obstáculo, en una zanja, junto a un árbol, donde fuese, la haría tenderse, y por las buenas o por las malas la sujetaría a cubierto, hasta que alguien llegase en su ayuda. El único peligro era que les disparase el centinela. Pero sería fácil ganarle por la mano, aprovechando la sorpresa.

Una vez que adoptó una decisión, se quedó más tranquilo. Confiaba en que saldría bien. Sin embargo, seguía pendiente de las rendijas de las ventanas, donde empezaba a dibujarse una luz lechosa. Notó que le preguntaban algo.

—¿Qué? ¿Qué decíais? Perdona, me he distraído.

Como excusa miró a «Amapola». Todos se echaron a reír. «Juanito» dijo burlón:

—Está visto que con mujeres no se puede ir a ninguna parte.

—¿Con que esas tenemos? Ahora mismo me voy a contárselo a tu novia. Por mí os podéis quedar hablando de lo que queráis.

«Amapola» se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Cuando queráis algo, me llamáis.

Manolo, sobresaltado, quiso detenerla.

—No seas tonta, «Amapola», quédate aquí.

—Vamos, hombre, no seas ansioso —le dijo el «Gorki»—, ya tendrás tiempo luego.

¡Luego! Luego no habría tiempo de nada. Intentó seguir la conversación, pero le era imposible. Su pensamiento volaba de la luz de las ventanas a «Amapola». Había que llamarla, hacerla venir. ¿Pero con qué excusa? La huida era fácil. No había más que recorrer unos metros, cuando los bandoleros quisieran reaccionar, ya estarían rodeados de sus guardias civiles. Al pensar en ellos se llenó de emoción. Allí, al lado, estarían agazapados, el pensamiento puesto en él. No pudo contenerse más. Era necesario hacer algo en seguida.

—Parece que está amaneciendo —dijo.

Se acercó a una ventana y entreabrió las maderas. Se quedó asustado. Se veía perfectamente. Era completamente de día.

Cerró las maderas como un autómatas. No se podía perder ni un segundo. La fuerza que cercaba el cortijo estaría impaciente. ¿Por qué no había salido ya el teniente Carmena? Su tardanza los tendría preocupados. En cualquier momento podían decidirse a avanzar.

—Perdonad un momento. Voy a preguntar a «Amapola» si le ha entregado «Julián» la munición que le pedí.

Era una mentira absurda, sin pies ni cabeza; pero no había tiempo de idear nada mejor. Había que sacar a «Amapola» como fuera. Los bandoleros le miraron molestos.

—Yo creo que igual podías esperar un poco —dijo «Gorki».

—¿Qué más da? Seguid un rato sin mí. ¡«Amapola»!

Todos le encontraban extraño, nervioso, violento. No era la forma habitual de comportarse Manolo. ¿Tanto le había desconcertado la presencia de su novia? «Arras» le miraba preocupado, pero no decía nada.

Entró «Amapola» en la cocina.

—¿Qué quieres?

—Anda, vamos a dar un paseo fuera antes de que se haga más de día y tengamos que escondernos. Sólo te he visto a la luz de estos asquerosos velones y estoy deseando verte con la luz del sol.

—¿Qué impaciencia! ¿Es que no puedes esperar? —le preguntó «Amapola» halagada.

—No. No puedo. Vamos fuera.

—¡Oh! ¡No! Espera que me arregle un poco. No he dormido y debo estar feísima. No quiero que me veas así.

Manolo la cogió de un brazo y la dijo con violencia:

—Da lo mismo. Ya te arreglarás luego.

Maruja se zafó y se apartó de él corriendo.

—Espera un poco, tonto. Salgo en seguida.

En seguida. ¿Sería a tiempo? Sacarla a rastras era imposible.

Los bandoleros habían vuelto a sus conciliábulos. Renunciaban de momento a que Manolo les hiciera caso. Este los oyó hablar de reorganización de las Divisiones. Volvió a abrir una ventana, era de día, no había duda. ¿Cuánto aguantaría aún la paciencia de los asaltantes? Empezó a perder la esperanza. Para salvarse él no tenía más que abrir la puerta y salir corriendo. Era absurdamente sencillo. Salió al zaguán y miró la puerta. Estaba cerrada sólo con el cerrojo. ¿Por qué no huía? En unos segundos estaría rodeado de guardias.

—¿Qué haces? —le preguntó «Juanito» extrañado.

—Nada. Paseaba —contestó Manolo, y volvió a entrar en la cocina.

¡Cuánto tardaba «Amapola»! ¿Por qué se tendrían que pintar las mujeres? ¡Allí estaba! ¡Por fin! Entraba bonita y sonriente.

—¿Te gusto? —preguntó desde la puerta.

—Mucho —dijo Manolo con alegría—. Vámonos.

En aquel momento apareció uno de los centinelas en la puerta que daba al zaguán. Gritó alocado:

—¡Hay guardias civiles! ¡Enfrente de la casa!

—¡Atranca bien la puerta! —le dijo pálido «Juanito». Entreabrió una ventana y añadió—: Sí, vienen hacia aquí. Son varios. De prisa, al granero. A lo mejor van de paso.

Los bandoleros habían cogido sus armas. Ya era imposible huir. Manolo tomó una decisión rápida. Montó la «metralleta», apoyó la espalda contra la pared y gritó:

—¡Todo el mundo quieto! ¡Al que se mueva le mato!

Los bandoleros se volvieron a él, asombrados. Manolo tenía los dientes apretados y en su mirada fría se leía la decisión de matar.

Tenía la «metralleta» a la altura del pecho, dirigida hacia adelante. No se le movía un músculo.

—Esto se ha acabado. Soy un teniente de la Guardia Civil y la casa está rodeada. Muchos de vosotros no habéis cometido crímenes, y yo me comprometo a declararlo. No pongáis peor las cosas. Esperad sin moveros hasta que lleguen los guardias.

Los bandoleros continuaban inmóviles. Estaban lívidos, asustados. Ninguno sabía qué hacer ni qué decir. Aquella sorpresa era demasiado.

Entonces se oyó la voz de «Amapola» que cortó el aire con violencia, como un latigazo:

—¡Canalla! ¡Traidor! ¡Eres un Judas! ¡Para venderme no te ha faltado ni el beso!

Su voz se quebró en un sollozo. Manolo no la miró. Sus ojos continuaban fijos en los bandoleros.

—Deja eso, Maruja. Nuestra cuenta es aparte. Ya hablaremos luego.

—¡Luego! Cuando nos hayan ahorcado a todos. Eres peor que una víbora. Y vosotros unos cobardes —gritó a los bandoleros—. ¿Por qué no le matáis?

Manolo observó en ellos un gesto de asombro. Todos miraban ansiosos hacia donde estaba «Amapola». Manolo miró hacia allí de reojo y vio que Maruja había cogido una escopeta. Tenía los ojos desencajados y sus labios recién pintados se apretaban con gesto desesperado y decidido.

—¡Deja esa escopeta, Maruja! ¡No me obligues a hacer una burrada!

—¡Hazla! ¡Atraviesa a balazos este cuerpo que tomaste con mentiras! ¡Completa tu obra!

Manolo dirigió hacia ella la «metrallera», pero en seguida inclinó la boca del arma hacia el suelo y una sonrisa amarga se dibujó en su boca.

—Deja la escopeta, Maruja —dijo en tono casi de súplica.

—¡No quiero! ¡Toma tu merecido!

Maruja se echó la escopeta a la cara y disparó. El tiro alcanzó a Manolo en el pecho, se inclinó hacia adelante, y, según caía, el segundo disparo le destrozó la cara. «Amapola» gritó a los bandoleros:

—¿Qué esperáis? ¿Necesitáis que una mujer os enseñe cómo saben morir los comunistas? ¡Todos a las ventanas! Manolo tenía más valor que todos vosotros juntos.

Los bandoleros obedecieron maquinalmente. Los guardias civiles al oír tiros se habían lanzado hacia el cortijo. Los disparos de los bandoleros los hicieron pegarse al terreno. Estos reñían perdida la moral. La repentina declaración de Manolo los había dejado aplanados y no habían tenido tiempo de reaccionar. Comprobaron en seguida que el cerco de la casa era completo y que no había posibilidad de huir. Sin embargo, el entusiasmo histórico de «Amapola», mezcla de gritos y lágrimas, los mantuvo en sus puestos. Ella, desde una ventana, disparaba con la misma escopeta con que había matado a Manolo.

El combate duró poco. Entraron en fuego dos morteros con tiro horizontal. La primera granada explotó contra la fachada. La segunda entró por una ventana y mató a Maruja. Los morteros y la muerte de «Amapola» acabaron con la moral de los sitiados. Varios estaban muertos o heridos. Sólo «Juanito» había recobrado el espíritu y se esforzaba en sostener la defensa. Sabía que para él no habría perdón. Vio al «Tigre» que se ocultaba asustado y le gritó:

—¡A tu puesto! Al que se aparte le mato yo.

El «Tigre» tenía miedo. Quería salvarse. Los iban a matar a todos por culpa de «Juanito». Otro mortero explotó en la habitación. No dudó más. Se volvió hacia el jefe de la Agrupación y le disparó el fusil por la espalda. Con la muerte de «Juanito» cesó la resistencia. En las ventanas aparecieron pañuelos blancos atados a las bocas de los fusiles.

El primero en entrar en el cortijo fue el teniente González, con la pistola en la mano. Sin hacer caso de aquel puñado de hombres, que habían puesto las manos en alto sin que nadie se lo mandara, preguntó:

—¿Dónde está Manolo?

«Arras», con los ojos enrojecidos, señaló el cuerpo de Carmena.

—Ahí.

González se precipitó hacia él, se arrodilló a su lado y le levantó la cabeza. Al ver aquella cara deshecha, se puso de pie con la suya congestionada de rabia.

—¿Quién le ha matado? —gritó.

«Arras» volvió a contestar, con voz apagada:

—Ella, su novia.

Y con el dedo extendido señalaba el cadáver de Maruja, hecho un guiñapo al pie de la ventana. Su melena rubia estaba llena de manchas de sangre. Parecían amapolas en un trigal.

## EPÍLOGO

«Arras» miraba desconcertado a los guardias civiles. Su amistad con Manolo, desarrollada en unos meses de vida dura, había echado raíces profundas. Manolo era un compañero al que había admirado, el único cuya hidalguía y nobleza respondían a sus ideales de lucha. Sus acciones cobraban, de repente, un valor nuevo, que le dejaban confuso. No había duda de que Manolo se había dejado matar por salvar a una mujer. Una gallarda forma de morir.

Allí mismo, delante del cadáver desfigurado del teniente, del mejor amigo que había tenido en las partidas, el jefe de la Comandancia le dio a leer los últimos renglones que Carmena escribió en su vida:

«Nota: Si me ocurriera algo imprevisto, le ruego haga todo lo posible por salvar al jefe de la División, conocido por «Arras». Es una magnífica persona que no ha cometido ni inspirado ningún crimen o violencia. Conmigo se ha comportado en forma que me obliga al agradecimiento. Tengo la seguridad de que tan pronto comprenda la verdad podrá compensar a la Patria del daño que por su ceguera le haya hecho.»

Los ojos de «Arras» se humedecieron. El choque era demasiado violento para su espíritu desengañado. La elección parecía clara. A un lado estaban el «Cuervo», el «Tropezón», las «Cuadrillas de la guita», una pandilla de salteadores y asesinos sin ideales, y tras ellos, en los seguros refugios del extranjero, el puñado de dirigentes, que se servían ahora de estos miserables como en otro tiempo se habían servido de las masas excitadas, a las que luego abandonaron en la derrota. Al otro lado estaban el orden, la paz, unos ideales capaces de producir hombres como Manolo, que le tendía la mano desde la tumba.

«Arras» cogió aquella mano. ¿Se pasaba de bando? Tendría que pensar despacio. Era toda una vida puesta en revisión. Pero era su vida y tenía derecho a decidir su empleo. Por sí mismo. Sin ligaduras ajenas.

El viaje de regreso lo hizo con el jefe de la Comandancia. Unas horas antes algo parecido le hubiera resultado inimaginable. En una curva de la carretera el coche en que viajaban se cruzó con una pareja de la Guardia Civil. Al ver la matrícula, los guardias saludaron. Después reanudaron su marcha, los fusiles colgados, los ojos clavados en el horizonte, el paso pausado y firme. Marchaban inexorables, como el destino.